

EL ESPAÑOL

2'50 Ptas.



SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 12 - 18 septiembre 1954 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - N.º

LA EMOCION TIENE UN NOMBRE: ¡GOL

TRA VEZ LA LIGA: FUTBOL TODOS LOS DOMINGOS Y POLEMICAS

TODOS LOS DIAS



ANGER, LA CIUDAD TENTADORA

Reportaje directo y vivo de nuestro enviado especial F. Costa Torró (pág. 9)

LA BATALLA DE LA VIVIENDA

Declaraciones de José Solís sobre el plan nacional de construcción, por Diego Jalón, enviado especial (página 43)

Carta del Director a D. José Martínez (pág. 8). * España pasa por la peor del mundo, por el P. Llorente, S. J. (página 16). * Entrevista en rueda con Fernando Aunós (pág. 17). * Apuntes para Memorias de un redactor político, por Enciso Casares (pág. 20). * Formentera, la isla perdida a las tres de la madrugada, por Carlos Luis Álvarez, enviado especial (pág. 23). * La espeleología, un nuevo deporte (pág. 29). * En Santa María de Poblet se vive así, por José María de Pablos, O. P. (pág. 32). * ¿Qué significa Andalucía para los portugueses?, por Costa (pág. 40). * Jornadas de Estudios Europeas en Santander, por Vittore (pág. 51). * La incógnita de la guerra, por Octavio Aparicio (pág. 55). * Formentera matrimonial, novela por Concha Percejo.



EL PUBLICO TAMBIEN JUEGA



Las frutas y el verano

La fruta natural, madura, cogida del árbol, ha sido siempre el lenitivo del verano. Mitiga la sed, humedece la boca y transmite a todo el cuerpo la grata sensación de frescura de sus sabrosos jugos...



C.S. 14. 147

¿Qué otra cosa es la "Sal de Fruta" ENO? Una bebida efervescente, refrescante, depurativa, que adapta el ritmo fisiológico a las exigencias de la temperatura. Por su poder tónico-estimulante aumenta la resistencia orgánica, combate el sopor del estío y aviva las facultades psíquicas.

La "Sal de Fruta" ENO es una deliciosa bebida efervescente, refrescante y digestiva, reputada en todo el mundo desde hace 86 años y recomendada por los médicos. Depura y entona, porque contiene en forma concentrada y conveniente muchas de las beneficiosas propiedades de la fruta fresca y madura. Contribuye a mantener la regularidad fisiológica.

"SAL DE FRUTA" ENO

MARCA

REGIST

EFERVESCENTE Y REFRESCANTE

LABORATORIO FEDERICO BONET, S. A. INFANTAS, 31 - MADRID

LA EMOCION TIENE UN NOMBRE: ¡GOL!

Otra vez la Liga:
fútbol cada domingo
y polémicas todos
los días

EL PUBLICO TAMBIEN JUEGA

EMPIEZA ya la Liga. Para la enorme masa de aficionados al fútbol no tienen secreto alguno estas cuatro palabras. Y para los millones de participantes en las Apuestas Mutuas, tampoco. La simple llegada del mes de septiembre trae consigo un ambiente especial con el que, de pocos años a esta parte, nos hemos familiarizado casi todos los españoles. Unos, metidos de lleno en las inquietudes respecto a la suerte que pueda correr, a lo largo de la más importante competición futbolística, su equipo favorito. Otros, enzarzados en la esperanza de llegar a convertirse en millonarios de la noche a la mañana en virtud de un boleto con catorce aciertos.

EL DEPORTE PURO Y OTRAS COSAS

En realidad, estos dos aspectos son casi exclusivamente los que acaparan de ahora en adelante—hasta que la Liga termine—la atención de la gran multitud que, de una u otra forma, está pendiente de las incidencias futbolísticas. Todos los demás problemas que se han aireado durante la época de descanso—y este verano han sido mayores y más importantes que nunca—quedan en segundo término. Pero sólo aparentemente. Porque en realidad influirán, sin duda, en el desarrollo de esta competición tan apasionante.

Si el Madrid, el Barcelona o el Atlético de Bilbao obtienen a lo largo de los 30 partidos de Liga más triunfos que otros equipos, si los recién ascendidos no son capaces de sostenerse en Prime-

ra División; si, en fin, unos y otros tienen altibajos y ofrecen sorpresas que dan al traste con las combinaciones de los quinielistas se achacarán los diferentes resultados a los malos fichajes, a la deficiente administración de los Clubs, al fracaso de los entrenadores, a la desgana de los futbolistas... En resumidas cuentas, a motivos que tienen más que ver con un montaje industrializado que con el ejercicio puro del deporte.

De ahí la importancia de las decisiones de la Federación y de los acontecimientos producidos dentro de cada Sociedad futbolística durante los meses de verano. Un repaso, pues, a estos sucesos preliminares vendrá de perlas en el momento de comenzar el capítulo de las derrotas y de las victorias, de los penaltys inexistentes y de los arbitrajes desacertados.

Vaya por delante un breve recuerdo a los Campeonatos del mundo en cuanto a una de sus principales lecciones: el fracaso futbolístico de aquellos países en cuyas filas había cundido más la costumbre de importar jugadores no nacionales—Italia y Francia, por ejemplo—y el triunfo rotundo del equipo alemán, modelo de auténtica formación deportiva en sus elementos. Ello avala el acierto de dos medidas tomadas por los dirigentes del deporte español: la prohibición de fichar jugadores extranjeros y la reducción del profesionalismo.

EXTRANJEROS QUE NO LO SON

La primera medida había sido



El público se agolpa ante los estadios. Dentro, las jugadas levantan la emoción

adoptada ya por la Delegación Nacional de Deportes en la temporada anterior. Después del sensacional fichaje de Di Stéfano, ningún otro futbolista había ingresado en equipo español alguno. Pero una discutible aplicación al deporte de la ley de doble nacionalidad ha dejado un portillo abierto por donde se permite la entrada a jugadores hispanoamericanos, hijos de españoles.

No han sido muchos, en ver-

dad, los que han aprovechado ese portillo. Exceptuado Rial, que, con documento acreditativo de su nacionalidad española fué adquirido por el Madrid a principios de junio, sólo dos futbolistas famosos han ingresado en equipos españoles por el hecho de que sus padres hayan nacido en España.

El primero es Villaverde, que al comienzo del verano engrosó las filas del Barcelona. Nació en Montevideo hace veintiséis años; sus padres son ambos gallegos, de la provincia de La Coruña; el padre, de Arteijo; la madre, de Oncerro. Villaverde dejó el Uruguay en 1949 para enrolarse en el Cucutá de Colombia, donde estuvo tres años, al cabo de los cuales pasó al Millonarios, en cuyo Club—en el que militó año y medio—tuvo algún tiempo por compañeros a los hoy madridistas Di Stéfano y Rial.

Juan Carlos Lorenzo Pérez—Lorenzo a secas en la nomenclatura futbolística—es el otro caso sensacional de este verano. Su nuevo Club a partir del día 24 de agosto último, el Atlético de Madrid. Lorenzo nació en Buenos Aires el 27 de octubre de 1926. Su padre es de Orense y su madre de Santiago de Compostela. Jugó en los Clubs bonaerenses Chacarita y Boca Juniors, hasta que al cabo de tres años de jugar en este último equipo pasó a Italia contratado por el Sampdoria, donde jugó las temporadas de 1950 a 1952. Por seis millones de francos fué traspasado al Nancy, de donde ha venido al Club del Metropolitano.

Tanto Lorenzo como Villaverde han jugado ya en sus nuevos equipos algún partido amistoso. Es pronto para emitir juicio acerca de ellos. Pero puede aventurarse la profecía de que ni el Atlético de Madrid ni el Barcelona deberán exclusivamente una posible buena campaña a la inclusión de estos jugadores. Las aguas van poco a poco llegando a su cauce y el ejemplo de equipos que con jugadores netamente españoles hacen lucidas campañas convencerá a los que todavía pagan grandes cantidades de dinero a elementos procedentes de allende las fronteras.

Las excepciones confirman la regla. Y aun hay equipos en cuyo rendimiento han influido no poco algunos jugadores del otro lado del Atlántico. Uno de esos Clubs es el Madrid, donde, aparte de Di Stéfano, cuyo contrato continúa en vigor, ha renovado la ficha el argentino Olsen, previa nacionalización como español. También da buen resultado al Valencia—que, por otra parte, ganó la Copa con jugadores españoles exclusivamente—el holandés Wilkes, contratado antes de la prohibición. Por cierto que no ha faltado quien, deseoso de que Wilkes se acoja a lo de la doble nacionalidad, ha intentado demostrar que los antepasados de Wilkes son precisamente valencianos y se apellidaban Vilches. La W y la K aparecieron después en Holanda, cuando ya se habían nacionalizado allí los aludidos abuelos del famoso futbolista.

EL GOLPE AL PROFESIONALISMO

No sabemos si la Federación seguirá dispuesta a hacerse fuerte en el futuro respecto al fichaje de estos extranjeros más o menos naturalizados. El presidente, Touzón, en unas declaraciones hechas en La Coruña al comienzo del verano, parece que se inclinaba por dejar la decisión al criterio de los Clubs. Pero en lo que sí ha hablado suficientemente claro es en lo relativo a la reducción del profesionalismo.

Persona tan caracterizada dentro del supremo organismo futbolístico y con tanta experiencia como don Pablo Hernández Coronado ha explicado recientemente el criterio federativo y expuesto las razones de la tajante decisión adoptada. «La juventud—dijo—debe ver el fútbol como deporte y no como un medio de vida». Y añadió que la solución del problema era urgente. Y necesario de todo punto el comenzar a resolverlo por la Tercera División, en la que abundaban de manera increíble los Clubs contra los cuales había en la Federación reclamaciones por incumplimiento de contrato.

Entre las reformas implantadas este verano en la organización futbolística, ha sido la más comentada—ya lo indicábamos en nuestro número anterior—la de la abolición del profesionalismo en la Tercera División. En torno a este asunto surgieron comentarios encontrados en la Prensa y hubo división de opiniones en los Clubs afectados e incluso en los de las dos Divisiones superiores. Pero abunda—lo recogimos también—el criterio favorable a la decisión federativa. Noticias aparecidas recientemente en las secciones deportivas de los periódicos confirman las primeras impresiones.

Basten tres ejemplos. El presidente del Avila ha declarado sin rodeos: «Nuestro Club podrá sostenerse ahora sin las dificultades de antes. Estoy encantado con las nuevas normas. Y espero que la Federación las haga cumplir enérgicamente.» Otra información reza: «Las nuevas disposiciones de la Nacional aseguran la vida del Calatayud en Tercera. El Club tiene actualmente un déficit de 370.000 pesetas. Reducidos los desplazamientos a lo conveniente y limitada la contratación de jugadores a cauces asequibles, podrá liquidarse y no volverse a repetir situación semejante.»

El tercer ejemplo es más significativo todavía y ya nos referimos a él en nuestro número anterior. Pero incompletamente. Dijimos que no se había producido baja alguna en los 163 Clubs que componen los dieciséis grupos de la Tercera División. La información es inexacta, ya que el Córdoba se ha retirado del torneo por haberse disuelto la Sociedad deportiva que lo regía. Pero en su lugar ha entrado el Constantina de Sevilla. Y aun hay más: el número de equipos ha aumentado. El Júpiter de Barcelona pidió el ingreso en esta competición y le fué concedido por la Federación Nacional. Formará parte del grupo sexto,

que queda integrado por once equipos catalanes.

FIRMEZA ANTE LOS DESCONTENTOS

Es verdad que a raíz de los acuerdos federativos hubo Directivas de Club y Federaciones Regionales que anunciaron su dimisión. Pero el organismo nacional no ha dado su brazo a torcer. Y ha resuelto cada caso conforme aconsejaban las diferentes circunstancias. La dimisión de la Federación Cantábrica fué tomada en consideración por la Nacional, que rogó a los directivos montañeses continuaran en sus puestos y accedió a sus deseos de que los Clubs santanderinos, a pesar de estar incluidos en el grupo astur, sigan siendo regidos por la Federación Montañesa y no por la asturiana. Ante la actitud de la Balear, el organismo federativo supremo se ha mantenido firme en sus decisiones. Y en cuanto a la Catalana, fué destituida por la propia Nacional, que nombró primero una Comisión gestora y después designó definitivamente los nuevos cargos. Los dimisionarios hubieron de dar explicaciones de la actitud que motivó la determinación superior. Por lo que toca a las dimisiones de Directivas de Club, los acuerdos respecto a elecciones dejaban resuelta de antemano la papeleta. El nuevo sistema electivo aprobado por la Delegación Nacional de Deportes no deja lugar a caciquismo. Respetando las peculiaridades de cada Club, intervendrán en la elección de presidentes los socios más antiguos y calificados, con lo que se resta influencia a las «peñas», que con habilidades más o menos ilegales podrían llegar a suplantar la voluntad del cuerpo social.

POSIBLES REVISIONES

Pese a todo, los acuerdos federativos son susceptibles de revisión en algún punto concreto. Por ejemplo, en el derecho de retención por parte del Club de Tercera que asciende a Segunda respecto al jugador «compensado», o en la cantidad que los Clubs de categoría superior deben depositar en el caso de que quieran contratar a esta clase de jugadores cuando quieran hacerse profesionales. Algún miembro de la Federación ha confesado la oscuridad de estos y otros puntos, que volverán a tratarse en la primera reunión del Pleno.

Entre estos puntos quizá figure la protesta de algunas Directivas de Club por lo que atañe a las llamadas Juntas Económicas. En una encuesta realizada cerca de los Clubs de Primera División, las opiniones respecto a este punto no se presentan coincidentes. Algunos, como el Deportivo Alavés, juzgan la medida como una censura a las Directivas. En otros, pese a que confiesan que la acatarán, aun no han sido designadas las Juntas. Otros, en cambio, han nombrado ya sus componentes, pero algunos de ellos no han respondido aceptando el nombramiento.

Los directivos de la Española, en declaraciones no oficiales, han



La escena es en Valencia. Pancartas, aplausos, entusiasmo... El equipo de casa ha vencido

explicado los motivos que aconsejaron la creación de tales Juntas. No son otros que dificultar que las Directivas, sin intervención ni responsabilidades, puedan comprometer el porvenir económico del Club, sacrificándolo a un éxito fugaz durante su período de gestión.

De todas formas, el que no en todos los Clubs se hayan tomado las medidas para llevar a la práctica este acuerdo de la Federación, no quiere decir que no estén dispuestos a acatarlo. Alguno, como el Deportivo de La Coruña, ha confesado que hasta ahora su preocupación principal ha consistido en los fichajes y en la puesta a punto del equipo.

NO POR MUCHO RENOVAR...

Más o menos, todos podían alegrar lo mismo. Los veranos son siempre pródigos en noticias sobre fichajes. Y en torno a ellos suele cifrarse la atención de los espectadores. El actual ha centrado la curiosidad en las reformas y acuerdos comentados. Pero no han faltado los contratos, traspasos o cesiones más o menos sensacionales.

El resultado ha sido diferente, como es lógico, en cada Club. Mientras algunos renovaron bastante su cuadro, otros se presentaron casi con los mismos jugadores que al final de temporada. Cifréndonos a la Primera División son excepcionales—y ejemplares, por otra parte—los casos del Atlético de Bilbao, Sevilla y Valencia. Los bilbaínos sólo han contratado los servicios de dos nuevos jugadores, ambos procedentes de equipos de la cantera local: uno—Bedoya—, del Portugal; otro—Echevarría—, del Juvenil de Guecho. A su vez han cedido otros dos—Landeta y Gojenuri—a su Club filial, el Baracaldo. Un tercero—Estenaga—ha fichado por el Hércules de Alicante.

El Sevilla ha incorporado sola-

mente también a su cuadro dos jugadores procedentes de equipos modestos. Sin embargo, concedió la baja a ocho elementos antiguos. Y no ha acordado todavía cesión alguna. El Valencia, en cambio, ha cedido dos jugadores: uno al Coruña y otro al Melilla. Y ha concedido la baja a tres. Pero—caso único este año—no hizo adquisición nueva alguna. De esta forma puede presentar en el primer partido de Liga a los mismos jugadores que en la final de Copa, con la sola excepción del delantero centro. Y eso porque Wilkes, a causa de su condición de extranjero, no podía alinearse en partido copero.

Esta vez el Barcelona—cosa rara—ha sido parco en fichajes este verano. Claro que realizó varios, casi sensacionales, al comenzar la Copa. Pero durante los meses de descanso solamente ha contratado, además de Villaverde, a Mandi, del Oviedo, y Arocena, del Logroñés. A este último para cederle, con otros seis, a diferentes equipos. La única baja barcelonista ha sido, por otra parte, la del veterano jugador Aldecoa.

LOS NUEVOS, CON INQUIETUDES

Entre los equipos que contrataron para la temporada entrante mayor número de jugadores nuevos, figuran tres de los cuatro recién ascendidos. Lleva la palma el Málaga, con doce fichajes: tres de ellos de elementos procedentes de equipos de Primera: Gabriel Alonso, del Madrid; Martínez, del Santander, y Mir, del Valencia. De los otros nueve, tres proceden de Segunda División y el resto de equipos de la Tercera. A su vez se ha despedido de otros tres; dos de ellos tan famosos como Antú-

nez, que anda, a sus años, en tratos con un Club francés—el Rácing de París—, y Bazán, que todavía en plenitud de facultades ha cambiado los aires de La Rosaleda por la brisa de Riazor.

Después del Málaga, los equipos que han realizado más fichajes son: el Hércules, con once jugadores nuevos; Las Palmas y el Atlético de Madrid, con nueve cada uno; el Valladolid y Coruña, con ocho, y Real Sociedad y Santander, con siete. Completan la lista Alavés y Celta, seis cada uno; Madrid, cinco, y Español, tres.

El número mayor de bajas se ha producido en La U. D. Las Palmas, que ha dado libertad a doce jugadores. Sigue Madrid, con nueve bajas; Sevilla y Español, con ocho bajas; Celta, Coruña y Hércules, siete cada uno; Santander, seis; Valladolid, Alavés y Atlético de Madrid, cinco; Real Sociedad y Valencia, tres; Málaga, dos, y Barcelona y Atlético de Bilbao, uno.

CINCO MIL DUROS TIENEN LA CULPA

En general los fichajes no han sido sensacionales en cuanto a la cantidad desembolsada, así como tampoco en la fama de los elementos adquiridos, como no sea en el caso de los tres hispanoamericanos mencionados más arriba: Rial, Villaverde y Lorenzo. El caso más curioso quizá haya sido el del intento de fichaje del barcelonista Maristany por el Atlético de Madrid. El jugador pedía doscientas mil pesetas; el Club ofrecía cinco mil duros menos. Y no hubo acuerdo.

Es precisamente el Atlético de Madrid, después del reajuste de su cuadro, el equipo que tiene más jugadores contratados. Nada menos que 44, después de realizadas cuatro cesiones, todas ellas al Murcia. Pero es de suponer que efectúe bastantes más a diferentes equipos. Tras el Atlético viene el Sevilla, con 43 ju-

gadores contratados y ninguno cedido hasta ahora.

Los restantes equipos de Primera División tienen en su haber actualmente el siguiente número de jugadores:

| | |
|-------------------|----|
| Madrid | 33 |
| A. Bilbao | 31 |
| Santander... .. | 30 |
| Celta | 28 |
| Valencia | 28 |
| Real Soc. | 26 |
| Español | 25 |
| Las Palmas | 25 |
| Hércules | 25 |
| Coruña | 24 |
| Alavés | 24 |
| Málaga | 24 |
| Barcelona... .. | 23 |
| Valladolid... .. | 22 |

DISPENSA DE ESCOLARIDAD A DAUCIK

El movimiento veraniego no sólo afecta a los jugadores. También al entrenador se le acaban los contratos. Y quiere cambiar de aires. Algunos habían anunciado su baja en el Club que preparaban al finalizar la temporada anterior. Y uno muy famoso, checoslovaco por más señas, cambió de residencia muy al principio de verano. No dió mal golpe el señor Daucik. Acostumbrado a acaparar títulos con su primitivo equipo, quiso ir a otro que también los gana con frecuencia. Para hacer un buen cesto cuentan los mimbras.

Pero resulta que en España ahora se exige a los confeccionadores de cestos deportivos un requisito que obliga también a quienes nacieron en otros lares, por muchos éxitos que hayan tenido en gestiones anteriores. Por no querer pasar por el aro, el señor Scarone, antiguo preparador madridista, no ha podido venir a entrenar al Deportivo de La Coruña, que había solicitado sus servicios.

El nuevo preparador del Atlético de Bilbao, que por especial y generoso privilegio se libró el año anterior de los cursillos de Burgos, tenía que acudir este verano, como los demás, a los de Barcelona. Pero una indisposición repentina le impidió asistir a las clases hasta el día en que se daban las clasificaciones. De los 39 presentados, él incluido, fueron aprobados todos. Treinta y ocho con su clasificación correspondiente. El primero, Eusebio Martín, de Castilla, con 190 puntos. El trigésimo octavo, Luis Gilmore, de Tenerife, con 180. Cerraba la lista el propio privilegiado del año anterior, señor

Daucik, con esta simple coletilla: apto.

El episodio tuvo sus consecuencias: la dimisión del director de la Escuela, don José Luis las Plazas. No se sabe si porque no estaba de acuerdo con el resultado o si, por el contrario, temía que la Federación no viera con buenos ojos la pasividad del director ante solución tan inesperada. Sea lo que fuere, el antiguo preparador del Barcelona, con esa declaración de aptitud, podía entrar en funciones ante la muchachada de San Mamés.

Su sucesor en el Club catalán—Sandro Puppo—, hombre también de mucha fama como preparador—fué el causante del cerrojo turco que nos impidió el paso para Suiza—, acudió a los cursillos sin perder una explicación. Y obtuvo el número 9, con una puntuación de 185,80.

Los preparadores de los otros 14 Clubs de Primera División tenían ya el título en promociones pasadas. Diez de ellos entrenaban la temporada anterior el mismo equipo que ahora. Los otros cuatro, mas Daucik y Puppo, son nuevos en sus respectivos Clubs. Esos cuatro son: Quinceles, del Atlético de Madrid; Enrique Toba, del Coruña; Patricio Caicedo, del Hércules, y Carlos Iturraspe, del Valencia.

Siguen con contrato en vigor o lo renovaron:

| | |
|--------------------|---------------|
| Echezarreta... .. | Alavés |
| Zamora... .. | Celta |
| Scopelli... .. | Español |
| Fernández... .. | Madrid |
| Pasarín... .. | Málaga |
| Grech... .. | Las Palmas |
| Urbieto... .. | Real Sociedad |
| Ochoanbezana... .. | Santander |
| Herrera... .. | Sevilla |
| Miró... .. | Valladolid |

SEGUNDAS PARTES A VECES FUERON BUENAS

Se echa de menos, naturalmente, en esta lista algún que otro nombre que fué famoso en temporadas pasadas como entrenador de equipos de trono. Pefo a veces el cambiar de aires favorece aunque sciplen en campos de menos categoría. Y por la Segunda División, en sus dos grupos, andan preparadores de la personalidad de Barrios, Balmaña, Juanito Vázquez, el ex atlético y ex celtista, etc.

No hay que olvidar que en la Segunda División hay equipos que acaban de actuar en la Primera. Y la mayor parte tienen la pretensión de volver a ella o subir si no han estado nunca.

En el primer caso están 12 equipos de los 32 que componen la heroica Segunda División. Heroica, sí, porque, pese a su agrupamiento en dos zonas, sus gastos son en ocasiones—al menos por lo que a desplazamientos se refiere—tan grandes como en la Primera. Y los ingresos, sin embargo, mucho menores.

De estos 12 equipos, que en época más o menos remota, pertenecieron a la División de honor, cinco militan en el primer grupo: Osasuna, Lérida, Oviedo, Gijón y Zaragoza. Y siete en el segundo: Granada, Castellón, Tetuán, Betis, Murcia, Jaén y Sabadell.

Y conste que no hay equivocación en nombrar al Sabadell junto con el Jaén, pongamos por ca-

so de proximidad geográfica. Es que este año la constitución de los grupos planteaba un serio problema al haber descendido tres equipos norteños y ascendido tres del Sur. Si se hacía el simbólico corte horizontal de la Península, como en temporadas anteriores, quedaba mayor número de equipos por encima de la línea imaginaria. Y hubo que buscar dos que se comprometieran a viajar más de la cuenta. Naturalmente, con sus correspondientes compensaciones. Se le brindó la oferta al Zaragoza, pero ni así aceptó. Y fueron Sabadell y Tarrasa los agraciados. Para sus viajes se les considerará situados en Madrid. Y hasta la capital de España los gastos corren por cuenta de la Federación.

UN CAPITAL DE CUARENTA Y SIETE PESETAS

Por cierto que el Tarrasa es nuevo en estas lides de la Segunda. Como lo son también en el grupo primero el Sestao y el Juvenil de La Coruña. Dos equipos que bien merecen mención de honor por su calidad deportiva auténtica. Uno de ellos—el Sestao—no tiene un solo jugador profesional en sus filas. A pesar de ello es el Club que más público arrastra en Vizcaya, después del Atlético de Bilbao, con el que, dicho sea de paso, tiene excelentes relaciones.

El otro equipo—el Juvenil de La Coruña—ha iniciado su temporada con 47 pesetas en caja. Y con un solo profesional: el defensa Nando. A pesar de ello, el entrenador del modesto Club gallego espera hacer un papel decoroso en la Segunda División.

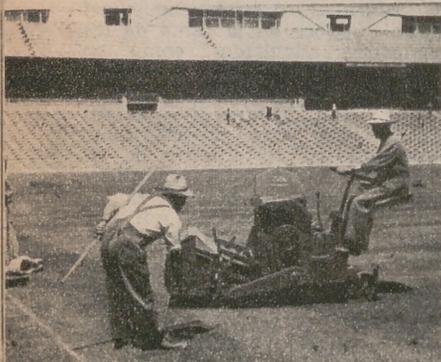
Los restantes Clubs del primer grupo están ya avezados a la lucha de la Segunda División con mayor o menor veteranía. Ferrol, Baracaldo, Leonesa, Logroñés e incluso España Industrial, La Felguera, Caudal y Eibar saben ya mucho de las penas y venturas de los viajes largos.

TRES SALTOS SOBRE EL OCEANO

Pero en eso de la longitud de los desplazamientos llevan la palma los equipos del grupo segundo. Los peninsulares tendrán que pasar este año tres veces el océano. Alguna menos que la temporada anterior por la subida de Las Palmas y el descenso del Mallorca y Meilla. Pero de todos modos, especialmente por lo que atañe al Tarrasa y al Sabadell, la peregrinación es poco apetitosa.

Se registra en este grupo una aparición mucho tiempo esperada: la del Betis, otrora campeón flamante de la Primera Liga, militante después en Segunda varios años y hundido luego en el laberinto de la Tercera, del que al fin ha salido tras una última campaña por demás brillante. Otro nuevo—éste nuevo de verdad—es el San Fernando, que

LEA Y VEA
 TODOS LOS SABADOS
 "EL ESPAÑOL"



La hierba de los estadios exige más cuidados que la de un jardín

ganó la partida en la fase de ascenso a su vecino y hermano mayor el Cádiz. Y completa la lista de recién ascendidos el Extremadura de Almendralejo, que dejó en la cuneta, militando en Tercera con el grupo del centro el año pasado, a equipo tan calificado como el Plus Ultra madrileño. Los ya conocidos, Tenerife, Levante, Jerez, España de Tanager y Badajoz, acaban de integrar con los mencionados ese heterogéneo segundo grupo.

NUEVAS INSTALACIONES

En él figuran equipos de ciudades que tienen grandes pretensiones deportivas. Como Murcia, que abraja un proyecto de construcción de un campo de fútbol con capacidad para más de 40.000 espectadores, dentro de una ciudad de deportes que ocupará más de 225.000 metros cuadrados.

Pero, naturalmente, los proyectos de ampliación de instalaciones deportivas abundan más en Primera División. Tras la terminación de las obras de Chamartín, el Club del Metropolitano sintió la necesidad de agrandar su estadio. En el término de menos de dos años se espera poder contar con un campo digno de la creciente afición del público madrileño por el fútbol. Mientras tanto, se han realizado obras este verano que permiten la entrada a 9.000 espectadores más que hasta ahora. Y seguirán los trabajos durante la temporada.

Los meses veraniegos han sido aprovechados también por el Español de Barcelona para ampliar Sarriá. Cinco mil personas más podrán presenciar fútbol en el campo españolista. La Directiva del Barcelona abraja también el proyecto de reanudar las obras en el gran estadio, cuya primera piedra se colocó hace ya varios meses. Pero, por ahora, otros asuntos reclaman su atención, y los numerosos partidarios del Barga tendrán que esperar más tiempo del deseado hasta poder presenciar en el nuevo terreno las competiciones futbolísticas.

El capítulo de novedades respecto a campos en Primera División se cierra por ahora con la habilitación del campo alicantino de La Viña para los partidos que celebre este año el Hércules. El conocido estadio de Bardim se ha quedado pequeño para celebrar encuentros con Clubs de la División de honor. Once mil espectadores son pocos para admirar el juego del Atlético de Bilbao, Madrid o Barcelona. En el estadio de La Viña, alquilado hasta tanto que Bardim pueda ampliarse, cabrán lo menos 25.000. Así resolverá el Hércules el problema creado por su ascenso.

En cambio, un Club norteño que acaba de descender—el Gijón—no se ha amilanado por esta circunstancia y va a ampliar el Molinón, que ha sido adquirido por la Fundación José Antonio Giron, bajo cuyas expensas se ampliará, con cabida para más de 50.000 espectadores.

Otro equipo veterano de Segunda División—en ciudad tan deportiva como Zaragoza—ha tenido que resolver su problema económico sacrificando su terreno de juego. El clásico campo de Torrero ha sido vendido a una Empresa que va a construir allí un grupo de viviendas. Gra-



El público inunda las gradas. Con la respiración contenida espera el desenlace de una jugada



Entre semana las cosas cambian. El graderío toma aspecto de patio de vecindad

cias a esa operación el Zaragoza podrá pagar deudas por valor de más de siete millones de pesetas. He aquí los altibajos de un deporte en aras de cuyo incremento unos Clubs se hunden y otros se hacen ricos.

UNO-EQUIS-DOS

Las esperanzas de enriquecerse han hecho aficionados últimamente al fútbol a muchos españoles. Las Apuestas Mutuas han convertido en millonario a más de un hombre y alguna que otra mujer de la tarde a la noche.

El furor que han hecho las mal llamadas quinielas deportivas es conocido de todos. Y los ingresos que, gracias a ellas, obtienen los centros provinciales de Beneficencia, también.

Si ya el fútbol en sí había arrastrado hacia los campos de deportes a muchos ciudadanos pacíficos llevados por la corriente general, los buzones en que se admiten papeletas rellenas con dos cifras y una letra convencionales han acabado por arrastrar hacia la barahunda de combinaciones y pronósticos a una gran masa de españoles, pendientes

durante las últimas horas de la tarde de cada domingo de las emisiones radiofónicas deportivas o del pregón de un chicuelo que vocea la «Goleada». La mayor parte de las veces para romper el resguardo de un boleto con más de cinco fallos. Alguna que otra vez para abrigar durante cuarenta y ocho horas una pequeña o grande esperanza que no siempre se cumple. Porque cuando hay trece o catorce aciertos en el boleto de uno, por regla general son muchos los que coinciden en el reparto de doses y equis.

Pero la emoción que ya de por sí el fútbol proporciona ha subido de punto con las Apuestas Mutuas. Las cuales, por cierto, en la temporada entrante presentan dos novedades: la inclusión de dos partidos reservas y la prohibición de depositar en el buzón la parte izquierda de cada boleto.

Y ahora los estadios se seguirán llenando, el marcador simultáneo proporcionando sustos y los establecimientos de Beneficencia acumulando ingresos entre esperanzas perdidas o ilusiones colmadas. Ya está en marcha la Liga.

CARTA DEL DIRECTOR PARA LOS VIVOS

SEÑOR DON JOSE MARTINEZ RUIZ.

LA estameña tiene el mismo color medieval, pringado por las soledades y las andaduras de los dos frailecitos; idénticos son los rosarios donde las plegarias se ordenan, según un número exacto; pero ambos frailes de una Orden común, que me he encontrado de vuelta de El Toboso, son el envés y el revés de una manera de servir a Dios en la tierra. Señor Azorín, La Mancha era su gran fantasmagoría antes de descubrir los espectros mecánicamente animados del cine, pues en La Mancha, a pesar de la monotonía dentro y fuera del paisaje, se daban cita los espejismos, los desvarios, las sorpresas, que usted anotaba con un lápiz, cuya contera era de oro, sobre unos cuadernillos de escritor cuidadoso de los detalles, La Mancha, como la otra planimeseta de la Castilla del Cid (ésta es la Castilla de Don Quijote), se está trocando, en medio de la metamorfosis nacional, en una España de fábricas y de regadíos, aunque, paralelamente también, se están restaurando y reivindicando, arriba y abajo de Madrid, los castillos y los molinos. Sin embargo, en La Mancha he topado con esta antítesis de lo antiguo y de lo moderno, que al fin se resuelve en la unidad sintética del orbe religioso. Yo no venía de El Toboso, sino los dos frailes (uno es el visitador general de la provincia de su Orden y el otro le acompañaba, porque su reverencia ha cumplido setenta y dos años, muy trabajados por las Misiones y los deberes), que esperaban en la carretera un caritativo «autostop»; ya que ni el tren, ni el coche, ni la mula podían acercarlos a sus correspondientes conventos. Venían de El Toboso, a donde habían ido mañanaramente desde San Clemente de Cuenca en un taxi que recorría quince kilómetros por hora, fatigadísimo desde su construcción durante la juventud de Henry Ford. A El Toboso no les había conducido ninguna aventura quijotesca, en pos de ninguna Aldonza Lorenzo, alias Dulcinea, sino que otras doncellas entregadas a lo divino eran la causa de su viaje. Iban a visitar un convento de monjas clarisas para invitarlas a la federación dispuesta por el Papa, cuando muchos cristianos tienen sus dudas acerca de la contemplación exclusiva, en un mundo cuya acción, aparte del progreso tecnológico, es un repetido disparate y una multiplicada herejía, salvo la ortodoxia católica.

Gracias a Dios todavía hay en España mujeres españolas (entre las cuales más de una docena de monjitas navarras) que se encierran en un convento de La Mancha para adorar a una sacra teología y rezar por los hombres. Acerca de este tesoro y a la vez, si lo fuera menester, fulminante de espiritualidad, se ha establecido el coloquio en el que yo no tengo otro recurso que ser el periodista. Avanzamos a una velocidad excesivamente acelerada, porque el motor se embala en esta recta que existe entre El Provençio y Minaya, junto a unos pinares que deben ser conqueses. La primera contraposición es sobre el paisaje, prefiriendo la llanura el fraile más joven, mientras que el anciano opta por las montañas y los árboles. Arguye el primer fraile con el argumento clásico de que el monoteísmo sólo florece en la inmensa planicie, mientras que los pueblos serranos y montañeros son en su origen politeístas. Cada monte supone una anarquía, acaso un pecado contra la divinidad; pero el segundo fraile recuerda los episodios de su vida, donde los monasterios y los eremitorios se levantaban entre los verticuetos de la orografía, anidados en las cordilleras. Luego la contradicción fué a propósito de América y Europa; ya que el fraile de más edad ha vivido una década como misionero en las selvas americanas, montado a caballo y entregado a la misión de propagar la fe y la doctrina alrededor de los trece conventos de Centroamérica, en que se desdoblían los trece conventos de su provincia de España. El padre relata con más verosimilitud que los reporteros de «Life»

y con más energía estilística que el autor de «Tirano Banderas», como si estuviese delante de Guatemala, o de Honduras, o de Costa Rica. La reseña del visitador general, que ahora tiene que entenderse con monjitas aisladas, presenta un relieve en el que resuena la lluvia encima de los conos de los Balcanes y se oyen los disparos de algún fusilamiento acompañado con los alejandrinos de Rubén Darío. Españolísima América que se descarrió en los amores de París, donde el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo, tan parisien, se sintió abochornado la noche en que la muchacha demasiado alegre del Bulevar, que nunca había oído la palabra guatemalteca, la confundió con la última incitación a «Ráscame allí» (Gratez-moi-la), y se moría de risa. El fraile treintañero ha estudiado en Roma, extendiendo sus vacaciones veraniegas por Suiza, Austria, Alemania, Holanda, Bélgica y Francia, o sea casi cuanto queda de la llamada Europa. El padre, pues, es un europeo; pero de la posguerra, cuando invade los países ese alma desilusionada que traen las guerras perdidas y hasta las guerras ganadas, y que nada tiene que ver, ni tratar, ni referirse con el alma desilusionada de don José Ortega y Gasset y de su cohorte. La desilusión del intelectual del liberalismo es radical mientras no se le erige en Gran Lama de sus contemporáneos, en déspota del pensamiento y de la existencia; en tanto que la otra desilusión dura lo que dura un relevo de guardia, se restañan las heridas, se reconstruyen las ciudades y se olvidan las costumbres del estraperlo y las canciones de la medrosa retaguardia. Este fraile usa unas gafas a lo Truman, fuma «Phillips Morris», gasta una cartera de cuero rojizo y maneja una máquina de retratar alemana. Por lo demás, es un bendito, henchido de filosofía y de sociología, que cree sólo un poquito en los partidos democratacristianos y espera algo de la convivencia pacífica con Rusia. «Ustedes los padres viejos son muy exagerados y extremistas», opina el padre que no es viejo y que no quiere ser extremista y exagerado, no obstante gustarle tanto la llanura manchega, donde se despliega el automóvil. Yo tengo que coincidir con el visitador general; porque ya coincido con su robustez de cuerpo y con ciertos rasgos oscuros del visaje, que nos dan un aspecto de fanatismo. Ser gordo y bonachonamente fanático no es mala paradoja, puesto que lima bastantes asperezas. Existe una única conversación en el mundo, semejante a la que sostuvimos en dirección del reino de Murcia, a lo largo de una tarde del mes de septiembre, sin que haya posibilidad de compromiso, ni de solución de recambio, como dicen los franceses. La verdad y el error son antagónicos y se excluyen, como no lo son y se complementan estos dos frailes de una Orden que ha buscado al Señor hasta entre los animales. Son las dos caras de la moneda que se necesitan para tener curso legal, como la Iglesia de Jesucristo está hecha de niños y longevos, de varones y hembras, de ricos y pobres que aman a su prójimo y creen en Dios. El padre defensor de Europa y de sus partidos políticos, del feminismo activo y de la llanura manchega se ha despedido del padre que se ha opuesto al gobierno de una minoría docta y buena, la mujer en su casa o en el convento y el paisaje romántico (cataratas, bosques y altitudes) de la América Central, como se despiden un auténtico hijo de su padre bíblico, filial y respetuosamente, entrañablemente por el dogma y por amor. Ha seguido el viaje, pero ya no nos interesa, señor don José Martínez Ruiz; puesto que La Mancha está muy lejos y el visitador general está tan cansado que sólo espera el momento cercano de recluirse en un convento en la cima de un monte arbolado para aproximarse desde allí más al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo... Y perdóneme, señor Azorín, que utilice esta carta para pedir que así sea concedido el deseo del padre Juan.

DE TODOS Y DE NINGUNO

TANGER, LA CIUDAD TENTADORA



40.000 ESPAÑOLES, 3.000 FRANCESES
Y GENDARMES DE PIROPO ANDALUZ

RASCACIELOS Y MINARETES,
BULEVARD Y "CASBA"
EN FIGURAS DE CALEIDOSCOPIO

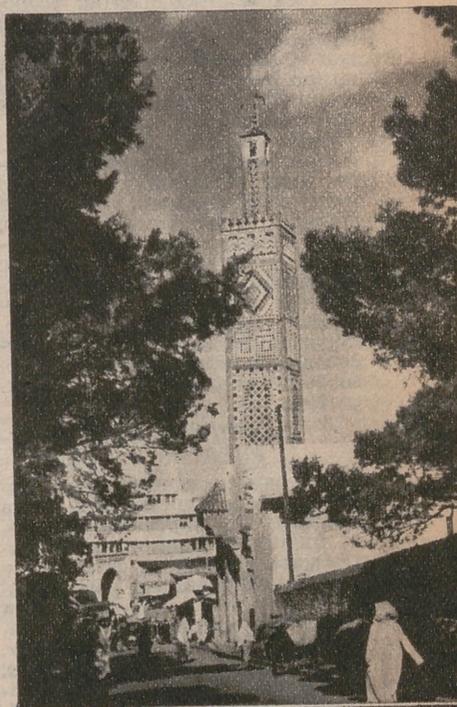
De nuestro enviado especial F. COSTA TORRO

ENTRE el nombre de Tánger y el «nolli mé tangere» (que nadie me toque) es posible que no exista mucha relación etimológica, pero la frase prohibitiva le cae bien a esa ciudad tentadora y al alcance de la mano como una peligrosa manzana del árbol del bien y del mal.

Tentación poderosa, porque si Tánger fuera distinta, sin su base popular tan unánime en el asimilar y en el aprecio hacia todo lo nuestro, esa femenina ciudad ondulada como un baile de odalisca, sería menos cautivante y menos peligrosa también la incitación suya, ese guiño del ojo, ese mover de las pestañas, que—digámoslo indiscretamente—invita a consumir un sentimiento amoroso correspondido y ostensible.

Es como un milagro de zoco lo que ha hecho que esa ciudad, por falta de ser reconocida española se haya hecho casi rabiósamente «españolista». Ahí está su mérito mayor; porque español, y hasta hispánico, se nace, mientras que el «españolista», el que grita en la vida por España, como en una grada de fútbol, no nace, sino que se hace a sí mismo, y mucho más ruidosamente que el hispanista erudito de las bibliotecas.

Recostada en la media luna de su maravillosa bahía, como una perla en la concha, Tánger ofrece un admirable cuadro marinerío entre atlántico y mediterráneo. Una vista, comparable a una Río de Janeiro reducida y sin el famoso Pan de Azúcar; pero que también



Bajada al zoco de Fuera tangeri
Contrastes de luz y sombra. Uno
los rincones más bellos de la ciudad

tiene algo de bahía de Nápoles, sin Vesubio al fondo. Es como una extraña armonía entre el ritmo carioca y la suave cadencia napolitana en el cuenco de mar de esa ciudad canora, que al son repetido de su aire africano une un eco musical de todas las procedencias.

CAPITALISMO ASUSTADIZO, VOLATIL Y FUNGIBLE

Dicen por aquí que Tánger no ha sido nunca, como pudiera imaginarse, un lugar donde el dinero anida al abrigo de toda inquietud internacional, sino que es precisamente todo lo contrario. Quizás entre todas las ciudades del mundo sea Tánger la que tiene una economía más sensible a cualquier acontecimiento importante en el panorama del mundo. Tiene una extrema sensibilidad a cualquier hecho que tanto le puede hacer llegar una riada, de oro como echarle al vuelo, a los cuatro vientos, sus propias divisas, recursos y reservas, como una gran bandada de pájaros a los que se asustó de pronto.

Eso de que todas las divisas, monedas y metales preciosos tengan estimación en los establecimientos de cambio tangerinos es una ventaja; pero supone también el que esos recursos monetarios se puedan transferir en cualquier momento y a cualquier sitio sin ninguna limitación de moneda o cantidad; o sea, que en un momento de pánico, ningún mecanismo puede impedir el éxodo repentino de capitales que, en pocas horas, hagan pasar a la población de la más esplendorosa riqueza a la más apretada indigencia.

Tierra de las manzanas de oro y de las diosas más bellas y más abandonadas, Tingis, la hija de Anteo, tiene unas libertades que forjan a la vez su grandeza y su desgracia. La libertad económica es la ley de base, casi la ley constitucional, de esta ciudad y su «hinterland». Pero ese mismo carácter de su extraña estructuración política es el que la beneficia y la hiere.

Esta es una particularidad completamente única en el mundo; una población que nada o muy poco produce; que nada exporta, como producto propio, y, sin embargo, vive con una economía relativamente saneada que le permite, con lo que le producen las aduanas y algunos pequeños impuestos de consumo, importar del exterior cuanto necesita, sin tener el menor recurso local que ofrecer en contrapartida.

LA CIUDAD DE LOS IMPUESTOS MINIMOS

Sin balanza comercial propiamente dicha, puesto que nada exporta; sin impuestos directos, ni impuestos progresivos, ni investigación fiscal, ni derechos de sucesión. Una ciudad sin Registro civil y en la que ni siquiera se pide el certificado de defunción cuando una persona muere. Una ciudad sin contribuciones, en la que sólo existen unos impuestos mínimos, siempre de consumo. He ahí un problema para el estudio de los técnicos.

Parece que una ciudad sin contribución industrial tendría que estar llena de grandes industrias. Pero no es así. Otro punto a meditar por los técnicos. ¿Es que existe una maldición sobre la vieja Tingis, sobre la libre o demasiado sujeta, hija de Anteo, que le impide crear riqueza permanente, fija y creadora, cuando tiene las arcas llenas?

Pero dejémonos ya de disquisiciones, para entrar por las calles tingitanas desde la plaza de toros por la bellísima avenida de España, ese paseo de palmeras junto a las casetas de baños de la playa. Es como una «Concha» africana bordeada de grandes hoteles, de magníficos edificios, esa gran avenida con la que Tánger ha ofrecido al nombre de nuestro país lo mejor y de más porvenir que tenía. Casetas de baños que alzan a la brisa marinera o al viento de Levante nuestra bandera nacional. El bar de «La Puerta del Sol», el hotel «Velázquez», el teatro «Cervantes» y «La Española» por aquí, «La Española» por allá, como disputándose un nombre comercial que se repite hasta el tópico.

AL ZOCO CHICO EN MICROTAXI

La Mar Chica, con ese adjetivo minimizador por el que la ciudad tingitana parece tener un especial regusto. La Mar Chica, el Zoco Chico, el «Chico-taxi» o taxi pequeño, económico y casi individual. El microtaxi, práctico y utilitario para quien trabaje o veranee en Tánger solo, con algo de dinero y sin nada de familia, mejor que en Baden-Baden. Unos muchachos musulmanes venden largas pastillas de chicle americano que se estira con la mano y cartuchos de caramelo de fruta que se suelta en rodajas como aspirinas de color.

El local de la Cruz Roja Española, el del Instituto Nacional de Previsión, la Biblioteca española con su sección infantil, la estación de llegada de los autobuses de «La Valenciana».

Ciudad arriba escaleras, rampas y pasajes. Un fuerte con cañones anticuados, que giran sobre un carril, guardan la bahía. Seguimos la ascensión acompañados por una recua de borricos enanos que llevan arena en las alforjas. Es una arena fina que se derrama a un lado y otro con chorritos delgados como de reloj. La arenilla cae, muy delgada, sobre el empedrado. El tiempo, en horas o en chorro de arena, no debe de tener demasiado valor para esos acemileros musulmanes que llevan su recua de borricos enanos hacia el Zoco Chico.

El Zoco Chico es como el corazón tangerino, que no deja de latir ni de día ni de noche. Plaza típica y recogida, con su «telégrafo español», bares y cerveterías, cafés morunos y europeos. Vendedores de baratijas y de periódicos. ¿«España», de Tánger? ¿«Pueblo», de Madrid? ¿«La Dépêche Marocaine»?

En el Zoco Chico de Tánger todo se sabe y los corrillos parecen estar convencidos de que este lugar es el más exacto ombligo del mundo. El centro de gravedad del universo. Al sur del Zoco Chico está toda África; al norte, Europa; al este, el camino de Asia y al oeste, el de América.

A continuación del Zoco Chico sigue para arriba la calle Siaghin, una arteria importante, aunque estrecha, a la que el crecimiento de la ciudad no le hace perder su sabroso carácter de «Luneta» tangerina. Joyerías indias con figuras de marfil; re-

lojes de bolas que giran a un lado y otro, como si la ley del péndulo estuviera superada y hasta en esto se hubieran descubierto aplicaciones de la tercera dimensión. Colmillos de elefantes de los que el buril del artista ha sacado una fila de elefantitos que disminuyen de tamaño hasta llegar a la punta. Imágenes de Buda extasiadas con el mirar al vientre.

Sobre una hilera de relojerías, sucursales de toda marca, alza su propio reloj el campanario de la iglesia de la Concepción, aneja a la Misión Católica Española. Es como una esbelta y bella torre de pueblo peninsular por encima de una riada humana de todas las razas y credos.

CONTRASTES Y EFECTOS DE LUZ

Casi a codazos con todas las razas del mundo hay que subir por la calle Siaghin hasta que el espacio se abre en el Zoco de Fuera o Zoco Grande.

Vendedores de pastelería asustan a las moscas que quieren aterrizar en la bandeja azucarada. Fregones de lotería benéfica de Tánger. Pizarras con las cotizaciones de cambio a la puerta de esos tenderetes, en los que se pueden realizar complicadas operaciones bancarias en muy pocos minutos. Son casas de cambio esenciales, casi abstractas, que muchas veces tienen un indio moreno detrás del mostrador y la máquina calculadora. Parecen garitas de ciego, asientos de sordomudo, esos establecimientos siempre en vigilia y atentos que conocen por teletipo cualquier alza o baja en el mercado bursátil de Nueva York o en la Bolsa de Londres.

En una esquina, un pobre pide limosna y repite una palabra que suena a algo así como «alaaarm», «alaaarm». Por la acera estrecha, unos turistas descienden con su máquina fotográfica y el mirar sorprendido. Se les acercan dos muchachos tangerinos de esos que se han licenciado en idiomas por práctica de maletero.

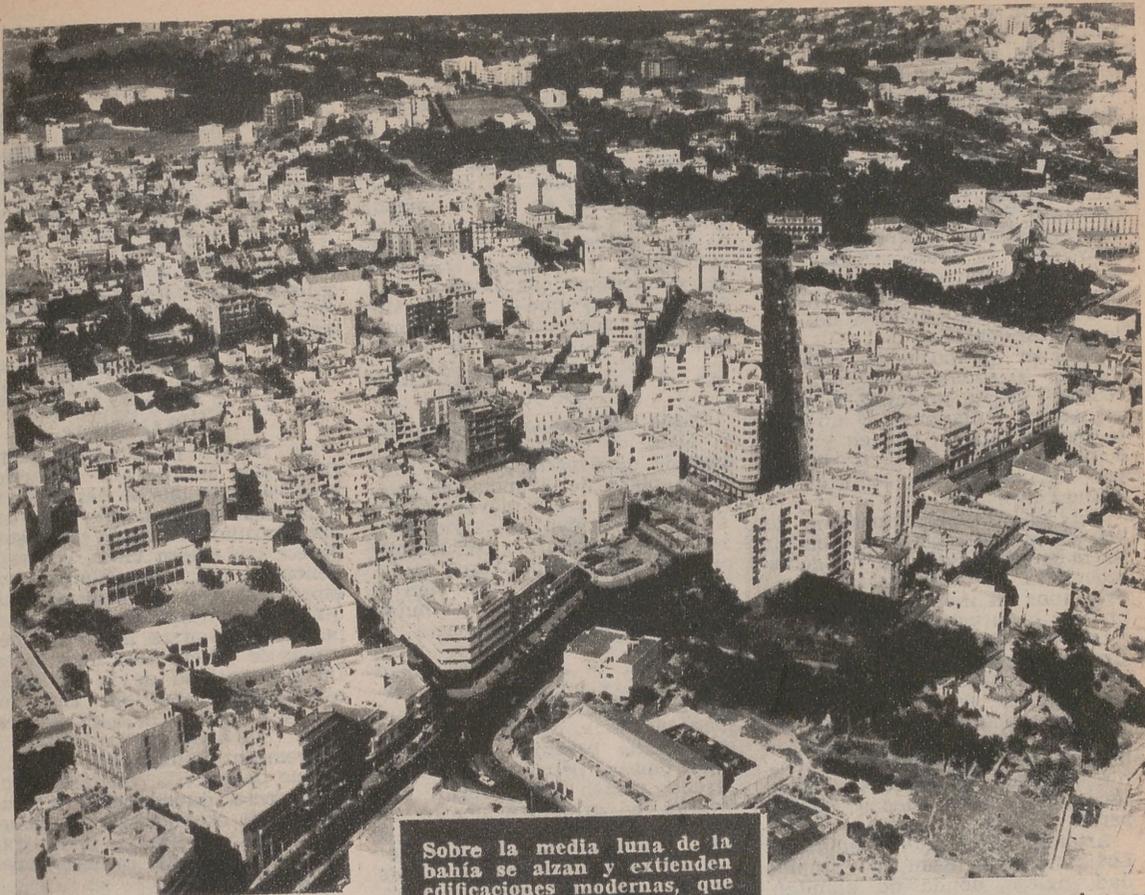
Pasa una morita que se ajusta el velo con gesto de primera actriz cinematográfica. Un hebreo con barbilla, gorrito y túnica negra, renquea con el bastón por la cuesta, mientras envuelto en limpia chilaba un musulmán gigantesco sale de un callejón y pasa un arco como buscando un efecto de luz.

Dos moras con jaique blanco llevan por los picos un saco de carbón. Sube un fraile franciscano, baja un marroquí, cruza un indio, un negro senegalés aparece por la esquina chupando un polo, corre un niño y ladra un perro.

Banco de Sudáfrica, relojería india, tostadero de café, «se venden tejidos a kilos», carbón a litros, plumas estilográficas al por mayor «sólo vendo a sacos», lotería benéfica de Tánger «el que la sigue la consigue». Cambio. Pesetas, escudos, francos marroquíes, dólar, libras. «Achat» tanto, «Vente» cuanto. Y siempre hay diferencia entre el «Achat» y la «Vente».

EL ZOCO DE FUERA, POR DENTRO

«Longines», «Parker», «Dogma»,



Sobre la media luna de la bahía se alzan y extienden edificaciones modernas, que parecen empujar al mar a la medina

«Ronson», «Cauny», «Honner». Barajas para distraer la atención del juego. Agujeritos para mirar verde. Pañuelos de seda de Cachemira. «Lastex». Barritas de sandalo. Y los grandes letreros rojos del «Dura Gloss» para los labios y las uñas.

Relojería por aquí y por allá y, de pronto, una que se titula «La Única».

El Zoco de Fuera o Zoco Grande es un hormiguero de actividades diversas en un marco de siesta eterna y en la misma posición. Existen puestos de venta horizontal, hileras de bakalitos de pie, con su construcción de madera, y puestos ligeramente inclinados como reverenciando al cliente. Un esbelto minarete proyecta su sombra sobre un «Cadillac». Flores, frutos, pájaros enjaulados. Lo que en tiempos fué Consulado alemán ahora es la Mendubía o palacio del Mendub, gobernador musulmán de Tánger.

Aquí se habla de todo. «Oiga, mire dónde pone los pies». «Pardón!» «Salam Alikum». «Joa, aló Joe!» «Muchas gracias». «Pego!» «Moito obrigado!» «Pas de quoi!»

Un viejo marroquí filosófico tiene los pies desnudos dentro de un saco de judías secas, en espera de comprador.

No un tufo africano, sino ecuménico, se levanta a lo alto desde la plaza babélica del Zoco de Fuera, como un homenaje de esa humanidad varia, en la que tiene tan distintos y divertidos rebotes un mismo mamífero esencial.

Todos los colores. Las pequeñas y más o menos fungibles mercancías. Todas las razas y credos se encuentran representados en ese Zoco de Fuera que Tánger tiene muy dentro de su

corazón. Aquí está el especiero, el vendedor de hortalizas, la florista musulmana con sus ramilletes y macetas. Pero está también el vendedor europeo y el pequeño comerciante euroafricano, como ese que en un sombrero de paja lleva el letrero de «Unión Deportiva España» y pregona, con gracia un «gordo» pequeño en combinación con la Lotería Nacional.

Abigarrada multitud de colores vivos. Fuegos artificiales de naturalidad vital en ese Zoco del mundo.

De ahí parten casi todas las líneas de autobuses. Y ahí están también los graciosos microbuses con su estación de servicio. Son automóviles colectivos para pocos, que se llenan sin esperar mucho. Recorren la ciudad en todas direcciones. Sus letreros frontales dicen «Monte» o «Playa», «Marshán»..., y vienen a ser, respecto a los grandes ómnibus, lo mismo que el microtaxi unipersonal representa para el coche de alquiler de tamaño gran turismo y hasta de cabida corriente.

GENDARMES DE PIROPO ANDALUZ

Calzados «Menorca», dulces y chuzos de Gerona (especialidad de la casa). «Pharmacie», «El Metro» con su venta de retales «a lo loco»; la librería Cremades, distribuidora de periódicos y revistas españoles... A media calle del Estatuto un guardia de la circulación gesticula con el brazo abierto como un hombre-semáforo y casi como un marinero que hiciera señales de banderas. Lleva uniforme de corte

francés; pero a veces, al paso de una gentil transeúnte, su gesticular traspirenalco se interrumpe y al pretendido «gendarme» le sale un piropo redondo y andaluz de debajo del casco.

La Policía general de Tánger ha surgido de la gendarmería provisional que organizó, a la francesa, el administrador Le Fur, que sostenía la teoría de que Tánger está a orillas del Sena y en pleno paralelo 50. De ahí esos gestos rígidos, deshumanizados y como de hombre-poste que todavía quedan como residuo en los guardias de la circulación, que para indicar que un automóvil tiene el paso libre tienen que cuadrícularse de una forma espantable, siendo tan sencillo y eficaz el echarse el casco a un lado y hacer un gesto levisimo que indique, al buen entendedor, algo así como un «¡Pasa, hombre!»

Según se sube por la calle del Estatuto, a la izquierda está la puerta del hotel «Minzah» con porteros indígenas de uniforme rojo galoneado. Y más arriba aún, la plaza de Francia, centro urbano de la moderna ciudad tangerina.

Grandes edificios, almacenes con música, Bancos, cafés con toldos y mesillas sobre la amplia acera. Hemos pasado de una película documental de costumbres marroquíes a un film de una ciudad que, más que europea, parece americana con su tráfico rápido de automóviles y un ritmo de vivir mucho más de prisa que en los barrios recoletos de las arcadas.

ESCENAS DE UN BULEVAR DEL MUNDO

Por el lado del bulevar Pasteur la ciudad se abre como en

balconada y desde ahí se puede mirar al horizonte montañoso de Malabata, el tráfico del puerto, el romper de las olas azules y verdes del Mediterráneo y del Atlántico, o sobre los tejados de las casas próximas que descenden escalonadas hasta la playa, algunas de las cuales aprovechan su situación con letreros publicitarios. En los días claros, al otro lado del Estrecho, se ve muy bien la costa española, a la que contempla desde ahí más de un sabio musulmán quizás pensando en la añoranza del viejo «Al Andalus».

Al caer la noche el bulevar Pasteur se convierte en lugar de reunión de la juventud tangerina, alegre, bullanguera y un tanto despreocupada, que en grupos o por parejas pasea y discute por esa especie de bulevar del mundo.

Por las aceras, vendedores de periódicos y revistas extienden su mercancía. Pasa un vendedor ambulante de almendras tostadas, unas en montón y otras en blancos cucuruchos. Una «nurse» internacional sobre Coca-Cola: Un joven matrimonio extranjero lleva en volandas a una criatura embutida en una especie de silla de gubardina, mientras en la acera de enfrente una respetable señora lleva andando a dos niños atados con correas y arneses de cascabeles, como si fueran perros de lujo.

Arteria de grandes edificios. Los almacenes Kent, de propiedad inglesa, donde no admiten nada más que pesetas. Al otro lado, un poco más abajo, en un edificio donde antes estuvo instalada la Administración, se encuentra ahora la Oficina de Turismo de Tánger.

Durante los últimos meses casi ocho mil automóviles y casi veinte mil turistas extranjeros embarcaron en Tánger hacia España.

ATENCIÓN A LOS PRODIGIOS DE LA TÉCNICA

Por esas calles de la ciudad moderna hay grandes comercios de batidoras, artículos de plástico, máquinas de lavar, aspiradores, acordeones, armónicas, discos microsuros..., todas esas cosas que en España se conocen y poseen sobradamente. Piraguas que pueden deshincharse y caben en un bolsillo; piscinas transportables en un maletín de plástico; tejidos de ultra-nylon, que se planchan solos antes de arrugarse; televisión en colores; fotografía en relieve; 3 D, por aquí, «hod-dogs» por allá; chicle que no necesita masticarse; pitilleras con hornillo eléctrico; mecheros sin piedra ni gasolina; esencia refinada, metida en inyectables para encendedores de modelo atrasado, del tipo que fué sensacional hace veinticuatro horas; aparatos de radio portátiles con maletín de viaje, «necessaire» y cascanueces; escobas de fibras plásticas que con sus cerdas artificiales, al barrer, suenan el «Vals de las Olas»; pañuelos de papel seda para un solo uso y prensados en paquete; neveras que pueden convertirse en aparatos de calefacción y tuestacafé; muebles que se empotran, reducen y desaparecen sin dejar el menor rastro..., en fin, todas esas maravillas de la técnica que

todos conocemos en nuestra Península. Esos aparatos que cuando una pequeña pieza se estropea sabemos tirar a la basura como si fueran despreciables cáscaras de coco.

Grandes calles trazadas a cordel, aparcamiento de automóviles y solares donde los coches se venden a ojo y en un santiamén. Teléfonos callejeros para llamar a un «Chico-tax», «Mino-tax», «Petit-tax» o a una de esas verdes camionetas que llaman «Taxi-colis» o «Paque-tax» que sirven para acarrear, con taxímetro, pasajeros y paquetes.

EL OJO EN EL CALEIDOSCOPIO

Desde el campo de aviación, la plaza de toros, la playa y su avenida de España, el Zoco Chico, la plaza de Francia, el bulevar Pasteur o el bulevar Anteo, la calle de Goya, al barrio residencial y diplomático, con sus zonas verdes, sus parterres y arboledas que no se sabe bien si son «zonas verdes» de la ciudad o parque urbanizado hasta la Casba y la Alcazaba, se tiene una visión de retazos de ciudad distinta. Las imágenes se superponen y confunden como en un sueño de «kif». Es un mareo, pero no una pesadilla; un sobresalto quizás, pero no un sueño pesado, puesto que Tánger, tan diversa, es armónica dentro de sus violentos contrastes, como si fuera precisamente en un poliedro de espejos diferentes donde estuviese el más maravilloso secreto de esta ciudad caleidoscópica.

Esparcidas por la moderna ciudad residencial y también por los barrios antiguos hay toda una serie de instituciones que atienden a la numerosa colonia española. Unas tienen en Tánger un arraigo de muchos años como la Misión Católica, las bibliotecas, la Fundación «Casa Riera», que tiene su colegio masculino a cargo de marianistas y el femenino al cuidado de religiosas franciscanas. Otras son más modernas, como los servicios asistenciales de Seguridad Social que tiene el Instituto de Previsión o el Asilo de Ancianos.

Desde 1945 se ha intensificado la atención española hacia Tánger con la construcción del Hospital Español, verdaderamente modelo. El Instituto de España, inaugurado en 1949, que tiene casi cuatrocientos alumnos en sus secciones de Bachillerato y Comercio. El grupo escolar «España», con dos mil doscientos alumnos, es también una creación reciente y que ahora va a ser ampliada con un nuevo pabellón que da cabida a seiscientos niños más.

La Cruz Roja Española tiene mucho arraigo entre la población tingitana y goza de tantas simpatías populares, que sus verbenas benéficas constituyen quizás las fiestas más brillantes y concurridas de cuantas se organizan en la ciudad. La clínica y el dispensario de la Cruz Roja Española atiende a cualquier persona que lo precise.

Y en el orden deportivo ahí están los equipos tangerinos, que llevan el nombre de España en la primera fila de esas actividades.

Un nuevo edificio para pala-

cio de Comunicaciones del Estado español se está también construyendo, y hasta ha sido cimentada nada menos que una catedral. El Instituto Politécnico es una magnífica realidad de nuestra enseñanza en Tánger, cada día más intensa y con más ambiciosos objetivos. Hasta se habla de instalar en Tánger la Universidad Internacional de la U. N. E. S. C. O.

Parece que una de las conquistas inmediatas, a instancia española, es ahora la del Reformatorio de Menores.

CARACTER ESPAÑOL DE «LA MAYOR CIUDAD DE LA FRANCIA EXTRA-FRANCESA»

En Tánger no existe Registro Civil, por lo que hay que referirse, siempre que se habla de estadísticas de población, a los datos consulares. Según esos datos parece que ahora viven, con residencia en la ciudad, cuarenta mil españoles, tres mil franceses, mil quinientos italianos, cuatro mil personas de otras nacionalidades y más de ochenta mil marroquíes. La superioridad de la población española es manifiesta entre todos los grupos no marroquíes, por lo que cualquier padecimiento o premura de carácter económico que padezca la ciudad de Tánger afecta directamente a cuarenta mil españoles, que conservan su nacionalidad y tienen con el consulado los contactos debidos.

Cuando uno piensa que un tal señor Reclus vaticinó que Tánger sería nada menos que «la mayor ciudad de la Francia extra-francesa», entran ganas de ir al comprobar que sin la lengua española y sin pesetas en el bolsillo resulta difícil moverse por esta ciudad. La moneda oficial es el franco marroquí, aunque la peseta tiene perfecto poder liberatorio en cualquier operación que se realice fuera del consulado francés. La peseta no es la moneda oficial de Tánger, pero es la moneda real en la que se suelen hacer los pagos. La gente pone un poco de mala cara cuando alguien quiere pagar en francos. «¿Tiene usted pesetas?» Si una musulmana entra en unos grandes almacenes y pregunta el precio de una mercancía, si por un caso raro le dicen la cantidad en francos es probable que ella pregunte: «¿Dígame en duros que lo entiendo más!», y lo cierto es que mil y pico de francos resulta más complicado que decir, simplemente, veinte duros.

Por eso, por motivos psicológicos de buen vendedor, casi todos los precios están marcados en pesetas. Algo parecido ocurre con los automóviles. Desde que se vió que, cuando la revuelta del 30 de marzo de 1952, a los coches que llevaban la bandera española no se les volcaba, hay ciudadano chino y súbdito checoslovaco que se ha decidido a poner la bandera roja y gualda en el parabrisas.

¿QUIERE USTED PONER UNA FARMACIA?

Tánger ofrece una particularidad única en el mundo de una población comercial en la que no existe ningún límite a las profesiones reconocidas o sin reconocer, siempre que no constituyan, estas últimas, un delito. Por

ejemplo, supongamos que un farmacéutico quiere establecerse en esta ciudad. Debe mostrar su título y obtener un permiso, pero no tendrá ninguna limitación en lo que respecta al lugar en el que establezca el negocio. Si encuentra una tienda desalquilada entre dos farmacias, allí se puede quedar si le place. Se puede instalar en una pequeña calle donde ya existan tres o cuatro farmacias; el Colegio de Farmacéuticos no protestará, porque el Colegio de Farmacéuticos no existe. Nada obliga a guardar un mínimo de distancia entre unas farmacias y otras, entre unos estancos y otros. El farmacéutico no será presionado a trasladarse a un barrio o una calle donde su establecimiento haga más falta, y, una vez instalado, podrá abrir o cerrar su establecimiento a la hora que quiera y sin guardar ninguna clase de turnos nocturnos o guardias. Si quiere tener abierto día y noche, estableciendo turnos de dependencia, lo puede hacer. Si se declara una epidemia y se decide a marchar de vacaciones, legalmente nadie le podrá decir nada. Cierto que, con un solo título no puede poner varios establecimientos farmacéuticos, sino uno tan sólo, ya que esa especie de «poligamia» comercial no se permite. Las farmacias en cadena con un solo título no están permitidas, pero, en lo demás, no tiene límite ni inspección fiscal o sanitaria de ninguna clase. Si se descubre que vende bicarbonato de color negro, verde o rojo nadie le puede pedir, legalmente, explicaciones, ya que se puede tratar de alguna fórmula magistral que no tiene por qué ser registrada en ningún sitio. Si recomienda que sus pastillas de la tos se empleen como supositorios nadie le llamará tampoco al orden.

REGIMEN Y DIETETICA TANGERINA

Además de la Policía general existe ahora en Tánger una Policía especial formada por Policía Armada, española, Guardia Republicana francesa y marroquíes de las dos zonas de protectorado. Ese es como un pequeño ejército creado a raíz de los sucesos del 30 de marzo de 1952, en que la población marroquí asaltó determinado número de comercios. Esta Policía está mandada por un español, auxiliado por un ayudante adjunto de nacionalidad francesa. Tiene, esa Policía especial, un modernísimo equipo móvil.

La actividad política que pueda alterar el orden público está prohibida por el artículo X del Estatuto de Tánger, así como todo preparativo de carácter militar que, desde el «hinterland» tangerino, pueda partir hacia otras zonas territoriales, marítimas o aéreas.

El «Mendub» es el representante en Tánger de Su Majestad el Sultán de Marruecos, y ejerce todos los poderes tradicionales en materia judicial y administrativa, en lo que respecta a los indígenas. Preside la Asamblea Legislativa y puede tomar parte en sus deliberaciones. El «Mendub» elige seis súbditos musulmanes y tres israelitas para la Asamblea Legislativa, en la que existen también cuatro españoles, cinco franceses, tres británicos, tres



Pese a su carácter internacional, Tánger no ha perdido sus costumbres milenarias



El zoco de Fuera o zoco Grande tiene también aspectos de Rambla de las Flores

italianos, un norteamericano, un belga, un portugués y un holandés, designados por sus respectivos cónsules. Los cuatro vicepresidentes, elegidos por la Asamblea entre sus miembros, deben ser un español, un francés, un inglés y un italiano.

La Administración está compuesta, estatutariamente, por un administrador principal, tres administradores adjuntos y dos ingenieros.

De la administración de justicia cuida el Tribunal Mixto de Tánger, compuesto por magistrados españoles, belgas, británicos, franceses e italianos.

Pero el organismo clave del sistema estatutario es el llamado Comité de Control, que vigila la observación del Estatuto y del espíritu que lo inspiró. Tiene facultades de veto a los textos legales votados por la Asamblea Legislativa y está compuesto por cónsules de carrera de las naciones que firmaron el Acta de Algeciras: España, Bélgica, Francia, Gran Bretaña, Holanda, Italia y Portugal. La extensión de las atribuciones y poderes de ese organismo lo convertirá en eje de todo el sistema.

Pero, a excepción de Marruecos, España es el país que influye más, naturalmente, sobre

Tánger y que tiene en esta ciudad mayores intereses humanos. Por la condición de cedente que el territorio tangerino tiene. Por la gran superioridad de la colonia peninsular, catorce veces más numerosa a la de otros países extranjeros. Por la proximidad que este enclave comanditario tiene a la Península, rodeado, como una isla, por tierra de soberanía o protección hispánica. Por haber sido testigo Tánger de la neutralidad e hidalguía española durante la pasada guerra mundial, con una administración provisional que dejó muy buen recuerdo. Por la mayor cantidad de establecimientos de carácter educacional, benéfico, asistencial y de dignificación y refuerzo del espíritu humano y, muy especialmente, porque le pide la misma población musulmana, España merece en Tánger el trato de nación preferida, inmediatamente después de Marruecos, que es la parte que tiene mayores y más indiscutibles derechos.

Tánger sabe muy bien que cualquiera que sea lo que la suerte futura le tenga reservado, siempre estará a la vista física y en el contacto amoroso y espiritual de España.

F. COSTA TORRO
Enviado especial

MODA Y MORALIDAD

SOBRE los dictados de la moda y de sus exigencias tenéis otras leyes más altas e imperiosas, principios superiores e inmutables, que en ningún caso pueden sacrificarse en aras del placer o del capricho.» Así se expresaba recientemente Su Santidad Pío XII, en alocución dirigida a las jóvenes de Italia. Y estas mismas palabras son las que acaba de recordar en una carta pastoral su eminencia el cardenal arzobispo de Toledo. No hay convivencia ni conjugación posibles de la moral cristiana y la ausencia de toda norma y regla que caracteriza a la llamada «moral naturalista». Afortunadamente, esta filosofía naturalista no tiene ralgambre en los esquemas doctrinales, en los cánones ideológicos a que ajustan su modo de pensar los distintos sectores de nuestra sociedad. Pero es indudable que la modestia y las costumbres ejemplares de la mujer española, concretamente en el vestir, están padeciendo un grave quebranto, producido, en gran parte, por las modas importadas de países extranjeros. He aquí un fenómeno sobre el que es preciso reflexionar y sobre el que es preciso crear una clara y robusta conciencia pública. Es verdad que el hecho reviste en nuestro país proporciones ciertamente menores a las que presenta en otras naciones. También es cierto que obedece, antes que a una pervisión de los criterios, a un mimetismo que tiene su origen en una serie de causas y circunstancias que no es ahora preciso analizar. Pero es necesario reconocer que implica ya verdadera gravedad este divorcio, esta contradicción entre la conducta y las ideas, entre las costumbres y los principios. La salud espiritual de un pueblo sólo puede estimarse suficientemente defendida y sólidamente cimentada cuando la integridad de su vida —principios y costumbres— es totalmente sana y moral. No es que algunas de estas costumbres, ex-

trañas a nuestro tradicional modo de entender el respeto que debemos a la mujer y el que éstas se deben a sí mismas, ofrezcan exactamente el mismo contenido y los mismos perfiles que en algunos otros países, pero en este orden de cosas es en el que más fácilmente la práctica enerva la acción orientadora y la virtualidad rectora de las normas, de las ideas y de la fe que profesamos.

Tanto la jerarquía eclesiástica como la autoridad civil, cada una dentro de su esfera de facultades y medios, ponen diariamente a contribución sus desvelos y esfuerzos en la vigorización de la auténtica moral católica. Mas es la sociedad y dentro de ella especialmente aquellos en quienes por su función en el seno de las familias y otras instituciones sociales recaen mayores responsabilidades, los que han de poner en juego los resortes de que disponen. Es un problema que afecta a todos y que únicamente con la cooperación de todos puede ser debidamente encauzado. En la salvaguarda, tutela y acrecentamiento de estos valores morales, sin duda los más importantes y aun rentables desde cualquier punto de vista de nuestro patrimonio nacional, a todos nos alcanzan obligaciones muy severas.

Por añadidura, la lucha, «extendida hoy a todos los continentes» entre los creyentes en Dios y amantes de la moral, de la familia y de la Patria, como dice su eminencia el cardenal Pla y Deniel, y «los sin Dios, sin moral, sin familia y muchas veces sin Patria», reclama con urgencia modos de vida individual y social, presididos por un agudo sentido de la austeridad, del decoro, de la sobriedad y de la fortaleza.

EL ESPAÑOL

UN DIAGNOSTICO EXACTO

EN la clausura de la III Reunión Internacional del Centro Europeo de Documentación e Información, que ha celebrado recientemente sus sesiones en Santander, el Ministro de Asuntos Exteriores, don Alberto Martín Artajo, ha hecho un diagnóstico exacto de la actual coyuntura europea.

Ciertamente, Europa está partida en dos por el «telón de acero», y dos de sus piezas clave —Alemania y Austria— permanecen divididas, seccionadas. Pero con ser muy grave esta división física, es más grave aún la división espiritual que ha provocado el comunismo en lo que fuera la antigua unidad cristiana europea. El Viejo Continente atraviesa una crisis de desintegración, cuya raíz se hunde más abajo de aquellos estratos superficiales a los que alcanza la simple delimitación geográfica. El supremo mal, el acierto de la estrategia comunista, es la escisión ideológica conseguida, y fomentada, en la entraña nacional de muchos pueblos. Y es precisamente esta escisión la que debe superarse como único medio, como imprescindible trámite anterior, para poder llegar, con posibilidades de éxito, a la reconstrucción de un nuevo mundo europeo, a la salvación, en suma, del orden que significa la civilización occidental. Ante todo, las naciones que viven, y quieren seguir viviendo, en este área tienen que lograr su unidad ideológica frente al comunismo, porque mientras subsistan las diferencias, mientras se intenten compaginar distintas posiciones políticas, abarcando toda una amplia escala que comprende desde las posturas contemporizadoras, inspiradas en una consideración utilitaria, hasta las que encuentran su razón en un rencor o recelo, exclusivamente particularista, seguirán fracasando, uno tras otro, todos los intentos, todas las Conferencias, todas las Asambleas, dirigidas a lograr una Comunidad

Europea fuerte que pueda salvar los valores de la civilización frente a los nuevos bárbaros. De nada sirve una nueva convocatoria para tratar de la soberanía de Alemania, como la que ahora inicia Inglaterra, mientras Francia, por ejemplo, no supere su división política interior y no rechace, por el bien superior de Europa, su complejo «antialeman». Es inútil empezar una conversación cuando se llega a ella ya decidido a no abandonar, ante ninguna razón, los propios prejuicios. O tratar de alcanzar un bien general por la simple suma de todos los egoísmos.

Para evitar que la unión de las naciones europeas, que la inteligencia y la cooperación leal y plena entre ellas se produzca al color del juego de una guerra defensiva, hay que llegar a ellas por un camino pacífico de sacrificio y generosidad. El Ministro de Asuntos Exteriores, al final de su acertado discurso, ha definido con indudable acierto las dos condiciones a que debe atenerse cualquier planteamiento justo del nuevo orden europeo: la fidelidad a los principios cristianos que históricamente forman la base de constitución de nuestro Continente y el respeto a las nacionalidades que lo integran. Condiciones ambas que resumen el punto de vista español, que constituyen dos arraigadas convicciones tradicionales en nuestra forma de entender la comunidad internacional de los pueblos: cristiana y formada por naciones «enteras», totalmente soberanas e independientes.

En estas condiciones, o sea, respetando el fundamento cristiano de la civilización europea y la sustantividad de sus naciones, España, fiel a su tradición y a su historia, está dispuesta a colaborar en la reconstrucción del nuevo mundo europeo.

EL ESPAÑOL

RETORNO AL COLEGIO

Con la máxima perfección técnica—fruto de nuestra dilatada experiencia—, ofrecemos este año equipos escolares completos para NIÑAS y NIÑOS, en los modelos especiales para cualquier colegio.



Uniformes, Zapatos Fisiostable (garantía de calidad), Ropa interior, Material escolar, Medias, Calcetines, Delantales, Toallas, Ropa de cama, Suéters, Jerseys...

Como siempre, los más amplios surtidos, en toda la gama de precios.

Soliciten por Correo nuestro Catálogo Especial para colegiales.

El Corte Inglés

“DONDE LA CALIDAD SUPERA AL PRECIO”

LA PERIFERIA DE ESPAÑA PASA POR EL POLO NORTE

«Señor director de EL ESPAÑOL.

Muy señor mío:

Siendo como soy español, nacido en uno de los «burgos podridos» de la provincia de León, me veo poco menos que obligado a saludarle a usted, que está dedicando su vida a enaltecer todo lo que sea legítimamente español. Yo llevo ya cerca de veinte años entre los esquimales y cerca de veinticinco fuera de España. Pasé mi juventud estudiviosa entre León, Carrión de los Condes, Salamanca y Granada. Pasé dos semanas en el Puerto de Santa María, frente a Cádiz, y otras dos en Marbella. Por cierto, que desde Marbella se divisa claramente el Peñón de Gibraltar. La vista diaria del Peñón agudó mi estancia en la bella playa malagueña. Tuve también allí algunos desórdenes estomacales, que yo, en mi ignorancia, achaqué a las sardinias o tal vez al jamón; pero que hoy ya no me cabe duda que se debieron a la cercanía del Peñón. Los campesinos de las cercanías de Marbella dicen «Gibariá».

En mi peregrinar por las vastas regiones de Norteamérica nunca he podido olvidarme de nuestra España. No es que yo haya hecho por olvidar-me, sino que el roce diario con asuntos y tareas extranjerizantes no han logrado borrar en mí la imagen de España, que tan indeleblemente se me había grabado cuando zarapé de Gijón, en las postrimerías del reinado de Don Alfonso XIII.

En Alaska, donde resido y donde tiene usted su casa, la vida es muy distinta de la de España. No hay aquí olivares, ni naranjos, ni campos de mieses, ni viñedos, ni gitanos. En el sureste de Alaska sí hay selvas de coníferos, con sus industrias madereras y una industria pesquera muy floreciente; pero aquí, en los confines del Círculo Polar Ártico, donde yo vivo, casi puede decirse que no hay más que cielo nublado, mucha nieve, ríos helados, desiertos blancos, esquimales y un silencio de cementerio.

Pues en estos desiertos helados, donde parece que no hay nada que hacer si no es tiritar y soplar las uñas, vivo yo como un rey, dedicado a la evangelización de los esquimales, que, dicho sea de paso, se van cristianizando a buena marcha.

La Prensa española me ha tenido al tanto del pulso de España desde los días aquellos en que Gil Robles echaba sus discursos castelarianos y Azaña daba gracias al diablo porque España había dejado de ser católica, pasando luego por el cinturón de Bilbao y los cinturones de Brunete, Teruel y Gandesa, y luego el Desfile de la Victoria, y más tarde la retirada de los embajadores de Madrid, y las sequías, y la vuelta de los embajadores, y la vuelta también de los españoles prisioneros en Rusia.

De todo esto sabemos aquí, en el país de los eternos hielos. Una cosa no sabía yo, o, por lo menos, la sabía muy borrosamente, a saber: el progreso industrial efectuado recientemente en nuestra Patria. De esta ignorancia me está liberando EL ESPAÑOL, que me remite fielmente un amigo madrileño que se llama Pedro Arpón, y vive Arganzuela, 8.

EL ESPAÑOL, escrito en Madrid por reporteros que viven en la periferia de España, es más para la periferia que para Madrid. La periferia de España pasa por estas lomas del Polo Norte, donde se lee EL ESPAÑOL. Ya conoce usted, señor director, el gusto con que nos lanzamos al fajo de cartas fresquitas que nos entrega el cartero en los países lejanos. Yo he sido siempre muy amigo de escribir y recibir cartas. Pero desde que he intimado con EL ESPAÑOL, cuando éste me llega, tiro las cartas a un extremo de la mesa y me convierto en estatua de piedra ante las páginas

españolísimas de EL ESPAÑOL. Sépalo, señor director, y haga de este conocimiento como le plazca, pero sépalo; ya sabe que el saber no ocupa lugar, aunque esto es bastante discutible.

Los que llaman a EL ESPAÑOL el semanario de los tractores y de los pantanos no saben lo que dicen, porque parece que lo dicen con un tono algo despectivo. Dicho en otro tono ya tiene más de verdad.

EL ESPAÑOL tiene a los españoles al tanto del progreso, lo mismo espiritual que material, de nuestra Patria. Gracias a él sabemos qué libros se acaban de imprimir en castellano, y hasta nos damos el lujo de conocer fotográficamente a los autores en diversas posturas. Y quien dice libros dice obras teatrales, guiones de cine, producciones artísticas, escultura, pintura y música. Prelados españoles defienden en EL ESPAÑOL los valores morales y nos orientan sobre temas delicados de la religión.

Por EL ESPAÑOL sabemos cuántas hectáreas de regadío hay hoy en España, cuántas en vías de realización y cuántas en proyecto, gracias a los pantanos, cuyo número y situación geográfica se nos explica con todo el lujo de guarismos y detalles. Sabemos también los kilovatios-hora que tenemos y que pensamos tener; los automóviles que fabricamos y que pensamos fabricar, las industrias nuevas y las que están en camino. También nos informa detalladamente sobre los grandes problemas políticos de Europa y del mundo. Hasta el momento actual del deporte, en sus variadísimas ramificaciones, tiene cabida amplia en sus páginas estupendas.

Cuando se coge en las manos un diario se lee esto o aquello y se pasa por alto lo demás. ¿Que me pueden interesar a mí, pongo por caso, los ecos de sociedad en que se describen los enlaces matrimoniales, bautizos, viajes a París, etc.? ¿Qué interés puedo yo tener aquí por el menú de la cena que el embajador de tal nación ofreció a sus colegas con motivo del aniversario de la independencia de su país?

En cambio, EL ESPAÑOL no tiene desperdicio. Todo él es interesante a toda persona moderadamente instruída o que aspira a estarlo mejor. Al que lea EL ESPAÑOL un año seguido no habrá propagandas tendenciosas extranjeras que le inyecten una sola gota de veneno antiespañol. La lectura de ese semanario castizo le inmuniza a uno contra todo lo que sea hostil a España. Después de leerlo y saborearlo queda uno más contento de ser español. ¡Arriba los españoles!

Voy a terminar rogándole que cuando celebre algún acontecimiento de EL ESPAÑOL y haga usted un recuento de los países donde se lee su semanario, no se olvide, por Dios, de esta Alaska brumosa, sentada a caballo entre el lejano Oriente y el lejano Occidente, emparedada entre Siberia y el Canadá septentrional, con el casquete polar por solideo que cubre su calva, y el infinito mar Pacífico por escabel de sus pies, que se bañan en él, sirviéndoles de jabón los bloques de hielo flotante tan transparentes, tan inquietos y tan bellos.

Saludos cariñosos a todos y cada uno de los reporteros, cuyos nombres y caras conozco, y que tanto a usted como a ellos les conceda Dios muchos años de vida.

Reciba un apretado abrazo de su amigo y admirador.»

Segundo LLORENTE, S. J.

Alakanuk, agosto 1954.

EDUARDO AUNÓS

AUTOR DE LIBROS SINGULARES



“LA BIOGRAFIA DEL PERRO” Y TODO LO DEMAS

“LA JUVENTUD DEBE
LEER PRIMERO LOS
CONTEMPORANEOS
Y LUEGO LOS CLASICOS”

Don Eduardo Aunós está de pie, frente a nosotros.

Un amplio despacho en el edificio del Tribunal de Cuentas es el escenario en el que la entrevista tiene lugar. A nuestro alrededor, severidad y silencio.

Y, sin embargo, pronto olvidamos esto para lanzarnos a una conversación animada. Porque don Eduardo, después de tendernos una mano cordial, es el primero en quitar tensión al ambiente, en el que—¡qué se le va hacer!—nos encontramos un poco cohibidos.

Tres asientos en círculo y, al otro lado de la mesa el señor Aunós, apoyadas las manos en los brazos de un sillón, sonríe y nos hace repetirle nuestros nombres. En realidad espera a que los primeros disparos comiencen.

En las rodillas de Lima los dos libros objeto de la entrevista dejan ver sus títulos. El primero del que tratamos es «La biografía del perro», sin que quiera esto decir que le concedemos la primacía sobre «El jardín de los muertos», sino que la conversación viene así, rodada:



«Yo positivamente me siento joven y pienso como tal. Creo que hay una parte de mí que no se ha desarrollado plenamente»

LA PROFUNDIDAD DE LOS OJOS DEL PERRO

LIMA.—Don Eduardo, a propósito de las teorías de Von Uexkull que cita usted en su libro sobre el perro, ¿no cree que el perro está más cerca del mundo del hombre que éste del mundo del perro?

AUNÓS.—Creo que el perro es el animal que está más cerca del mundo del hombre. Probablemente la larga relación existente entre ambos ha conseguido que sea el animal más doméstico entre todos los de la creación.

M.^a DEL CARMELO.—¿Cómo

nació en usted la idea de escribir este libro?

AUNÓS.—Siempre me gustaron los animales, y también me extasié muchas veces ante un árbol con las ramas extendidas, desde siempre el mejor marco para mis meditaciones. El hombre necesita del contraste con los valores inferiores.

Interviene Gironella:

GIRONELLA.—¿Qué parte del perro le impresiona más?

AUNÓS.—Los ojos. Los ojos de un perro no sólo me impresionan, sino que son para mí un pozo de sentimientos. Reflejan su estado de inocencia. Esas mi-

radas de los perros son un problema insondable. Hay quien dice que es el olfato su mejor cualidad, pero, indudablemente, los ojos son extraordinarios.

LIMA. — ¿Considera al perro más capacitado que el hombre para percibir la simpatía o antipatía de quien se le acerca?

AUNOS. — Esa percepción creo que más que una facultad psicológica es una reacción puramente material. El perro está más preparado que el hombre para captar una serie de pequeños movimientos o expresiones más o menos involuntarias, que le sirven para determinar esa simpatía o antipatía iniciales.

M.^a DEL CARMELO. — ¿Cómo explica muchas de las primitivas religiones, o más concretamente, la religión egipcia y su divinización del animal?

AUNOS. — El animal ha sido desde todos los tiempos no sólo el compañero, sino un importante peón de brega en la vida del hombre. Esta ayuda que algunos animales prestaban al hombre llevó a los sacerdotes de algunas religiones a divinizarlos. Sin embargo, yo creo que esta divinización era un simple pretexto para llenar la imaginación popular, para dar al pueblo algo que no le costara entender, mientras el verdadero sentido de la religión era sólo conocido y comprendido por una minoría.

EL PERRO ES UN ANIMAL QUE HA RESUELTO SU PROBLEMA

La voz de Aunós se hace aún más amplia. Se extiende en cada respuesta, contesta minuciosamente. El orador se revela. Gironella vuelve con el tema:

GIRONELLA. — ¿Cree que el perro en su ambiente es feliz?

AUNOS. — Sí, porque tiene aspiraciones limitadas. El perro es un animal que ha resuelto su problema, lo mismo que los resolveríamos nosotros si nos entregáramos a Dios.

GIRONELLA. — ¿Para usted tiene sentido eso de «llevar una vida de perro»?

AUNOS. — Yo creo que esta expresión habrá surgido del hecho de que el perro vive de las sobras del hombre, supeditado a él. Y esta sensación de impotencia, de inferioridad se centra en esta frase para decir de alguien que es inferior a los demás.

M.^a DEL CARMELO. — ¿Ha pasado usted momentos felices observando a los animales?

AUNOS. — Mis múltiples ocupaciones me roban tanto tiempo que apenas si he podido hacerlo. Pero muchas veces en mi casa, aprovechando las vacaciones, me dedico a observarlos, única forma de comprender su vida y sus reacciones. De esta contemplación saco provechosas enseñanzas y me proporciona buenísimos ratos.

GIRONELLA. — ¿Prefiere la compañía del perro a la compañía del hombre?

AUNOS. — Pues no. No, porque a fin de cuentas el hombre, aunque sea un enemigo nuestro, es un ser que tiene un alma que le lleva a Dios.

LIMA. — Y si tuviera que vivir en una isla desierta, ¿a quién elegiría para acompañarle?

AUNOS. — Indudablemente a un hombre, porque un hombre

presenta siempre destellos de divinidad más conspicuos. En un perro hallamos siempre respuestas pasivas, mientras que en el hombre, aunque pudiéramos esperar de él un mayor daño, siempre nos da una respuesta positiva o negativa, pero de cualquier modo activa.

GIRONELLA. — Y a esos hombres de los que uno puede esperar daño, ¿en qué clase de animales les convertiría usted?

AUNOS. — Usted quiere decir qué animal me parece más aborrecible. Pues creo que es el cocodrilo. El cocodrilo para mí es el más bajo de los animales, el más inconsciente y el más primitivo. Es un animal que me causa repulsión, mucho más que las serpientes, cuyo veneno, al fin y al cabo, cura nuestros males.

El señor Aunós, expresivo, dirige cada respuesta con sus manos, como si éstas debieran dirigir las palabras e incluso injundirlas un determinado sentido. Los gestos de don Eduardo nacen espontáneos, como si dentro de él éstos existieran unidos a las mismas palabras.

«LAS CORRIDAS DE TOROS SON UNA ESPECIE DE «BALLET»

M.^a DEL CARMELO. — ¿Este libro por usted publicado o ha de ser una unidad aislada o responde a algo más amplio?

AUNOS. — El libro responde a la idea de crear una colección que se va a llamar «Seres y mundos». Este es el primer tomo, y los restantes que van apareciendo irán encaminados a dar a conocer la epopeya de cada animal. El segundo tomo, que ya está próximo a publicarse, se titulará: «El toro, ese dios de combate», del que es autor una escritora francesa.

LIMA. — En su libro, cuando habla del daño que se hace a los animales, parece leerse entre líneas una velada censura a la fiesta taurina...

AUNOS. — No es exactamente censura. Las corridas de toros son un bello juego, son el refugio de una vieja tradición, de un rito religioso. El daño que se causa al animal está perfectamente justificado por la misma belleza del espectáculo. Una corrida de toros es como una especie de «ballet», una danza ritual: «La gran danza de la muerte». Lo que sí censuro son esos espectáculos que se dan en algunos pueblos de la Península donde el toro sufre un trato realmente salvaje para divertir a unos cuantos seres brutales. Esto es lo que yo suprimiría.

GIRONELLA. — Don Eduardo, en una ciudad de perros, ¿cuál cree que sería el gobernador?

Aunós hace un significativo gesto con los brazos antes de empezar a hablar.

AUNOS. — ¡Vaya por Dios! Es un tanto difícil decirlo... Creo que el mejor perro es el pastor alemán. Pero el perro danés es el más regío. Existe una leyenda en la que un perro danés fué erigido rey y dictaba setencias colocando su pata sobre una de las dos órdenes que se colocaban en el suelo. A la izquierda, libertad. A la derecha, castigo. Dicen que la ciudad fué muy bien gobernada.

GIRONELLA. — ¿Y cuáles serían los perros «maleantes»?

AUNOS. — Los maleantes serían estos perros que no tienen dueño, esos a los que yo llamo en mi libro «perros irregulares». Animales muy inteligentes que roban con mucha habilidad.

M.^a DEL CARMELO. — ¿Qué piensa usted del perro de circo?

AUNOS. — Es digno de compasión. Detrás de las lonas de un circo no hay más que torturas para estos animales. Es muy distinto educar a un perro que amaestrarlo para un circo. En estos casos generalmente lo consiguen a base de crueldades.

LIMA. — ¿Hay alguna raza o clase de perro que le cause antipatía o repulsión?

AUNOS. — Ninguno. El perro siempre tiene un contenido poético. Por eso con este libro he pretendido conseguir que se ame al perro por lo que tiene de poético, no por su textura o su aspecto.

M.^a DEL CARMELO. — ¿Cree al perro más inteligente que al mono?

AUNOS. — El mono es una cosa distinta. En principio es casi igual que el hombre, pero luego cae, se aniquila. El perro es único en su género. El mono parece como si perdiera la asistencia del cielo, en cambio el hombre sigue hacia arriba siempre. A veces incluso cuando peca. El pecado original fué precisamente un movimiento de orgullo, un querer ser más.

Y pasamos de tomar al perro en tono general a considerarle de una manera más doméstica, más íntima. Don Eduardo nos habla de sus perros de Alaska, su perra canadiense, y lógicamente, nos dejamos arrastrar y contamos también algo de nuestras experiencias en materias perrunas y aun las gracias del que tenemos en casa.

Hasta que la conversación ofrece un resquicio propicio y Gironella se lanza sobre el segundo de los objetivos de la entrevista: «El jardín de los muertos».

UN ADOLESCENTE FRENTE A LA MUERTE

LIMA. — De la lectura de su obra el lector que le desconozca a usted tiene la impresión de que es una obra escrita en plena juventud. ¿A qué lo atribuye?

AUNOS. — ¿De veras? Es posible. Yo, positivamente, me siento joven y pienso como tal. Creo que hay una parte de mí que no se ha desarrollado plenamente. Opino que sólo se siente verdaderamente en la adolescencia y que para crear hay que ahondar en ella.

GIRONELLA. — ¿Entonces, qué edad considera mejor para crear?

AUNOS. — Creo que la mejor edad para un hombre es la época comprendida entre sus cincuenta y sesenta años. Época en que se empieza a ser niño otra vez. Años serenos en que se asimila plenamente cuanto se ha vivido y se ven los problemas con objetividad.

M.^a DEL CARMELO. — ¿Por qué en su libro enfrenta a un adolescente con la muerte?

— AUNOS. — Porque creo sinceramente que la adolescencia y la

morte van en cierto modo unidas, por lo menos en su concepto. Pasada la adolescencia a la idea de muerte acompaña una sensación de paz. Es únicamente durante los primeros años de nuestras vidas cuando sentimos el temor a morir.

GIRONELLA. — ¿Cree que la verdad se halla siempre a través de la muerte?

AUNOS. — La muerte es la puerta de comunicación con Dios. Y a través de ella hallamos la verdad, porque sabemos que la muerte es una liberación. En nosotros no muere más que lo material, se aniquila aquello que nos impide contemplar más verdades.

LIMA. — ¿Hay algún personaje entre los de su novela que le inspire especial simpatía?

AUNOS. — Como «hijos» míos siento por cada personaje un cariño especial. Los amo con defectos y todo, como yo los he creado. Pero creo que entre todos podría distinguir especialmente a don Policarpo, al que creo el personaje más logrado de la novela.

GIRONELLA. — ¿No le parecen un tanto forzadas algunas reacciones de ese personaje?

AUNOS. — Si bien es cierto que he tenido que obedecer a una serie de postulados previos y no he podido desarrollarlo como hubiese querido, don Policarpo existe, no es una pura creación imaginativa.

M.^a DEL CARMELO. — ¿El personaje de Adriana pertenece también a la vida real?

AUNOS. — Es realísimo. Adriana tiene un realismo completamente distinto del actual. Representa todas las facetas de realidad, es como un resorte que experimenta una serie de vibraciones que se manifiestan en sus distintas reacciones. Tal vez por esos contrastes puede parecer una figura romántica.

M.^a DEL CARMELO. — ¿Qué significado concede a las cuatro figuras de los enterradores?

AUNOS. — Los enterradores no son de ningún modo, como equivocadamente se podría creer, figuras de comparsa. Tienen su significación de vulgar público, de profanación de todo lo que la muerte significa y a la vez de víctimas de lo mismo, de lo que toman a broma y les proporciona el medio de vida.

GIRONELLA. — ¿Las calificaría, pues, de figuras trágicas?

AUNOS. — Quizá sí. Tienen todos estos personajes una íntima tragedia, tanto más triste cuanto que es ignorada por ellos mismos.

LA JUVENTUD DEBE LEER PRIMERO LOS CONTEMPORÁNEOS; LUEGO, LOS CLÁSICOS

Se habla ahora de la manera de leer y se pone en el tablero la cuestión del buen lector. De sí hay muchos o pocos. De esta juventud que se lanza a leer al «Coyote» y otros héroes similares, con fruición lamentable. En cambio, los clásicos...

M.^a DEL CARMELO. — ¿Qué es lo que usted cree que se debiera hacer para estimular entre la juventud el afán de leer?

AUNOS. — Debiera darse interés al libro partiendo de la pri-

mera enseñanza. Estudiar desde la juventud a los escritores contemporáneos, que son los que plantean al alumno problemas recientes. Y, más tarde, ya llegarán al «Lazarillo de Tormes».

LIMA. — ¿Y no cree usted que en esta falta de curiosidad del público influye el precio prohibitivo que alcanzan algunas ediciones?

AUNOS. — El precio no es prohibitivo; lo que sí hay es una falta de correlación entre estos precios y el salario de una masa de lectores de clase media, sector que proporciona el más alto contingente de lectores de la Nación.

LA MUSICA NO AGOTA SUS MEDIOS DE EXPRESION

M.^a DEL CARMELO. — Usted que no es sólo escritor, sino también compositor, ¿cómo ve el panorama de la música actual?

AUNOS. — Veo a todos los músicos preocupados ante la idea de que los medios de expresión se están agotando. Y esto es un error. La música tiene aún medios de expresión suficientes para colmar nuestras apetencias durante miles de años. Creo que la solución es dar una vuelta hacia los clásicos sin que por ello se abandonen los nuevos medios expresivos.

Y ahora la conversación marcha por los caminos de las habilidades del entrevistado, que él no quiere confesar. «Soy sólo un discípulo», dice. Y no hay quien le saque de ahí.

Volvemos a los viejos frentes, a los viejos cauces de la discusión literaria de los que la palabra fácil de Eduardo Aunós nos ha ido sacando casi sin darnos cuenta.

LIMA. — Don Eduardo, ¿que juicio le merece el periodismo actual?

AUNOS. — El periodismo de hoy es más iconoclasta que el de antes. En ello influye notablemente el ejemplo de América, que tiende a establecer una intimidad entre el público y las grandes figuras. Es un periodismo que se dedica a desmontar prestigios sin comprender que las grandes figuras deben mantenerse a distancia, ya que al acercarse pierden perspectiva y al perder ésta, pierden prestigio. No veo a qué conduce este moderno afán periodístico de presentar a todos los grandes hombres en camiseta.

PASEAR, VER, ESCUCHAR Y LEER

GIRONELLA. — Aparte todas sus actividades, ¿cuál es su mejor momento del día?

AUNOS. — Pasearme por la ciudad. Ver, escuchar y también leer.

MARIA DEL CARMELO. — ¿A quién lee usted?

AUNOS. — Usted quiere decir a quién admiro más... Pues a Graham Greene y a Lawrence, de los extranjeros. En cuanto a los españoles, han influido siempre en mí Pío Baroja y Valle Inclán. Sobre todo este último me parece un escritor extraordinario.

LIMA. — ¿Por qué le gusta Graham Greene?



«El perro es un animal que ha resuelto su problema, lo mismo que lo resolveríamos nosotros si nos entregáramos a Dios»

AUNOS. — Porque aborda problemas hondos, importantes, sin perderse en un aparente realismo de las cosas.

MARIA DEL CARMELO. — ¿No está conforme con el realismo actual?

AUNOS. — No. Considero que hay que ir a un movimiento literario que sobrepase este realismo inconexo y superficial. Tiene que conseguirse un realismo total a través del mundo de las ideas, de la religión y la política.

GIRONELLA. — ¿Cuál fué la última vez que se asombró?

AUNOS. — Me asombró muchas veces. Tantas cuantas se me cortan las ideas. Cualquier cosa puede asombrarnos: aquel tipo del autobús, la conversación de aquellas muchachas...

LA IMPORTANCIA DE LA VIDA ESPIRITUAL

LIMA. — Usted nos hablaba antes de épocas suyas que considere felices. De volver a empezar, ¿sería usted lo mismo que ha sido?

AUNOS. — En el orden político, sí. Ahora bien; yo, en cuanto a individuo, con mi vida interior al margen de las actividades que pueda desarrollar, creo sinceramente que, de volver atrás, daría aún más importancia a la vida espiritual.

Y Aunós parece que medita la frase después de dicha. Aun al quien insiste sobre lo anterior.

MARIA DEL CARMELO. — ¿De manera que...?

Y don Eduardo la corta con un ademán y una sonrisa.

AUNOS. — Que estoy satisfecho. Plenamente satisfecho. Ni me siento descontento por lo que he sido ni desilusionado por lo que nunca fui.

La pausa esta vez, aun siendo muy correcta, es como un punto final claro y rotundo. Nos damos perfectísima cuenta de que al señor Aunós le aguardan un sin fin de tareas que no admiten dilación. Y con ellas le dejamos.

APUNTES PARA LAS MEMORIAS DE UN REDACTOR POLITICO

8 PERIODISTAS PRESENCIAMOS LA EJECUCION DE LOS REOS DEL CRIMEN DE ANDALUCIA

EL CONSEJO DE GUERRA EN LA CARCEL MODELO

Por Francisco CASARES

ES un fenómeno curioso—yo tengo la seguridad de que a los que me lean les habrá sucedido alguna vez—el de que aquello que creemos a priori que nos va a producir una intensa emoción, alterando nuestro sistema nervioso, lo presenciemos con una tranquilidad que, no sólo nos asombra, sino que, bien analizada, es del todo absurda, inapropiada. Esto me ocurrió a mí cuando hube de ser, por imprevisto profesional, uno de los muy contados testigos de la ejecución de los tres reos condenados a muerte por el asesinato alevoso y sensacional de los funcionarios postales ambulantes del exprés de Andalucía.

Pero no quiero adelantar los acontecimientos y, para dar la debida ordenación a mi relato, que es continuación del que ya escribí sobre el crimen y la detención de los autores—uno de ellos, Teruel, se suicidó en su domicilio, en esta habitación en la calle de Toledo, cuando iban a aprehenderle—, me referiré primero a la causa. Como ya dije, actuó la jurisdicción militar, porque el Gobierno del general Primo de Rivera, que llevaba unos meses en el Poder, tuvo especial empeño en que se hiciera justicia rápida y de modo ejemplar. Era el mejor procedimiento de cortar posibles rebrotos de un estado de agitación social que había tenido ya demasiadas cruentas manifestaciones en Madrid, Barcelona y otras ciudades. Si a las luchas sangrientas de ese carácter se incorporaba el «gangsterismo», la paz y la seguridad que los militares españoles habían venido a instaurar podrían resquebrajarse. Fué un Consejo de Guerra y no una vista en trámite civil lo que se promovió para juzgar y sentenciar a los asesinos del exprés. Y se llevó todo tan aceleradamente que, a los pocos días de la detención de los criminales, la justicia castrense dictaba su fallo.



CONSEJO DE GUERRA EN LA CARCEL

Conducción de uno de los asesinos detenidos en Puertollano

El Consejo tuvo por ámbito, como ya indiqué, una pequeña sala en el recinto de la Cárcel Modelo, ya desaparecida, y que más tarde habría de dejar, para el recuerdo dolorido de los españoles, tantas huellas de sangre y horror. No cabíamos apenas. El Tribunal, que presidía el coronel Giraldo, se hallaba tras de una mesa al fondo de la habitación. Los reos, en medio, custodiados por guardias civiles. Detrás, una concurrencia que no podía ser numerosa por lo reducido del local y porque se procuró además que la vista no tuviera excesivo carácter de espectacularidad. A un lado los defensores, militares, como es de rigor en estos casos. En frente, el fiscal. Y en la misma posición, dentro de la sala, que las defensas, con unos pupitres que se improvisaron y en los que nos costaba verdadero trabajo actuar, los informadores.

El Consejo se desenvolvió con arreglo a los preceptos y las normas del Código de Justicia Militar. Se leyó el apuntamiento, se cumplieron los demás trámites del caso y actuaron seguidamente el fiscal y los defensores. El primero, con palabra sobria y sin la menor entonación patética, refirió la trágica maquinación, el contubernio repugnante de criminales natos y señoritos desviados de la senda que les marcara su ambiente y su educación, y el planteamiento del crimen que tanto hubo de conmover a la opinión y que segó la vida de dos funcionarios en el cumplimiento de sus deberes. Señaló la absoluta necesidad de un castigo ejemplar para que hechos de esta naturaleza no pudieran repetirse y que todos los que pudieran tener el impulso de una acción criminal se sintieran supieran a lo que se exponían. Y pidió la última pena

para los encausados. Las palabras del acusador produjeron honda impresión en todos los que allí nos hubimos de reunir en las dos jornadas que duró el Consejo. Para el cómplice. Donday, «Pildorita», sin atenuar la apreciación de su culpa, pidió alguna mayor benevolencia, ya que no fué de los autores materiales del hecho.

Los defensores tenían, dada la magnitud del suceso y la alevosía y ensañamiento de sus promotores, una papeleta difícil. Su misión había de limitarse—aceptando, naturalmente, la existencia innegable de los hechos probados en autos—a subrayar las taras morales de los individuos que se sentaban en el banquillo. Extendiéronse coincidentemente en consideraciones sobre una relajación y unos ambientes de los que no eran responsables directos, sino más bien víctimas, los reos a los que se juzgaba.

UNA INFORMACION DIFICIL

Los que allí nos congregamos para hacer la nada fácil reseña de la vista escribíamos sus incidencias y las intervenciones que se iban produciendo con celeridad febril. Los que, como yo, pertenecíamos a periódicos de la noche y teníamos que dar la información—lo más extensa y detallada posible—en la misma jornada en que se celebraba el Consejo de Guerra, disponíamos de unos cuartilleros ciclistas, a los que un ordenanza de la prisión iba pasando, casi una por una, nuestras hojas manuscritas para que las llevaran rápidamente a las respectivas Redacciones. Yo tenía que hacer un doble juego de mis notas, porque realizaba la información al mismo tiempo para «La Epoca» y para la agencia Febus. Me valía de un

calco, lo que, por el mecanismo material de ponerlo entre cada dos cuartillas y escribir a lápiz, ya que con pluma no hubiera salido la copia, y había de suplir lo que eso me entorpecía con una velocidad mayor en lo que iba redactando. Naturalmente, no podían ser notas para desarrrollarlas luego tranquilamente en la Redacción, como hacían los de los periódicos de la mañana. Tal como iba redactada mi información pasaba a las linotipias y así había de salir en las páginas del periódico.

No creo haber trabajado nunca, ni en las más sensacionales sesiones de Cortes, con esa dificultad determinada por la premura y por el deseo de llevar a mi labor el máximo posible de pormenores. Lo único que sé es que la primera sesión, que di casi íntegra—he dicho va varias veces en estos apuntes que el diario conservador en el que yo servía era el que cerraba más tarde en Madrid—, ocupó en «La Epoca» toda una plana. Y es interesante recordar que se trataba del diario de más superficie. Las columnas eran muy anchas. Y en ellas cabía una extraordinaria cantidad de original. Sólo me acuerdo ahora, al evocar mis destajos de informador, de otra que tuvo los mismos caracteres por la cantidad de espacio que ocupara y lo febril y velozmente que hube de trabajar: la causa contra el general Brenguer en el Senado. Pero allí las condiciones de la tarea informativa eran bastante mejores. Desde luego, en la recordación mental de mis actividades reporteriles puedo destacar aquélla como la más fatigosa. Pero, a la vez, siempre había de existir una compensación, la que más éxito me proporcionó, porque mis jefes, tanto en el periódico como en la agencia, apreciaron la magnitud del esfuerzo. Y me felicitaron. Una felicitación del que nos dirige, sobre todo si no es dado a frecuentarlas, es algo verdaderamente aleccionador y satisfactorio.

Cuando, a última hora de la tarde, dejaba de enviar cuartillas a la Redacción del periódico, seguía todavía, hasta que la sesión del Consejo terminara, para la agencia Febus y para las corresponsalías de periódicos de provincias en las que me hallaba implicado. Lo que quiere decir que en las horas que duraba la vista no dejé de escribir ni un minuto, y que luego había de acudir a Teléfonos para ordenar y clasificar los originales y vocear desde las cabinas las conferencias a los periódicos provincianos a los que servía. Desde las nueve de la mañana hasta las cinco de la madrugada, sin apenas interrupción para almorzar y comer. Y, desde luego, sin una pausa para buscar el descanso que tanto me apetecía. La mano derecha, al cabo de esas horas y del esfuerzo de correr vertiginosamente y apretar con el lápiz para que se marcara bien la copia, me dolía por la noche. La tenía hinchada. Pero todo lo daba por bien empleado, ya que eran la vocación y el juvenil entusiasmo los que estimulaban ese extraordinario «tour de force».



El coche utilizado por los criminales

TRES PENAS DE MUERTE Y UNA DE VEINTE AÑOS

Fueron condenados a muerte tres de los reos que se habían sentado en el banquillo. Alcuarto, Donday, se le impuso la condena de veinte años de presidio, que cumplió en el penal del Dueño. La sentencia del Tribunal castrense, que estuvo—no mucho tiempo—reunido en otra dependencia de la cárcel, fué escuchada por los reos y por los demás que ocupábamos la sala en medio de un silencio impresionante. El momento fué de una excepcional solemnidad.

Y dos días después, en una madrugada que jamás podré olvidar: la sentencia de muerte dictada por el Consejo de Guerra se cumplía en la misma Cárcel Modelo de Madrid.

Estuvimos todo un día pendientes de conseguir la autorización para presenciar el ajusticiamiento. Se dificultaba la pretensión porque no quería el Gobierno que concurrieran muchos. La consigna era sobriedad en todo. Al fin, siete u ocho periodistas—no recuerdo exactamente el número, pero sí que no pasaríamos de lo que indico—obtuvimos unos pases especiales para acceder a la prisión y poder presenciar la ejecución de los condenados. Se nos citó para las once de la noche. Y hubimos de permanecer allí, en una salita que se nos habilitó, hasta la madrugada, alrededor de las cinco y media, que fué cuando se llevó a los reos a los patibulos. Se nos daban algunas noticias, no muy abundantes, sobre la noche en capilla de los tres sentenciados a la pena capital. Eran esos pormenores que siempre se exhuman después de las ejecuciones que acaparan el interés de las gentes: lo que comen, lo que hablan, el pitillo que fuman ansio-

samente, etc. Con los condenados, cumpliendo el penoso y humanitario deber de esos momentos, estuvieron en las celdas los defensores y los hermanos de la Paz y la Caridad, que, según tradición costumbre, han tenido en España la misión de acompañar a los reos en capilla. También un religioso que les confesó y que les proporcionó los últimos alientos espirituales.

LLEGAMOS A LA MODELO. HAY QUE FIRMAR

De todos esos detalles no nos fué dable enviar noticia a las Redacciones, porque, después de nuestra entrada en el recinto carcelario, no se consintió la de nadie. Ni el uso de los teléfonos de la Modelo. Habíamos de estar allí, incomunicados con el exterior, hasta que todo hubiese terminado. Y entonces es cuando podríamos escribir y entregar nuestras informaciones. No necesario decir que todos estábamos inquietos, con los nervios de punta, y que nuestras conversaciones de aquella noche, referidas casi exclusivamente al episodio que íbamos a contemplar y a reseñar no tuvieron el carácter de sosiego y de normalidad que las que en nuestro convivir cotidiano manteníamos los periodistas a los que nos estaba asignada la presencia en un mismo lugar de información. Nos trajeron unos cafés. Y así, lenta, desesperantemente, fueron transcurriendo las horas.

Al fin se nos anunció que las ejecuciones iban a realizarse y que nosotros seríamos llevados a una dependencia desde la que, a cierta distancia, se podían ver perfectamente. Y así fué. El patio lateral, tan largo como la misma tapia de la cárcel, que daba a la calle de Moret, a la izquierda, situándose frente a la fachada presidencial, estaba debajo



El público presenciando la vista

de un muro con ventanas con barrotes de hierro. En una de ellas nos situamos. No sé lo que era exactamente a aquel local. Desde luego, no se trataba de una celda. Probablemente una habitación—ancha, espaciosa—en la que los reclusos habrían de hallarse en algunas ocasiones, puesto que las puertas disponían de cerrojos y el ventanal, como digo, tenía el consabido enrejado carcelario.

Al pasar a esta habitación se nos hizo firmar en un cuaderno. La fórmula que no sería seguramente cumplimiento de normas establecidas, puesto que eso de que un grupo de periodistas presenciara una ejecución, era desusado, cosa absolutamente nueva, nos sirvió para cambiar impresiones acerca del estado de ánimo y de nervios de cada uno de nosotros. Porque habíamos de estampar nuevamente nuestras firmas a la salida del recinto. Y la comparación de los autógrafos de entrada y los de salida, por la alteración que en el pulso determinara la impresión sufrida, sería el más cabal testimonio del estado emocional de cada uno de nosotros. No he retenido en la memoria el nombre de mis compañeros. No lo publicamos tampoco en nuestras informaciones, porque lo que interesa son los hechos, y la misión del periodista es contarlos fielmente, eligiendo lo más posible la primera persona. Ahora sobre esto hay otras costumbres y criterios. Pero me acuerdo perfectamente de que uno de mis camaradas en la tarea extraordinaria de aquella noche fué José de la Cueva, que firmó detrás de mí en el cuaderno y me dijo que tenía especial curiosidad en comprobar si lo que yo estampaba en él era igual, por claridad y firmeza de rasgos, al entrar y al salir.

Desde luego puedo atestiguar que la mayoría estaban tan nerviosos que la diferencia de las firmas resultó notable, muy visible. Y puedo decir también—me da vergüenza recordarlo, porque parece una jactancia, y nada tan lejos de mi estilo—que mi firma era exactamente igual en la primera y en la segunda prueba caligráfica.

LA EJECUCION DE LOS CONDENADOS

Tras de los barrotes de aquel gran ventanal nos colocamos mis compañeros y yo con las cuartillas y las plumas o los lápices en la mano. Delante de nuestra vista, ya clareando el nuevo día, al que no habrían de llegar tres hombres que pagaban sus horrendas culpas, se alzaban los patibulos. Tres horcas iguales, que revisaba el verdugo con la naturalidad del que observa y comprueba el funcionamiento de una máquina que le es familiar.

Y comenzaron a llegar cerca de los fatídicos artefactos los que tenían misión que cumplir en aquel tético escenario. La ley autoriza a que dos vecinos de la localidad donde se ejecuta a un reo o a varios presencien, en nombre de los demás, el cumplimiento de la sentencia. Es un rito que se ha mantenido hasta hace unos años. La dominación marxista, durante la Cruzada, con la perpetración de innumerables asesinatos, algunos de ellos

revestidos de la ficción de una causa y un enjuiciamiento, terminaron con ese derecho y ese trámite. Uno de los dos que gestionaron ser testigos con arreglo a la indicada costumbre fué el novelista Eduardo Zamacois. El otro, si mi memoria no falla, también un escritor: Pedro de Répide. Luego, junto a ellos, los hermanos de la Paz y la Caridad, el director de la cárcel, algunos oficiales y quizá algún elemento del Tribunal que había condenado.

El primero en salir, por una puerta pequeña que caía exactamente debajo de nuestra ventana y frente a las tres horcas, fué Honorio con un religioso, su defensor y no sé si algún oficial de Prisiones. Andaba con paso seguro y avanzó resuelto hacia el lugar donde había de ser ejecutado. Se le sentó en la horca. El capellán hizo la señal de la Cruz. El verdugo manióbró por detrás del alto palo donde el reo apoyó la cabeza. Todo cuestión de un segundo. Inmediatamente el cuerpo inanimado del hombre fué cubierto con un capuchón negro. Se había utilizado la primera de las horcas, la que, frente a nosotros, se hallaba a la izquierda. Salí a continuación, en la misma forma, el segundo de los condenados: Piqueras. La actitud de este reo era ya más titubeante. La cabeza, baja. Los pies, con menos firmeza sobre el suelo. Se le llevó al final casi en brazos hasta el patíbulo. Fué sentado. Y la misma rápida operación terminó con su vida. Y finalmente fué sacado de la cárcel el tercero.

Este era el más deprimido de los tres. No se podía tener materialmente en pie. Entre el defensor y el religioso le llevaron casi a rastras. En los últimos segundos el esfuerzo hubo de ser mayor. Se resistía. No era un hombre, sino un fardo. La operación preliminar se hizo mucho más laboriosa. Hubo que sentarle a la fuerza. Luego se le ató al palo. Y por último el verdugo actuó. Se le puso la capucha. Todo había terminado. Aquellos tres desgraciados acababan de pagar su tributo a la justicia humana y comparecían ante la Suprema. Los que presenciaron abajo, en el patio, las ejecuciones desfilaron lentamente hacia la cárcel y desaparecieron.

BANDERA NEGRA. MI INFORMACION Y MI INSIBILIDAD

Nosotros los periodistas salimos también seguidamente de la habitación enrejada desde la que presenciábamos la tética escena. No había durado arriba de cinco minutos desde que salió al patio el primero de los reos. Firmamos uno por uno en la puerta en la misma forma que lo habíamos hecho al entrar. Bueno, en la misma forma, no. Las letras eran temblonas, desiguales, muy diferentes los signos de aquellos que se estamparon antes del macabro episodio. Y yo exhibí a Pepe de la Cueva mi firma allí escrita, bajo un borrón de tinta que había dejado el que puso la suya inmediatamente encima. La de la primera y la de la segunda vez, en mi caso, eran exactamente iguales, sin denotar

el menor nervosismo ni alteración. «¿Seré yo un insensible?», pensé. La verdad es que me sentía avergonzado. La ejecución de tres hombres, con todo el impresionante aparato de los patibulos, de los trámites preliminares y finales, de los capuchones, no había hecho huella en mi ánimo. Cuando salíamos de la Modelo era ya de día. Volvimos la cabeza hacia la pequeña torre que había en la parte central del edificio, y en ese momento se izaba una bandera negra.

No encontré un taxi. En uno de los tranvías del bulevar me dirigí a la Redacción de Febus, en la calle de Larra, donde tenía también la suya «El Sol». Me estaban esperando. No había cerrado el periódico, para el cual—por la limitación de las autorizaciones—tenía yo el encargo de redactar la información. Escribí de prisa. No fué una relación detallada, sino unas cuantas líneas a las que pusieron unos titulares grandes. Un par de horas después se voceaba el periódico en la calle «con la ejecución de los reos del crimen del exprés».

No me sentía conturbado. Ni tampoco fatigado. Era una sensación distinta la que yo mismo advertía. Y con estupor—y hasta con indignación—me di cuenta de que lo que me pasaba era que tenía un hambre tremenda, un apetito verdaderamente voraz. Hice llamar a una taberna cercana, abierta ya a esas horas. Encargué una tortilla, un vaso de vino, pan, un poco de fruta y café. Y comí con ganas. Al guien me dijo:

—¡Es increíble! Yo, después de ver lo que tú has visto, no podría probar bocado.

Mientras despachaba rápidamente el intempestivo refrigerio conté a mis compañeros los detalles de la noche que había pasado en la cárcel y del ajusticiamiento que había presenciado. Ha sido la primera vez que mis ojos se han enfrentado con la muerte en esa forma espectacular y horrible. Otra vez me tocó ser testigo del suicidio de un coronel. Era en Granada, en el despacho del jefe del regimiento de Córdoba, número 10. Pero esto irá referido en los capítulos de mi juventud, cuando fui soldado. Es un episodio singular que merece relatarse aparte.

Al día siguiente, en «La Epoca», publiqué con pormenor la ejecución de los reos del crimen. Las notas tomadas durante toda la noche las convertí en un minucioso reportaje. Omití en él dos cosas: lo de las firmas, que sólo nos interesaba a los que allí estuvimos, y lo de mi apetito, que, nada más recordarlo, me producía rubor. También me felicitaron por la información. Era, como comprenderá el que ponga la vista sobre estas Memorias, nueva para mí. En el periodismo hay que hacer de todo. De mis habituales crónicas palatinas, de las descripciones brillantes, del ambiente de la Corte, salté por unos días al policiaco, a la persecución de unos criminales, y después al fatídico escenario de una cárcel, con sus cerrojos, sus rastillos, sus celdas, el alargado patio, la madrugada casi en sombras, las siluetas fantasmales, los patibulos. Y la muerte...

FORMENTERA



"SABINA BAJO EL SOL DEL CIELO, QUE TIÑEN DE VERDOR EL CIELO DE COLOR DE FUEGO"...

SI yo les dijese a ustedes que Formentera se parece un poco a Ibiza por el aquel de las manchas cuaternarias y por su clara línea cretácica, ya me podría ir despidiendo. Aparte de que yo no sé lo que es una línea cretácica, ante la cual me rindo sin condiciones, la disertación geológica no encaja precisamente en estos reportajes viajeros. Queda así con respuesta un amigo que me pide la razón por la cual he declinado desde un principio toda responsabilidad geológica. Amo la investigación científica como el que más y coincido con usted en todas y cada una de sus observaciones respecto a las formaciones pétreas de las Baleares. Y, para que vea, estoy dispuesto a estudiarme desde el punto de vista de los pedruscos todas las islas del Mediterráneo. Pero un reportaje lo entiendo yo de modo distinto, y Dios me perdone.

PUNTO Y APARTE

Y ahora mi viaje a Formentera. Desde Ibiza puede plantarse uno allí en dos horas a bordo del

UNA ISLA PERDIDA A LAS TRES DE LA MADRUGADA



Cala Sabina produce al visitante una extraña sensación de quietud y recogimiento. Un paisaje de color de fuego, como bien dice la canción

«Manolito», un gran bou arreglado para el pasaje. La travesía del «Manolito» es diaria, por lo que la comunicación con Formentera no ofrece complicaciones de ningún género. Desde la misma Ibiza, sobre todo desde su punta oriental, la Formentera, que dijeron los romanos, la Frumentaria, por sus buenas cosechas de cereales, se ve llana y muy cerca en los días despejados, que es como si fuese en los días inteligentes. Van para allá cuatro reales mozas catalanas de la serie «snipe», o como se diga, por la finura de sus siluetas, que

se recortan muy bien sobre el cielo cuando el «Manolito» se le vanta de la cabecera. Va también una anciana agradable y charlatana, que resultó ser de allá, y que posee de los hombres y de los acontecimientos las más ingenuas y deliciosas ideas. Todo en ella era personal y muy serio, rigurosamente cierto. Comenzó por convidar al pan y al queso natural, y a las sardinas arenques y no esperé dos veces a oír la amabilidad para probar el condumio. Ella era como de setenta años, de moreno rojizo al darle de refilón el sol poniente, y muy



A Formentera la llaman la «Isla de la Paz». En la serenidad de su paisaje destaca el cielo arrebolado de nubes blancas y rojas

arrugada. Me lo contó todo. Me habló del Papa y de San Juan Ante Partam Latinam, que no se por qué curiosa razón era su santo preferido, y de la pesca del arenque y de los contrabandistas. Del Papa me contó la más extraordinaria leyenda que uno se pueda imaginar. Por lo pronto, para mi anciana no ha habido más que un Papa. Para ella el Sumo Pontífice no es sino un ser inmortal que perdura a lo largo de los tiempos y cuyas vestiduras inmaculadas resplandecen de celestiales rayos. Además de esto hay en Roma una escala por la cual el representante de Cristo sube los domingos a hablar con Dios y su Corte. Todo el pasaje del barco, poco a poco, había ido reuniéndose en torno a la buena anciana charladora, y su voz apagada e inocente—inocente como el rostro de los arcángeles—ponía en todos los pulsos una admirable agitación y era un mensaje tan puro y tan sencillo, tan hondo y tan sincero, que una simple sonrisa hubiera sido algo así como una blasfemia. Y yo pensé que era verdad todo lo que decía y que al morir sobre sus bellas historias Dios le tendería también una escala para que subiera. Y la amable anciana subiría pausadamente, enredándose los pies con sus faldones negros sin soltar su queso y su pan para ofrecérselo a San Juan Ante Partam Latinam.

Desembarcamos en la Sabina, el muelle de Formentera. Le viene el nombre de un árbol específico de las Baleares, muy abundante sobre todo en las dos Pitiusas y que se parece algo al pino, aunque es bastante más bajo.

Sabinas bajo el sol del cielo que tienen de verdor, el cielo de color de fuego...

Canción de ritmo novísimo que alguien inventó la otra vez que yo anduve por aquí, por Ibiza, quiero decir, y que hizo buena fortuna porque era exacta.

Hay alguna animación en el muelle. La arquitectura de todas las construcciones que veo son de la misma hechura, ya descrita en Ibiza, tal vez más elementales, más reducidas. Unos chiquillos desnudos se bañan en un rincón del agua. Un vendedor de chucherías anuncia en castellano difícil la mercancía.

—Oiga—pregunto al patrón del «Manolito», que ya es amigo mío—, ¿cuánto cuesta por aquí una pensión?

—Treinta pesetas.

La pensión está bien cuidada. es reciente. Habitan en ella algunos turistas. Son unos cuantos señores, ya entrados en años, que procuran cuando suben y cuando bajan hacer el menor ruido posible. Son turistas con silenciador.

Por la noche me voy a pasear, a partir del muelle y sin perder la ribera. Todo está callado a las últimas horas entre el rumor del mar y el de un vienteillo fresco. De vez en cuando cruzo los pasos con algunos hombres y mujeres. Pasan aprisa, sin mirar, dando al camino hecho para andar despacio un sospechoso aire de urgencia.

ARISTOCRACIA Y PAISAJE

En Formentera puede hacerse auténtica vida de descanso. En Mallorca o en Ibiza no hay quien resista quince días seguidos la aguda tentación del chicoleo y de la jarana, todo servido a la copa

y bien amenizado con la melodía ligera de «Jack el Negro» o de Ses Voltes. En Formentera, nada de lo dicho. Esto es una ventaja clara frente a las demás islas, y bien lo vieron mis compañeros de pensión, los señores que no hacen ruido. Creo firmemente que es necesario conservar el detalle pacífico, aunque no estarían de más unos toques de civilización inocente. Porque a mí me parece que la instalación de la electricidad no es como para escandalizar a nadie. Formentera necesita luz. Más que perjudicarla sería un atractivo para el turismo, que empieza a acercarse a ella. Hace falta luz para la noche, a pesar de la luna y todo eso. Y es que tiene que ser así.

Por la mañana muy tempranito me fui de la pensión a ver si encontraba a las catalanas que conocí en el viaje y que me habían invitado a pescar. Llegué muy ufano al muelle y como me cansaba de esperar y a lo mejor después resultaba que era pesca submarina, que yo no sé, tiré a andar a la ventura, adentrándome en la isla llana. Llevaba un hatillo bien compuesto, que es lo que se lleva cuando se sale de casa muy tempranito, y paré a comer de él después de andar unos cuatro kilómetros. Había recogido para descansar un altozano descubierto, desde el que divisaba una gran extensión de bosque casi a flor de suelo, porque yo veía los árboles por encima. Nubes negras cruzan por encima y al mal augurio se une el histórico chillido de las gaviotas. Al fondo, a punto de perderse entre la niebla, Ibiza defiende su visibilidad. De Ibiza depende Formentera eclesiástica y civilmente, hasta que no se mande otra cosa. La extensión de los pinares se bambolea ya al viento y unos lentos goterones empie-



El muelle de la Sabina. So-siego en el trá-fago. Formentera es un paraíso perdido en el Mediterráneo frente a las costas de la bella Ibiza

zan a caer sobre el pan que como y sobre todas las cosas. A la hora de aquel prólogo Formentera rugía azotada por una tormenta gravísima. Los vientos sueltos corren por la isla llana sin detenerse y parece que la isla va a moverse, a zozobrar. A buena carrera he ido a refugiarme en una casita campesina, en la que entré sin llamar, porque es que no se podía de tanta agua como bajaba de las nubes. El campesino formenterense, en fino y educado, es el producto de una selección natural muy antigua.

—Siéntese junto al fuego.

El paisaje y las palabras son buenas para el principio de una novela fuerte, una novela de costumbres con mucha complicación y mucho arranque. Y mientras fuera pasa lo que tiene que pasar, yo entro en calor y en diálogo con los hospitalarios habitantes de la casa, que me sirven con muchísima majestad.

La vida en Formentera—me cuenta—es dura para el hombre de campo como para el hombre de mar. Es dura—a pesar de su dorado bautismo romano—, porque el formenterense cultiva la antigüedad como una flor indómita y bella, de una manera inconsciente. Puedo decir esto, que tal vez pudiera parecer un poco atrevido, porque durante dos horas he observado una familia hasta en su más pequeña acción. No he visto jamás en el campo elegancia tan reposada. El movimiento de los cuerpos es elemental y reciente, como debió de ser el de Adán y Eva, sin las perturbaciones circunstanciales que el ritmo de la civilización ha introducido en nuestra dinámica. No sonríen cuando no comprenden, y se limitan a callarse sin preguntar nada. Desde un punto de vista social—y en estos momen-

tos la sociología resulta demasiado endeble para traerla a juego—tal vez resulten bruscos. Pero una mirada insistente descubrirá en el fondo una fuerza de expresión original y primitiva, sustancial y verdadera. No tienen la costumbre maquinal de los gestos y todo lo que hacen es como si se hiciese por vez primera en el mundo. Todo en ellos es sorprendente. Cuanta inteligencia posean va en el pronunciar, en el apoyar el cuerpo, en el liar un cigarrillo, en el hacer un saludo con la mano. El formenterense es original en cada instante que vive.

La vida es dura. Tal vez por ello el hombre de Formentera alcanza edades altísimas y el índice de mortalidad es siempre muy bajo. El formenterense, en su juventud, se va a la mar, porque contrato nunca le falta. El marinero de esta isla es el más solicitado de las Baleares por la resistencia y pericia que lleva consigo. Casi la totalidad de los motoveleros mediterráneos van guiados por gentes de aquí, que, más tarde, a la vuelta de los años, acaban siempre quietos en su isla, en la que hay que morir para pagar el tributo de su nacimiento. El formenterense ha dado la vuelta al mundo tres o cuatro veces sin perder nunca el equilibrio y pocas veces cuenta su mejor aventura, que así es mejor todavía en la imaginación de la tertulia o del adolescente.

Y como una cantinela y como una melancolía, mi anfitrión de la casita entre el viento lo repite:

—La vida es dura...

Sí. La vida es dura. Pero es la vida.

YA VAMOS LLEGANDO A SAN FRANCISCO

Al otro día me despertó el posadero con un susto enorme.

—¿Quiere usted carro, señor?

Yo andaba medio dormido.

—¿Cómo carro?

—Pues, sí. Carro. Un carro y un burro.

Mi pensión es una pensión con derecho a carro para ir a la playa. Todo esto es muy natural, relativamente, pero hay que explicarlo. Decididamente no quiero carro. Me voy también hoy dentro de la isla, dirección centro, camino de San Francisco Javier, que es un pueblo. Va el camino lleno de higueras anchas, entrelazadas, y el peso de las ramas tiene que sujetarse por medio de cañas y de troncos para que no se desplomen. Algún trecho del campo aparece reseco y pelado, y hay parajes con dunas movilizadas, poco menos que solucionado ya por efectos de la repoblación, que es necesario intensificar. Formentera está enclavada en lo que podemos llamar zona árida del Mediterráneo por cuestiones de temperatura extrema y veranos secos, y, como digo, necesita la mano que atienda sus necesidades. Unas mejores prácticas selvícolas y un no atender exclusivamente a la cría de cabras.

Cerca de San Francisco, en una especie de caserío, vive un hombre muy importante; como que fué el mejor cocinero del mundo y no sé si lo será, porque ahora le falla algo la nariz. Este personaje cocinó para el príncipe de Mónaco y anduvo a su servicio desde mozo hasta la madurez, que pidió el retiro. Hace cuatro



lo luminoso del paraíso de Formentera es el faro de la Mola

años el príncipe y su esposa, que navegaban por la mar, recalaron en Formentera sólo para abrazar al cocinero, que les sirvió de cicerone en la isla y a quien no lograron convencer sobre su reincorporación a la cocina. Nuestro hombre vive ya de recuerdos, y sus hazañas cocineras son sus hazañas, y ni una más ni una menos.

San Francisco es la mayor de las tres parroquias que existen en la isla. En torno a la iglesia se agrupan unas cuantas decenas de viviendas, ya dije cómo son, y sus gentes se dedican a la agricultura lo primero de todo. La iglesia sobrecoge un poco una vez que desde fuera se ha visto de arriba abajo. A la izquierda de la cruz, levantada sobre un campanario muy simple, permanece como un aviso o como una mala memoria la horca de la que colgaban a los piratas. En una de las fotografías que acompañan a este reportaje puede verse bien. He aquí una tema que se repite en este grupo de islas. Los piratas, si no crearon en los isleños una psicología particular, añadieron un profundo matiz a su carácter, y una vez desaparecidos persisten aún por simple inercia bajo la sutilísima especie de la historia y de la leyenda. Formentera, con sus cuatro mil habitantes, vive en tensión heredada y en centinela alerta cuando mira al mar.

Fíjense ustedes por donde me voy a encontrar con las catalanas en San Francisco.

—Qué. ¿Tampoco ha querido usted carro?

—No. Y me alegro. Les advierto que deben vestirse de otra forma.

Las señoritas catalanas van tan tranquilas con sus pantalones piratas. Esto de los pantalones piratas es una prueba más de lo atractivas que resultan ciertas situaciones fuera de la ley. Porque no se me negará que vestirse de pirata, aunque sólo sean los pantalones y por muy guapa que se sea, significa una sospechosa identificación con la clase de personas que acostumbra a vestir de tal manera. Yo no inicié con esto una campaña contra las señoritas que visten así. Pero insisto en que disfr-

zarse de pirata es, en cierto modo, colocarse al margen de las leyes.

Comimos higos chumbos, que en San Francisco son muy buenos, y luego nos marchamos al pueblo de la Virgen del Pilar. Fué la última vez que vi a las catalanas, porque me disculpé con una buena disculpa y me desvié yo solo del camino de vuelta para llegar a San Fernando, tercera parroquia de la isla.

ODIO AL SOL

Bien. Ya he hablado de los campesinos formenterenses, pero ahora voy a hablar otra vez. En los campos cercanos a San Fernando trabajaban la tierra el día que yo lo vi. Molestaba el sol y, sin embargo, las mujeres realizaban todas las faenas tapadas de la cabeza a los pies. En una casita fabricada bajo una grandísima higuera, a la puerta, metidos en hoyos, refrescaban tres o cuatro botijos. Pedí permiso para beber y para descansar un rato y no pasó mucho sin que una de las mujeres trabajadoras llegara a refrescar. Al inclinar la cabeza hacia atrás se le fué el sombrero, un sombrero muy ancho y de ala caída, y entonces yo vi que la mujer era joven. Y muy blanca. Pero de una blancura incomprensible en una mujer campesina. Después arremangó levemente los brazos, que también eran blancos. Y la explicación de esto es que Formentera guarda un secreto cuya raíz es imposible y angustiosa. Formentera odia al sol. Es un odio silencioso y furibundo, un odio que no se puede averiguar. Tal vez el sol, allá por su tiempo de calavera, raptó a una doncella de la isla. O quizá el sol es un pirata. No sé. Pero al sol le están prohibidas las mujeres. Una mujer morena jamás será requerida de amor en Formentera. Por eso ellas se guardan y por eso su piel es blanquísima, transparente.

En la cala Sabina, de aspecto evangélico, me bañé por última vez. Fué el último baño en el Mediterráneo. Encontré allí por casualidad a uno de los marineros del «Manolito» y hablamos y bebimos a modo hasta que el mundo empezó a dar vueltas como el bombo de la lotería. Mi amigo llevaba una bota enternecedora y los dos mucha sed, que es lo que hay que tener. A pesar de todo me enteré de que el «Manolito» es cosa muy seria y toda una institución. Tiene una subvención del Estado para trasladar a Ibiza a la hora que sea y sin que esto altere el tráfico regular los enfermos de urgencia que se producen en la isla. Por otra parte, todos los marineros del «Manolito» son accionistas de la empresa, que sólo tiene el «Manolito».

—Yo creo—le dije a mi amigo—que se debía llamar don Manuel.

AISLACIONISMO

No solamente no hay luz eléctrica en Formentera, sino que falta también el teléfono. Allí para hablar hay que agarrarse al telégrafo, que acaba a las tres de la madrugada. De modo que a partir de esa hora todo el mundo a esperar que nos descu-

bran. Que ellos vivan mejor así, que lo dudo, santo y bueno. Por mi parte ni quito ni pongo ni ayudo a este o aquel señor. Cada cual que se las arregle como pueda. Y es curioso señalar que a una isla a donde no ha llegado ni el teléfono, ni la radio, ni el cine haya llegado el fútbol. Hay en Formentera verdadera pasión por el fútbol, y el mismo Escartín, hace dos años, arbitró un partido en la isla. Que vivan mejor así—me refiero a la falta de teléfono y demás, no a que les guste o no el fútbol—es muy posible y no repugna a la naturaleza humana. Yo ya digo lo que hay, porque mi deber es decirlo.

Y, sin embargo, yo me quedaría en Formentera. Hay una tan gran solemnidad sobre esta tierra sin geografía y tanta serenidad en cuanto hace, que el aislarse aquí merece la pena. La pena o la alegría, que todo podría ser. No es literatura. En cualquier rincón, allá por el faro de la Mola, o en Llac Pudent, o en la cala Sabina, la luz y la isla conjugan de tal modo su sabiduría que empujan sin sentirlo al arrepentimiento. Es igual que uno no tenga de qué arrepentirse, y no digo esto por mí. Crean en el espíritu tal necesidad, y siempre va uno un poco triste, que es una forma de ir muy saludable.

Y nada más, amigos. Embarco. Con Dios. Formentera, y a atravesar las tres millas que me separan de Ibiza. Pasillo este malo de atravesar por el barullo que se trae el mar, encabritado continuamente a causa de los freos, islotes bajos, y que han dado al traste con infinitos barcos. Hay por aquí mucha embarcación hundida con todo el cargamento y no sería mala empresa intentar izarlos. Y una tras otra van quedando atrás las pequeñas Pitiusas. Unas en este camino y otras no, pero que no dejan de ser por ello pequeñas y Pitiusas. En la parte meridional de Ibiza, Ahorcados, islote con quince habitantes, separado de los restantes por los canales Freo Mayor y Freo del Medio, navegables sólo para embarcaciones de mediano porte. Botafoch, a la entrada maravillosa del puerto de Ibiza, con faro de luz blanca y fija, como un ojo sin párpado, visible desde las nueve millas. Cunillera, también con diez habitantes, islote con buen fondeadero, y al Oeste, según se coge el mapa, de la gran Pitiusa. Tagomago, nombre para mambo o para bugui, de terreno acantilado y limpio. Y al fin el enorme Vedrá, piramidal, habitado por las cabras silvestres y equilibristas. Ibiza de nuevo. Estoy convencido que es sueño lo que soñamos y lo que vamos dejando atrás al caminar. La vida es dura...

HUMILDAD

Bien poco queda ya para terminar mi viaje por el archipiélago. Solamente Cabrera, «aquella que no se ve», y las islas hechas a su imagen y semejanza. Después, sabe Dios lo que hará uno. Caminar, probablemente.

Carlos LUIS ALVAREZ
(Enviado especial.)

EL AUMENTO DE PRODUCCION

Por J. Suárez MIER

ATRIBUYENDO a la producción una finalidad social, no podemos circunscribir a la órbita del capitalismo, puesto en acción para adaptarla al orden y necesidades de la vida humana, el beneficio de su incremento, ya que es tan solo uno de los factores, y no es más importante, de los que fundamentan el proceso. Se le considera instrumento, y como tal necesita una actividad dinámica susceptible de impulsarse más allá de la esfera ciega de los instintos o del isócrono movimiento pendular con que el «outillage» acelera el ritmo de la productividad, a medida que se organiza científicamente el trabajo por virtud de una racionalización sistemática y permanente. Es preciso, por tanto, que el aumento de producción sirva para elevar el nivel de vida, enriquecer al país y perfeccionar a la sociedad.

Esta conclusión tiene una pequeña moraleja, incluida entre sus premisas por los economistas clásicos: el tanto por ciento del interés depende de las operaciones que se efectúan con el capital, y, en consecuencia, toda mejora en el rendimiento de la productividad tiene que reflejarse en el mercado de consumo, ya que de lo contrario habremos descubierto una droga maravillosa sin acciones terapéuticas para la Humanidad doliente. O lo que es lo mismo, existe el remedio, pero inasequible. Disciplinar la economía, adaptándola a las necesidades de cada momento histórico, siempre fué medida de buen gobierno. Sin embargo, los negocios obedecen mejor al símbolo competencia, porque su diaphanidad no requiere fiscalización susceptible de burlar.

LA EXPERIENCIA

En un informe reciente, publicado por el Instituto de Investigación Stanford, se advierte que el rendimiento del capital americano, en términos de producción física por sus unidades, no es mucho mayor que el europeo. No obstante, la producción por hombre es mucho más elevada, ya que el trabajador medio rinde anualmente tres veces más que su similar del Viejo Mundo y percibe, con equidad, triple remuneración.

Los economistas, buscando razones de la precedente disparidad y fundamentos básicos del sistema americano, observaron que en Estados Unidos la gerencia tiene más presente los factores de productividad y extensión de mercados que el relativo puramente a los beneficios del negocio. Así, mediante perfeccionamientos tecnológicos, destreza en la fabricación y venta de productos, las Empresas aumentan la eficiencia de sus operaciones y el rendimiento global por volumen y no por unidad.

Como apostilla se arguye que «en estos tiempos de crecido intervencionismo estatal en la vida económica, es motivo de complacencia, para quienes conservan fe en el liberalismo clásico, observar cómo influyen en la prosperidad de los países aquellos elementos del viejo sistema que todavía subsisten y hacen sentir su beneficioso efecto. La libre competencia entre los fabricantes americanos, sin más aditamento que la investigación científica —en la que la industria gasta más de 3.000 millones de dólares al año— y los perfeccionamientos tecnológicos, ha logrado dar con el secreto de la prosperidad económica de la Unión.

Contra la postura optimista que antecede, la representación trabajadora en la IV Reunión de la Comisión de Construcción, Ingeniería Civil y Obras Públicas, celebrada en Ginebra del 26 de octubre al 6 de noviembre últimos, expone: «Que los obreros estarían dispuestos a colaborar en el aumento de producción siempre que tuvieran la seguridad de un beneficio económico, bien mediante contratos laborales o por vía legislativa, con arreglo a las condiciones de los diversos países. Estas mejoras pueden consistir en aumentos sobre el poder de compra (elevando los salarios reales o reduciendo los precios); disminución de jornada (manteniendo intangible la remuneración); garantía de empleo total; derecho a participar en la administración de las Empresas y en las utilidades resultantes por incremento de productividad.»

LOS EJEMPLOS

Vemos, pues, dos conceptos distintos en una misma finalidad: en América el trabajador, impulsa-

do por eso que las ordenanzas militares llaman «honrada ambición», desea con preferencia ser dueño de la Empresa, sobre todas las mediatizaciones que puedan ejercerse colectivamente en el desarrollo económico. En Europa se conforma con menos beneficios tangibles y mayores trabas sociales. Por tanto, el aumento de producción es más fácil de conseguir cuando el individuo sabe que el incremento de unidades no es sólo una mayor ganancia de la industria, sino una posibilidad cierta de participar en ellas como elemento coadyuvante del negocio, y que el poder adquisitivo de sus ingresos personales es tanto mayor cuanto más ingente sea el volumen de mercancías objeto de transacción libre. Es evidente que la abundancia de elementos estimula el consumo, y lo que hoy es lujo, mañana será confort; luego, comodidad, para terminar convirtiéndose en una de las tantas necesidades vitales que debemos satisfacer.

El aumento de producción requiere en todos los casos coincidencia de factores para lograrlo. No puede pretenderse una elevación de jornada cuando la media de 40 horas semanales se estima óptima en todos los países industrializados y aun se aboga por menos duración, según un artículo publicado en la revista «Fordson», preconizando se reduzca a 32 distribuidas en cuatro días. El incremento de plantillas tampoco se considera fórmula adecuada, ya que, sin recurrir al tan manoseado tópico del «fondo de salarios», tendremos que al crecer la mano de obra, forzosamente lo hace también, en sentido recíproco, el divisor, disminuyendo el cociente remunerativo, y toda esperanza de un satisfactorio «standard of life» cae por tierra. Sobre esta hipótesis, el economista Harold G. Moulton dice: «Un sistema económico que atrofiara al individuo y diera como resultado una deterioración humana no sería aceptable ya que debe dar estímulo a la iniciativa individual y promover el desarrollo de capacidades latentes. Tal sistema ayuda directamente a extender la producción nacional, de la cual pende obtener un progresivo tipo de vida más alto.»

El último Presidente de los Estados Unidos, hablando en Chesterton sobre las materias que fundamentan nuestro estudio, decía: «Hasta que el vapor y la electricidad no aparecieron aplicados a la producción y al transporte no hubo problemas de esta naturaleza. Existieron algunas granjas en la agricultura y ciertas industrias que acusaron núcleos obreros, pero sin la categoría y volumen que expresan ahora, en que, consolidado el renacimiento industrial se llega a factorías que tienen miles y miles de trabajadores en producción «standardizada».

LAS COMPARACIONES

Comentando el anterior discurso, el notable economista español Caamaño Horcasitas, fallecido al poco tiempo de realizar la investigación que transcribimos, expone hechos tan significativos de la progresividad industrial como el de Ford, diciéndonos que el primer Henry pudo elevarse desde la herrería de Dearborn al modelo T del automóvil que lleva su apellido en la nueva fábrica de Highland Park, que en 1913 lanzó a la calle 800 coches diarios y más durante los dieciocho años siguientes. Operando a la alta escuela, llegó a disponer de 35.000 máquinas en los talleres de River Rouge y Highland Park, cuya finalidad era eliminar el trabajo manual para la elaboración de 5.000 piezas en hierro, madera, chapa, caucho, cueros y vidrios que integran la estructura y mecanismo para un automóvil de la referida marca, y en la que, no obstante la «standardización» sistemática, se requirieron 150.000 obreros. Se trata de una Empresa gigantesca, que contaba, además, con 38 fábricas diseminadas por todo el mundo, habiendo creado un instrumento proletario para generalización del bienestar social asombroso. Sin embargo pasó por el fracaso de la Detroit Automobile Company, como negocio ruinoso, compensado luego por la nueva empresa con dividendos de 10.000 por 100, repartidos a sus accionistas (una gran parte, trabajadores de la industria).

Complementando las anteriores cifras, damos a

continuación el volumen de unidades logradas en 1952 por las tres mayores factorías dedicadas a la

construcción de vehículos mecánicos en los Estados Unidos:

| E M P R E S A S | Camiones y autobuses | | Número total de vehículos |
|----------------------------------|----------------------|----------------|---------------------------|
| | Automóviles | | |
| General Motors Corporation | 1.801.457 | 452.920 | 2.254.377 |
| Ford Motor Company | 1.004.784 | 236.753 | 1.241.537 |
| Chrysler Corporation | 952.591 | 162.000 | 1.114.591 |
| Totales | 3.758.832 | 851.673 | 4.610.505 |

La precedente concentración atribuye el 86 por 100 de los coches (producción total, 4.320.794) y el 70 de los vehículos industriales (producción total, 1.218.265) a las tres factorías mencionadas, que ocupan 7.562.000 operarios. Estas magnitudes acumulativas tienen sus riesgos, como sucederá el día que los Estados Unidos no puedan mantener en tráfico 54 millones de automóviles o se cierren las puertas del mercado exterior para los mismos. Re-

sulta paradójico que los altos niveles de vida interna y la ayuda ilimitada al mundo exterior tengan por fundamento mantener equilibrada la producción, cuyo ritmo eficiente sostiene el cóncilave de bóveda para la seguridad financiera de la nación más poderosa del mundo.

LA ESTADÍSTICA

Del «Anuario Estadístico de las Naciones Unidas» tomamos los siguientes datos:

| P A I S E S | Indices de producción industrial sobre 100 (1) | | | | |
|------------------------------------|------------------------------------------------|------|------|------|------|
| | 1938 | 1948 | 1949 | 1950 | 1951 |
| Europa (media continental) | | 100 | 113 | 125 | 137 |
| Alemania (República Federal) | 195 | 100 | 100 | 183 | 216 |
| Bélgica | 82 | 100 | 100 | 103 | 115 |
| Francia | 90 | 100 | 110 | 112 | 115 |
| Inglaterra | 85 | 100 | 107 | 116 | 119 |
| Italia | 102 | 100 | 109 | 127 | 148 |
| Países Bajos | 90 | 100 | 112 | 123 | 130 |

| MERCANCIAS | Producción de elementos en miles de toneladas (2) | | MERCANCIAS | | |
|------------------------|---------------------------------------------------|-----------|-----------------------|---------|---------|
| | 1937 | 1952 | | 1937 | 1952 |
| Acero (en bruto) | 117.500 | 175.000 | Lana | 1.621 | 1.805 |
| Algodón en rama | 5.970 | 6.890 | Papel de Prensa | 7.910 | 9.260 |
| Aluminio | 450 | 1.800 | Petróleo | 256.300 | 576.400 |
| Carbón | 1.154.000 | 1.211.000 | Rayón | 827 | 1.626 |
| Cemento | 75.900 | 142.900 | Trigo | 128.806 | 164.600 |

| | Población | | Millones kilómetro | Vehículos Unidades (3) | Población (000) | Habitantes porvehículo |
|-----------------------------|--------------|--------------|--------------------|------------------------|------------------|------------------------|
| | 1951 | 1953 | | | | |
| Africa | 196 | 214 | 7 | 1.415.242 | 189.186 | 134 |
| América (Norte y Sur) | 340 | 348 | 8 | 58.669.649 (4) | 335.747 | 5,7 |
| Asia (sin Rusia) | 1.252 | 1.361 | 48 | 1.646.320 | 1.272.165 | 773 |
| Europa (sin Rusia) | 397 | 401 | 81 | 14.058.307 | 564.828 | 40 |
| Oceania | 134 | 148 | 2 | 2.258.907 | 13.345 | 5,9 |
| Total | 2.405 | 2.533 | 18 | 78.048.425 | 2.375.271 | 30 |

La estadística perteneciente a Alemania Federal releva de comentarios, y no se hace un estudio de la progresividad resurgiendo, como el ave fénix, de sus propias cenizas por razones de espacio.

Hemos procurado resaltar la influencia que ejerce una industrialización sistemática sobre el bienestar social de los pueblos y los peligros que encierra el supermaquinismo durante los períodos críticos generados por la falta de consumo. Por ejemplo, en los Estados Unidos el día que deje de ser una «nación sobre ruedas». Por el contrario, España con un margen transformativo hasta lograr el consumo para tres millones de toneladas de acero anual y 60 kilovatios hora de energía eléctrica por habitante, no se verá afectada por semejante plétora de motorización en lo que resta de siglo. No obstante, cabe esperar un resurgimiento, con salto de ciclope, no sólo por los programas de aceleramiento que dió a conocer el Ministro de Industria a principios del corriente año, sino por la consigna que lanzó el de Trabajo en 18 de julio último, ordenado: «Y es tan grave y tan urgente esta cuestión, es tan acuciante la necesidad de producir, que el Gobierno está dispuesto a desencadenar la batalla de la producción sin cuartel para el enemigo. Y el enemigo son el atraso económico y la holganza».

No cabe duda que disponemos de materia prima en cantidades muy superiores a otros países del continente, por ejemplo Italia, y sin embargo hasta la fecha sigue pesando la resistencia inercial, contando con los mejores técnicos del mundo, ya que la carrera de ingeniero en ninguna parte se estudia con la seriedad académica española.

Sobre el problema anterior, F. Croner destaca la gran trascendencia que tuvo en Suecia una elevación considerable en el número de empleados, hasta el extremo de que en treinta y cinco años

pasaron de 30.000 a 150.000, mientras los obreros manuales sólo ascendieron desde 374.000 a 663.000, con un índice de frecuencia, por incremento, del 400 por 100 para los primeros y del 77 para los últimos. Aduce el mencionado autor que la física experimental es de una ergología incalculable (218,4 kilovatios hora por habitante y año), faltando sólo aplicar la racionalmente, de manera que no se pierda en el vacío su capacidad y eficiencia. Cita el caso de la industria química, la más racionalizada de Suecia, donde el coeficiente de empleados es de 2,5, es decir, que en la misma sólo se emplean 2,5 obreros por cada empleado. Se estima que todo trabajo puede ser perfeccionado siempre que la investigación tenga en cuenta diversos factores convergentes para el resultado de la productividad marginal. No es, por tanto, cuestión de mayor jornada, aumento de plantillas, ni siquiera un mayor esfuerzo corporal, sino de dosificar elementos que, actuando simultáneamente, nos den la producción óptima con el mínimo esfuerzo personal.

Ante afirmaciones tan concluyentes se me ocurre pensar: ¿tendrá la industria española suficientes técnicos que contribuyan de manera activa en su desarrollo potencial?

(1) Índices ponderados llevados a efecto en los Estados Unidos.

(2) Anuario de la O. N. U., excluyendo de las estadísticas a Rusia.

(3) Automobile Manufacturers Association, con cifras pertenecientes a 1952.

(4) América del Norte y Centro, 57.216.401 con 224.207 habitantes y un coche cada 3,9; América del Sur, 1.453.240 con 111.540 habitantes y un coche cada 7,6.

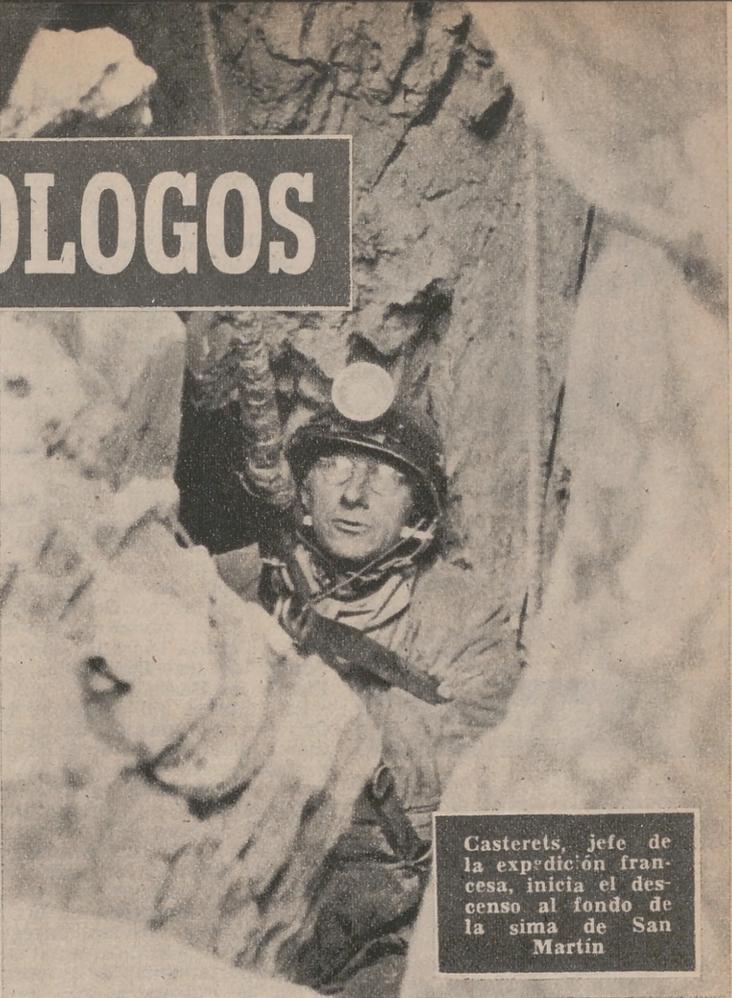
El territorio de mayor motorización es Alaska, con un vehículo cada 2,8 habitantes, siguiéndole, Estados Unidos, con uno por cada 2,90. La estadística otorga a España 175.807 automóviles, con una proporcionalidad de 160 habitantes por cada uno.

VIDA SUBTERRANEA

ESPELEOLOGOS

EN EL MUNDO
APARECE UN
NUEVO DEPORTE

LOS ABISMOS
DE LA FANTASIA
EXPLORADOS
POR EL HOMBRE



Casterets, jefe de la expedición francesa, inicia el descenso al fondo de la sima de San Martín

La espeleología es antigua como la ciencia, y mucho más vieja aun como imaginación. Siempre han tentado la fantasía las cavernas: Dragones mortales de necesidad o enanillos buscadores de diamantes, les fueron atribuidos durante siglos y siglos como moradores habituales. Algunos llegaron a más. Y así, la salmantina cueva de San Cibrián tuvo sobre sí la acusación de ser universidad del diablo y lugar poco seguro, donde se despojaba hasta de su sombra a cualquier marqués distraído.

Los abismos despertaban más temor que afán de saber. Los espeleólogos, en consecuencia, llegaban a su oficio gracias a las dotes creadoras de novelistas o poetas. Incluso Julio Verne metió sus personajes en las entrañas de la tierra, sin anticiparse en nada, porque en su época ya había especialistas que buscaban en las cuevas datos inéditos con científica terquedad.

Ahora los espeleólogos van despojando de las últimas resonancias temerosas a simas y hendiduras. De paso intentan hallar para ellas una aplicación práctica inmediata. Y los periódicos se encuentran todos los veranos con un manantial de noticias que añadir a las incidencias de las Vueltas a Francia o a la reaparición de la serpiente de mar.

EN EL MUNDO APARECE UN DEPORTE MAS

Aseguran quienes saben de esto

Ballester y Sibila, dos espeleólogos españoles, sumergidos en las aguas de una galería subterránea en el lago de los Cantos Rodados, exploran un peligroso conducto que comunica con el mar abierto

que en 1774 se encargó el alemán Esber de sistematizar y dar carácter científico a las exploraciones subterráneas. Aquellos trabajos primeros se convirtieron luego en ocupación habitual de muchos sabios decimonónicos. Cuvier fué uno de ellos y Martel, el creador del contraalpinismo, otro.

En España tampoco faltaron: Don Casiano del Prado ya había estudiado 133 cavernas en 1869. Puig y Larraz, por su parte, publicó un catálogo de cuevas y simas. Y el padre Carballo exploró más de 300 en la cordillera Cantábrica.

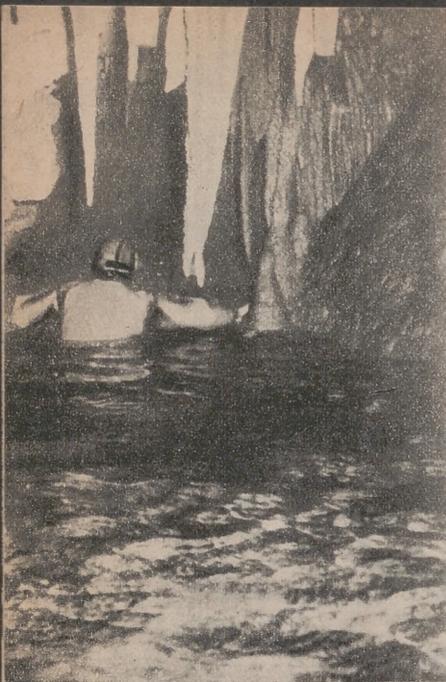
Era una ocupación para cateóricos de Geología y estudiosos, cuyo recuerdo se conserva en los Clubs actuales y en la revista «Speleon», que publica la Universidad de Oviedo. En aquellos

tiempos aun no había aparecido el matiz deportivo. Pero posteriormente, a partir de la guerra mundial número dos, sobre todo, la espeleología adquirió un carácter mucho más atrevido. Fueron seleccionadas como objeto de estudio las simas más peligrosas, con entradas cortadas a pico y ríos subterráneos que se comunicaban con otras grutas por sifones totalmente anegados. Los equipos de hombre-rana resultaron imprescindibles para estas tareas. Las hazañas de los nuevos trogloditas llegaron al público amplificadas por los periódicos. Y en el mundo apareció un deporte más.

LAS DOS ESPECIES DE ESPELEOLOGOS

Pero ser espeleólogo, como todas las cosas difíciles, exige ma-





«Hombres-ranas» exploran la cueva submarina «Na pulida de Fornells»

terial a propósito y un severo aprendizaje. El casco de minero, las escalas de acero, las escafandras autónomas y cien aparatos más son imprescindibles si se intenta realizar una expedición en serio. Esto lo olvidan algunos que se meten a descender sin preparación técnica ni equipos adecuados. Ellos lo pagan al final con una mezcla de sustos y de disgustos.

Los espeleólogos de la otra especie —es decir, los de verdad— comienzan por el principio. En Barcelona, por ejemplo, se desarrollan unos cursillos de Exploración subterránea, donde se enseña, sobre todo, por métodos visuales. En las conferencias desarrolladas este año bajo la organización del Club Montañés barcelonés se proyectaron 297 diapositivas. Trescientos noventa y un oyentes acudieron a escuchar a los cuatro conferenciantes. Y tres salidas prácticas contribuyeron a que las enseñanzas fueran mejor asimiladas.

Aquí hubo deserciones. Porque sólo 143 de los asistentes a las charlas tomaron parte en las exploraciones.

Así se van formando los hombres que luego, acoplados en grupos mixtos de deportistas y científicos, se distribuyen por la geografía española averiguando la estructura de su subsuelo. De esta manera ha nacido también la escuela espeleológica «barcelonesa», caracterizada porque los expedicionarios actúan libremente, separados los unos de los otros. En la escuela «francesa», por el contrario, los hombres van unidos entre sí por una cuerda, como en las escaladas.

Con estos antecedentes, nada tiene de extraño que entre vosotros se emprendan tareas complicadas y difíciles, estrenando incluso técnicas inéditas. Esto se hizo, por ejemplo, en Cataluña durante el mes de mayo pasado.

LA AVIACION ENTRA EN FUNCIONES POR PRIMERA VEZ

Del macizo de Garraf parten multitud de corrientes subterrá-

neas que van a perderse en el mar. En esto hay muchos misterios que los espeleólogos catalanes no habían podido aclarar. Desde tierra no se conseguía ver todo. Entonces se decidió recurrir a la exploración aérea. El Aero Club de Sabadell se encargó de ceder una avioneta «Stinson» pilotada por Jorge Solé, profesor de la Escuela de Vuelos. Joaquín Montoriol actuó como director de las investigaciones y observador fotógrafo. Y Francisco Vicens y Francisco Barceló desempeñaron la misión de observadores visuales.

El día 21 de mayo la expedición iniciaba su trabajo sin darle importancia al hecho de ser la primera del mundo. Primero se sobrevolaron las costas de Garraf, a 400 metros de altura; luego otro, a 150 metros; finalmente, se emprendió un vuelo raso sobre las aguas. Como complemento de la aventura se hizo una peligrosa pasada sobre el Fondo de les Terradelles y el Pla de les Bases.

La empresa no resultó estéril. Ocho nuevos puntos de desagüe fueron descubiertos en Punta Ginesta, Penyes Roges, Punta Ferrrosa y Punta de la Cueva del Pebre. Además se averiguó que en Punta Falconera se forma una corriente de agua dulce que penetra mar adentro cerca de un kilómetro. En cambio, las otras corrientes que aparecen en las proximidades se desvían enseguida en dirección paralela a la costa. El comportamiento de la corriente de la Falconera, aun no explicado del todo, se atribuye a la existencia de varios desagües sucesivos y colocados en línea recta.

Todavía queda mucho por averiguar. Pero es cuestión de tiempo. Incluso es posible que estos estudios sirvan para utilizar en la agricultura y otros destinos el agua que ahora se pierde en el mar.

LOS ESPELEOLOGOS JEREZANOS Y LA LLUVIA

En Villaluenga del Rosario hay una sima que atrajo la atención de un grupo de espeleólogos jerezanos. Decididos a emprender la aventura, formaron una expedición, a la cabeza de la cual iba el señor Vilches. Eran los primeros días del mes de mayo. Con mal tiempo, lloviendo en abundancia, se iniciaron los trabajos. Poco después de las ocho y media de la mañana se comenzaron los descensos. Y durante seis horas, los espeleólogos de Jerez recorrieron galerías, sin preocuparles el agua que entraba, en cantidad cada vez mayor, por la boca de la sima. A las dos y cuarto la cueva era cauce de un torrente. Los exploradores, sin embargo, no se arredraron. Siguieron adelante, aunque ya el teléfono había sido cortado.

Pero pronto se extendieron rumores alarmantes por el pueblo. A la entrada del pozo acudieron rápidamente los vecinos de Villaluenga, la Guardia Civil, los médicos disponibles... Todo eran preocupaciones y cábalas. Al final, las preocupaciones se disiparon y el susto quedó reducido a un remojón. A las nueve y veintiocho de la noche volvía a la superficie Sala-

zar, el espeleólogo más joven. Y a las once regresaba el jefe de la expedición, que decidió ser el último en retirarse.

Así terminó con buena fortuna la exploración jerezana. Primero halló una bajada vertical de 80 metros. Luego, una gran sala de 50 metros, que terminaba en otra mucho mayor, por la que circulaba un torrente. Claro que pronto, por culpa de la lluvia inoportuna, se convirtió en río impetuoso la cueva entera. Y hubo que dejar las cosas para mejor ocasión.

LAS SIMAS DE LARRA, ENTRE MONTES DESOLADOS

Al grupo de navarros que emprendió en junio la exploración de las simas de Larra le costó casi más trabajo llegar hasta ellas que explorarlas. Monte arriba subieron, entre piedras movilizadas y por un paisaje desolado, a lomo de mulos, más de mil doscientos kilos de material. El Ejército del Aire se encargó de proporcionar medios para que las comunicaciones fueran mantenidas con eficiencia y seguridad. Entre otros aparatos, fue transportada una emisora de 40 vatios del equipo de transmisiones de la IV región aérea. Luego, en torno al campamento, se fueron hallando bocas de simas, hasta que Echalecu, uno de los expedicionarios, dió con una practicable. Por ella descendió una longitud de 75 metros San Martín, no sin antes haber recibido en la cabeza un tremendo golpe. La chimenea de descenso tenía sus paredes cubiertas por una capa de hielo de cuatro centímetros de espesor. De allí se desprendió el trozo que fué a estrellarse contra el casco de San Martín.

Gracias a su protección, el incidente quedó sólo en un atontamiento pasajero. Después de los 75 metros aparecieron galerías y simas sucesivas que dieron materia sobrada para la exploración. Los espeleólogos navarros, que iniciaron sus trabajos bajo el patrocinio de la Institución «Príncipe de Viana», de la Diputación Foral de Navarra, no volvieron de vacío. Han hallado datos valiosísimos sobre el transcurso de las corrientes subterráneas en aquella zona de los Pirineos. Incluso es posible que se lleguen a utilizar con fines hidroeléctricos estos cursos de agua. La respuesta final la darán exploraciones posteriores, que no han de faltar.

LA FAMOSA CUEVA DEL REY CINTOLO

La noticia conmovió primero a Galicia entera y luego a toda España. Los periódicos se encargaron de difundirla con gran estruendo: iba a ser emprendida una exploración a fondo de la cueva del Rey Cintolo. Geólogos, topógrafos, historiadores, prehistoriadores, un médico y un sacerdote formarían parte de la memorable expedición emprendida por los Montañeros Celtas y patrocinada por «El Faro de Vigo». Además, para añadir lustre a la hazaña, dos magníficos escritores—José María Castroviejo

y Alvaro Cunqueiro — estaban agregados a las tareas.

La cueva está casi al lado de Mondoñedo: a seis kilómetros justos. Allí había sido hallado anteriormente un puñal celtibérico de hierro forjado, que pronto ocupó una vitrina en el Museo de Lugo. Había grandes esperanzas puestas en la empresa. Nada les faltaba a los Montañeros Celtas: cabrias, elevadores, teléfonos, faroles... Ciertamente no se podían quejar de falta de medios. Sin embargo, apareció pronto un grupo de disconformes. Sus razones son claras como la luz del día.

EN VILLALBA TAMBIEN HAY ESPELEOLOGOS

Resulta que en 1953 un grupo de villalbeses ya había emprendido la exploración de la citada cueva. Ellos la recorrieron de cabo a rabo, y llegaron a la conclusión de que no tenía más de un kilómetro de longitud. Con esto deshicieron más de una leyenda. Por ejemplo: la que achacaba a la caverna 60 kilómetros de largo. Los villalbeses, una vez terminados sus trabajos, se volvieron a sus casas sin que se airearan demasiado sus hazañas. Pero he aquí que, al cabo de un año, los Montañeros Celtas se deciden a emprender una gran investigación. Cuando estos proyectos fueron anunciados destacadamente, comenzaron las reticencias. Se encargó de recogerlas un periódico de La Coruña: «El Ideal Gallego». Y a este periódico recurrieron los villalbeses postergados para exponer los datos que conocían. La carta que enviaron estaba llena de ironía y buen humor.

«Hemos hallado restos de aves y mamíferos que no nos parecían prehistóricos, porque a su lado había contemporáneas latas de anchoas, escorias de carburo de calcio y una botella de vino de la Rioja. En la última sala nos encontramos con una cara de mujer tallada en la roca; pero la inscripción al pie de la misma nos hace pensar que no era Teodora, la esposa del Rey Suintila.»

Esta alusión al Monarca go- do venía a cuento porque el nuevo grupo explorador pensaba averiguar grandes cosas en torno a su presencia en aquel lugar. Pero los villalbeses se dedicaron a describir minuciosamente todo lo que había allí dentro y les pisaron a los «nuevos» cuantos detalles pudieron contar. Y todo quedó en una divertida excursión de verano.

«NA POLIDA», ESCENARIO DE UN GRAN TRIUNFO DE LOS ESPELEOLOGOS CATALANES

El Grupo de Exploraciones Subterráneas de Barcelona y el equipo de Investigaciones Espeleológicas y Arqueológicas se han apuntado un gran éxito durante los primeros días de agosto.

«Na Polida» se conoce desde 1831 y ha sido objeto de numerosas visitas. Pero ninguna tan completa como la actual. Una singularidad de la expedición ha sido que tomara parte en ella



Todo está a punto para el descenso. Los técnicos repasan por última vez el material. El éxito o el fracaso depende en parte de esas máquinas

una espeleóloga de Burgos: Julia Calzada.

«Na Polida» se abre en un acantilado de la costa menorquina. Una entrada angosta da paso a una cámara de casi cincuenta metros de largo y unos siete de altura máxima. Poco después se extiende un lago subterráneo con el techo erizado de estalactitas, tan próximas a la superficie, que impiden la nevagación. Luego hay una serie de galerías sucesivas y lagos, cuya estructura se trató de determinar en la expedición de este año. Con equipos de hombres-rana y escafundras autónomas, los espeleólogos catalanes dieron con un acceso sumergido a «Na Polida». También se exploraron otros sifones en cuevas próximas en expediciones arriesgadas y brillantísimas. Antonio Ribera, Julia Calzada, Antonio Ballester, Armengón, Toniatti, Gibila, Montoriol, Térmens, Assens y Mario Lleget añadieron así nuevas victorias a su palmarés deportivo personal y al historial de las Sociedades a que pertenecen.

UNA BUENA NOTICIA A FINES DE VERANO

A finales de agosto, cuando ya se acercaba el tiempo de terminar las expediciones espeleológicas, la Prensa ha publicado una buena noticia: un grupo de montañeros barceloneses ha descubierto el terreno ideal para los espeleólogos en Begis-Torás, una comarca montañosa de la provincia de Castellón, muy próxima a la raya con Teruel.

Junto a Segorbe, en las inmediaciones de Navajas, se abren numerosas carvernas de gran longitud, en las cuales el agua es habitualmente escasa. Esto significa que en cualquier época del año pueden realizarse allí exploraciones sin que los torrentes y los ríos subterráneos creen dificultades. De todas formas, la «sequedad» de las cámaras no es absoluta, dependiendo de la rapidez de los deshielos o de la intensidad de las lluvias. Esto no es obstáculo para que ya piense en penetrar a fondo en su interior. Quizá con el tiempo se convierta esta comarca en el lugar favorito para los fines de semana de los espeleólogos.

La boca de la sima no deja de ser impresionante. Y el descenso hacia lo desconocido, siempre encoge un tanto el valor del espeleólogo

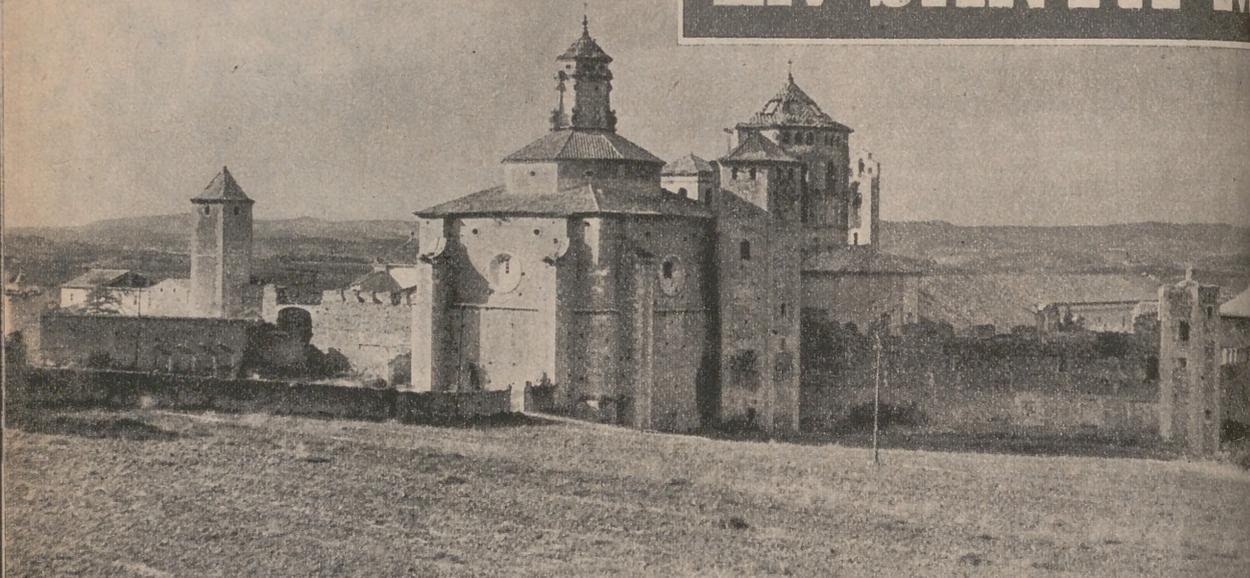
UNA MULTITUD DE EXPLORACIONES MAS

En toda España crece la afición a este nuevo deporte. En Zamora, por ejemplo, la Agrupación Montañera ha iniciado los estudios para emprender una gran exploración en cierta sima que se halla al norte de la provincia de León. Claro que el centro de la actividad sigue en manos de las Sociedades catalanas, cuyos miembros son verdaderamente incansables. Más de ocho exploraciones fueron emprendidas entre el 11 de abril y el 6 de junio. Y a lo largo del verano se han ido sucediendo sin solución de continuidad.

Nosotros hemos reseñado con algún detalle las más sonadas, aquellas que han encontrado en la Prensa resonancia mayor. Todas tienen, sin embargo, la misma intención científica y deportiva. Pero la más importante, sin duda—considerando, incluso, la expedición francesa que rescató los restos de Loubens—, ha sido la que se encargó de colocar una imagen de la Virgen de Montserrat en una caverna submarina de las costas de Garraf. Así se han sumado los espeleólogos y pescadores submarinos a los homenajes que a la Santísima Virgen se han rendido a lo largo de este Año Mariano.



EN SANTA MARIA DE POBLET SE VIVE ASI



CUARENTA Y DOS HOMBRES CEA DEL CIELO

Por la áspera vertiente de la sierra de Prades, y sobre la cuenca de Barberá, discurren, formando un leve remanso, las aguas del río Francolí. Un poco alejada de sus márgenes se alza una mole gigantesca de piedra y granito. Ocho siglos de gloriosa historia se encadenan a sus altas murallas y firmes columnas. Es el Real Monasterio de Santa María de Poblet.

Allá por el año 1151 aparece por vez primera en España la Orden de San Benito. Es entonces cuando Ramón Berenguer IV el Santo, conde de Barcelona, hace donación de unas tierras a los monjes cistercienses de la abadía francesa de Fontfroide. Desde ahora el monasterio va surgiendo de la nada con la grave y severa lentitud de una melodía religiosa en aquellos tiempos en que las prisas se medían por siglos. Las viejas piedras de Santa María de Poblet recogen a través de los años toda la grandeza y severidad del románico, la pureza del gótico y la floritura del plateresco. Reyes de Aragón y abades del Cister dotan al monasterio con nuevas dependencias y construcciones. Durante siete siglos los amplios claustros de la abadía no conocen más que el silencio, la paz y el trabajo. En 1835 los monjes se ven obligados a abandonar el sagrado recinto de este alcázar de Dios.

LO QUE LOS HOMBRES NO PUDIERON DESTRUIR

El monasterio es violentamente saqueado, y sobre la tierra se desploman muchas de sus joyas arquitectónicas. El silencio denso, dormido en una paz larga de tareas monacales, ese silencio siempre tan esencial a Poblet, es reemplazado por un silencio trá-

gico de ausencias y orfandades. Y gota a gota, mientras el sol se despreza en las almenas de las tapias, los días van destilando esta quietud sobre los claustros maravillosos. Poblet era eso: un largo silencio en ruinas. Fue eso lo único que los hombres no pudieron destruir. Y al cabo de ciento catorce años vendría, al fin, la restauración.

«ORA ET LABORA»

Cuatro monjes de la abadía cisterciense de Santa Croce, de Roma, toman posesión del monasterio el 24 de noviembre de 1940. Y siguiendo el lema de la regla de San Benito: «Ora et labora», reza y trabaja, ellos inician la restauración rezando; el trabajo surgiría pocos días después en la implacable tarea de levantar ruinas y sacar escombros. Y con las limosnas y dádivas necesarias para habilitar poco a poco las dependencias indispensables vienen también las vacaciones.

QUE NO SE DISTINGAN LAS CARAS DE LOS MONJES

Es una mañana de luz turbia cuando subo en un renqueante coche del hotel La Capella, en la estación ferroviaria de Espluga de Francolí, que me lleva hasta la Plaza Mayor del monasterio, dejándome junto a la Puerta Real. Está abierta. Dentro, el patio que da acceso al palacio de Martín el Humano y al vestíbulo del abad Copons. En él tengo que esperar unos momentos, porque es la hora en que el abad don Edmundo María Garreta Olivella sale para Madrid, acompañado por el abad general del Cister, don Sighardo Kleiner. Poco después beso sus anillos y doy mi enhorabuena al recién bendecido abad de Poblet,

padre Garreta. Con ellos y en el mismo vestíbulo me detengo unos minutos. El reverendísimo padre abad general, que es austriaco, se expresa en clarísimo y correcto castellano. Había que llegar a comer a Zaragoza, y como la hora era ya avanzada, el padre general urgía con el argumento de que no llegarían a tiempo. Yo, al menos, sí que había llegado a tiempo. Era preciso puntualizar las actuaciones del fotógrafo que viene conmigo, porque sabía algo del rigor justificado con que está prohibido hacer fotografías a los monjes.

—Puede hacer fotos—me dijo el reverendísimo padre general—mientras no se llame la atención de la comunidad y no se distinguen las caras de los monjes.

Y los dos abades partieron hacia Madrid, mientras yo, introducido por el padre subprior en el monasterio, quedo esperando en el locutorio a que el padre hospederio me dé alojamiento.

EL PRIMER ABAD DE LA RESTAURACION

Nacido en Barcelona, en la populosa barriada de Hcstafrenchs, de familia modestísima, el padre Edmundo María Garreta Olivella cuenta hoy treinta y tres años de edad. Ingresó en el Seminario de Barcelona para cursar la carrera sacerdotal, y estudiando el primer año de Filosofía siente la llamada de Poblet, donde concluye, después de un año de noviciado, los estudios de Filosofía, pasando después a la abadía suiza de Hauterive, a pocos kilómetros de Friburgo, para cursar la Teología. Hace solamente cuatro años cantó en Poblet su primera misa y fué destinado a Roma para estudiar la especialización de Derecho Canónico. Mas queda trun-



Abad de Poblet, bendecido el 4 de julio de 1940, reverendísimo padre Edmundo María Garreta Olivella

DIEZ MANDAMIENTOS QUE RIGEN UN PROGRAMA DE VIDA AUSTERA: "EL CISTER ES POBREZA, SILENCIO Y PAZ"

cada su carrera al ser elegido prior por la comunidad de Poblet a fines de 1953. El abad general del Cister le nombra abad de Poblet a mediados de junio y es bendecido en el nuevo cargo el 4 de julio de este año. Es menudo de cuerpo; de gestos nerviosos y finos ademanes, su fisonomía tiene la cordial afabilidad de las prudentes sonrisas siempre a punto para las reacciones de su sensibilidad en la conversación. En la mano izquierda, tan pequeña, la piedra de su anillo refule como un atributo visible de su dignidad, tan antigua y tan moderna, en Poblet. El es el primer abad después de la restauración y, contando con Dios, tiene por delante muchos años todavía para empujar la vida del Cister pobletano hacia metas gloriosas. Así, al menos, lo sueña él, que ha sabido escoger para su escudo, donde campea un ramo de olivo, que alude a su segundo apellido, el lema sacado de una frase del capítulo 64 de la regla de San Benito, que dice: «Mejor es aprovechar que señorear.»

EL MONJE TIENE OTRO NOMBRE

Y ya está aquí el padre hospederio. ¿Su nombre? El nombre auténtico por el que el mundo le conoció ha desaparecido. Cuando el postulante toma el hábito cisterciense le asignan un nombre, sin derecho a elegir otro, y el contacto con personas ajenas al monasterio estará siempre condicionado por las funciones

del cargo que tenga, de modo que ni aun el nombre impuesto en la religión es necesario conocerlo. Los conocerás por su oficio: padre prior, subprior, sacristán, hospederio, bibliotecario, maestro de novicios, etc. Ello permite mantener siempre las razones fundamentales por las que el monje trata con el mundo, que son sólo las atribuciones de su cargo y evitar los simples motivos personales de contacto.

Pero yo no he venido aquí con un estrecho horario de simple visita; he venido a convivir un día con los monjes, y esto me autoriza—perdón, padre abad—a ser prudentemente indiscreto. El padre hospederio será siempre un cargo anónimo para el mundo, pero para mí tiene un nombre: el padre Reinaldo María Ester. El nombre de María es el segundo apelativo forzoso de todo cisterciense. No olvidemos que San Bernardo de Claraval fué uno de los hombres más apasionados y vehementes en la devoción a la Virgen.

—Vamos, pues, padre Reinaldo, ¿dónde me alojaré?

Me condujo a una habitación de la hospedería.

LOS DIEZ MANDAMIENTOS DE LA HOSPEDERIA

Es una residencia espaciosa con aposentos dotados por las más rigurosas exigencias de la sencillez y de la sobriedad. Detrás de cada puerta encontrará el huésped una hoja de papel clavada con una chincheta, y escritas a máquina las siguientes normas, que por sí solas definen:

la gentileza espiritual y la acogedora hospitalidad cisterciense:

ADVERTENCIAS A LOS SEÑORES HUESPEDES

1.^a No olvidéis que te encuentras en un monasterio cisterciense.

2.^a *El Cister es pobreza.* Acepta, pues, con buen ánimo las pequeñas faltas de comodidad que puedas hallar. No dudes, empero, de pedir con entera libertad al padre hospederio lo que te sea necesario y se procurará complacerte. Trata con cuidado todo cuanto los monjes pongan a tu disposición.

3.^a *El Cister es silencio.* Evita los ruidos, las conversaciones en voz alta, especialmente nocturnas, que desdican de un lugar de recogimiento y de oración y que pueden alterar el silencio de la casa de Dios.

4.^a *El Cister es paz.* Procura con tu ejemplo y tus costumbres fomentar este espíritu bueno que edifica a tus compañeros de hospedaje y aun a los mismos monjes. Dios habla al alma que está en paz.

5.^a La regla de N. P. San Benito prohíbe a los monjes hablar con los huéspedes. Evita el hablar con ellos, excepción hecha de los que prestan sus servicios en la hospedería. Si en tu paseo encuentras algún monje, no te detengas a hablar con él, no te entrometas en sus ocupaciones si lo encuentras trabajando; pero si deseas alguna orientación pídelo brevemente y se te complacerá.

6.^a No fumes por las dependencias monásticas fuera de tu celda.

7.^a Sé puntual. Tu falta de puntualidad al horario, especialmente en las comidas, podría ocasionar una alteración en la vida regular de los monjes.

8.^a Si deseas orar puedes ir a la iglesia mayor. Píde al hermano portero que te abra la puerta de la misma y lo hará con mucho gusto.

9.^a Si deseas leer pide al padre hospederio el libro que desees y tratará de proporcionártelo.

10. Si deseas pasear puedes hacerlo por el paseo exterior de las murallas. No lo hagas por los patios interiores de la clausura. Evita la curiosidad entrando en lugares reservados a la clausura monástica. *Guarda estas advertencias, y tu estancia en el monasterio te será provechosa para el alma y de edificación para los monjes.*

Naturalmente, estas diez advertencias se encierran en tres: en saber que el Cister es pobreza, silencio y paz.

EN POBLET PARA TODA LA VIDA

La vida del monasterio es la propia vida del conjunto armónico de sus miembros, de esa persona de funciones unitarias, aunque diversas, que se llama la comunidad. El monje como individuo es una piedra solidaria del engranaje de tareas que realiza la comunidad. Pese a lo cual el monje no es un hombre-máquina ni un autómatas inconsciente, porque su vida particular está enganchada por la voluntaria entrega de la profesión religiosa al servicio de Dios.

A los catorce años de su res-

tauración inicial, Poblet tiene cuarenta y dos monjes venidos de las más diversas tierras de España: de Barcelona, de Sevilla, de Lérida, de Segovia, de Reus, de Hinojosa de Calatrava. En este momento la comunidad está formada por dieciséis sacerdotes, nueve estudiantes, quince hermanos conversos, un oblat y un postulante. Todos son relativamente jóvenes, a excepción de un monje, nacido en 1881, y que ingresó a la edad de sesenta y ocho años. Es el decano de Poblet.

Para ingresar en el monasterio se requiere la edad mínima de dieciséis años, y si se prefiere de ser monje de coro, es decir, sacerdote, haber cursado el bachillerato o los estudios de Humanidades exigidos en un Seminario eclesiástico. Todo lo demás sigue las normas establecidas por el Derecho Canónico para las Ordenes religiosas. Sin embargo, existe una particularidad: al final de noviciado, al emitir la profesión religiosa, el monje hace voto de estabilidad en el monasterio; perpetuamente quedará vinculado a la comunidad en la que profesa.

UN PROGRAMA DE QUEHACER Y ALEGRÍA

El horario del monje, dentro del riguroso esquema cronológico en que está inserta su vida, tiene la interna flexibilidad de la alegría con que cada uno se entrega a los quehaceres monásticos. El orden y la disciplina en el Cister dan a la vida cierto aparente ritmo de monotonía del que cada uno se desprende en razón de la intensidad de vida sobrenatural que lleva dentro. No hay que perder de vista que el Cister es Orden esencialmente contemplativa, por lo que aun el trabajo manual se realiza con el más riguroso silencio para no estorbar la presencia de Dios. En Poblet la austeridad es el máximo enemigo de la frivolidad y de la vida superficial. Allí tienen unos hombres que viven con el siguiente programa:

DE LA CELDA A LA IGLESIA

Los días laborables se levantan a las cuatro menos cuarto de la mañana, y los festivos, a las tres y media. Un cuarto de hora después acuden a la iglesia para cantar solemnemente el oficio divino, hacer meditación y celebrar las misas. Todos llegan puntualmente, enfundados en el amplio estuche blanco de su cogulla, mágico ornamento que solo llevan para los actos de comunidad, excepto a las horas de refectorio. No los verán nunca llegar en tropel de grupos, sino que van por los claustros maravillosos enfilados uno detrás de otro con la cabeza cubierta por la capucha. Y no te asombre verlos caminando siempre arriados a las paredes. Ellos no pueden pasear por el medio: es atribución exclusiva del padre abad.

A las siete treinta de la mañana, hora en que, desde que se han levantado, todavía no han cesado de cantar o meditar, asisten a la sala capitular, en determinados días del calendario litúrgico, a la acusación personal y pública de sus faltas de carac-

ter público, y en frecuentes y señaladas festividades, al sermón del abad. Únicamente hay un día al año en que, pese a su destacado relieve litúrgico, el padre abad está dispensado de dirigir en público la palabra a sus monjes: la fiesta de la Santísima Trinidad. La razón es porque la sublimidad del misterio hace inefable su explicación.

Los días festivos la comunidad debe asistir a dos misas, aparte de la que cada sacerdote celebra.

En las restantes horas del día el monje va alternando con la asistencia a coro, el estudio y el trabajo manual, del que nadie está dispensado: imprenta, granja, huerta. Y no pienses que cuando hay que asistir al trabajo manual cada monje va a realizar la tarea que más le agrada. Es el padre abad quien todas las tardes, a las tres y media y ante los monjes colcados en fila en el locutorio, distribuye el trabajo a cada uno según las necesidades.

UN FOGONAZO JUNTO AL ALTAR

A la una de la tarde es la refección. Una comida abundante, variada y bien condimentada. He comprobado que el cisterciense come lo suficiente para poder resistir el esfuerzo físico que supone el cumplimiento de sus deberes monásticos. He comido hoy con el padre hospederio en el calefactorio, el local que en el invierno sirve, con su hogar de amplia chimenea, para mitigar en algunos momentos el frío intenso que producen las frecuentes temperaturas bajo cero. Y era al final de los postres cuando el padre subprior ha venido alarmado pidiéndome responsabilidades por una excesiva audacia del fotógrafo:

—¿No hemos quedado que el fotógrafo no esorbiría a la comunidad? Pues durante el rezo de nona él se ha colocado como un santo delante del altar y nos ha saltado un fogonazo.

Yo, como era natural, me alegraba interiormente de este atrevimiento, mientras procuraba darle razones atenuantes del pequeño delito.

VEINTE CANTEROS EN ACCION

Puntualmente llama a la puerta de mi celda y salimos los dos en dirección a las obras de restauración. Allí, una brigada de veinte canteros gallegos golpean con sus martillos y cinceles las piedras, domando su dureza para convertirlas en columnas, arcos y capiteles. Es el único ruido que se oye en el monasterio, porque hasta los carretillos de manos que aquí se utilizan respetan el silencio: llevan ruedas de goma. Entre los obreros encuentro un monje que tiene en sus manos un álbum con todos los planos de las reconstrucciones. Es el padre Rafael Durán, supervisor de las obras y secretario del padre abad. En sus primeras palabras me dice que me tiene miedo. Y, efectivamente, observo que a mis preguntas va contestando con cierto recelo, como si se tratara de un reo en una causa judicial. «Eso no lo durá, ¿verdad?» «No se preocupe, padre; dire solamente lo que se pueda contar.» El era estudiante de primer cur-

so de Ingeniería textil cuando ingresó en el Cister pobletano.

—¿Quién paga las obras de restauración?

—Esto depende del Ministerio de Educación, a través del órgano del Patrimonio Artístico Nacional.

—¿Qué cantidad de dinero han invertido ya?

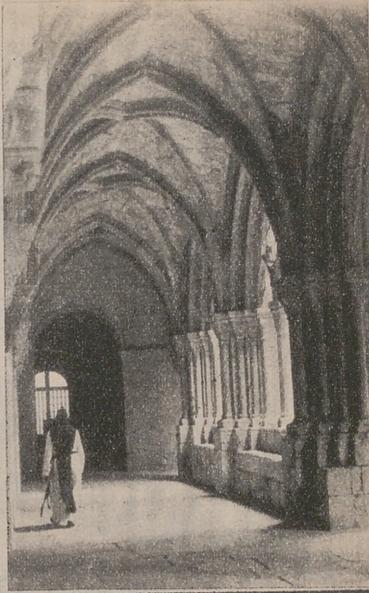
(El padre Rafael se resiste con obstinadas sonrisas a contestar a mi pregunta. Cumple como buen «secretario». No hay miedo, padre abad, que lo sobornen. Al fin, como insisto con implacable pertinacia, se decide a darme algunas cifras, en las que él no quiere arriesgar del todo la certeza de sus conocimientos.) Y ante la incertidumbre voluntaria de sus declaraciones opto por no decirlas. Sin embargo, me dice que la Diputación de Tarragona ha contribuido con 600.000 pesetas en dos consignaciones anuales de 300.000. Los canteros trabajan a las órdenes del encargado que tiene el arquitecto de la cuarta zona, don Alejandro Ferrant. Su nombre, Severino Gómez Villar. Lleva trabajando como cantero veintidós años en el Patrimonio Artístico Nacional. Cobra a razón de ocho pesetas la hora, más el hospedaje.

CENANDO CON LOS MONJES

Son las cinco cuarenta y cinco de la tarde, hora en que los monjes deben retirarse de sus trabajos manuales para prepararse a la asistencia al coro, donde a las seis treinta comienza el canto de vísperas. Media hora después tiene lugar la cena, que, por invitación del padre superior, he compartido con los monjes. Indistintamente, sacerdotes, estudiantes y legos, por turno y en número de tres, sirven a la mesa. Me sientan en una de las mesas presidenciales. Soy el único que usa vasos de cristal para el agua y el vino. Los monjes utilizan como único vaso un tazón de barro cocido. En el púlpito del refectorio, un estudiante cisterciense recita, permitiendo durante toda la cena, la lectura en castellano de un tratado de la vida espiritual. Al comienzo nos sirven a todos una bolsita de sales litínicas con que una firma de Barcelona obsequia diariamente a la comunidad. El postre es un tazón de leche que, a petición del consumidor, suele ser fría o caliente.

LA HORA DEL RECREO

Al final hemos salido a la huerta y he observado la alegría ingenua con que los monjes iban en grupos a pasear. Era el momento de la recreación que suelen tener una vez al día los martes, jueves y domingos. Acompañado por el padre hospedero y el encargado de la imprenta, padre Agustín María Altisent, he paseado yo también bajo los altos álamos, a la luz del crepúsculo luminoso y sereno. Nuestra conversación ha derivado inmediatamente al comentario de los cientos de revistas de tono religioso que se publican en España y que viven haciendo profesión solemne de pobreza en su presentación tipográfica, cuando no de una desvaída y enclenque dulzarronería artística.



Izquierda: La antigua torre del Prior, enmarcada entre cipreses. Derecha: El monje ha de caminar por los claustros cubierto con la capucha

Faltan escasos minutos para ir a la lectura de colación y quiero visitar la imprenta. El padre Altisent me conduce allí y me va enseñando toda una magnífica colección de impresos que se han hecho en aquel taller modesto, pero perfectamente organizado.

DE LA IGLESIA A LA CELDA

A las ocho quince nos reclama el último acto de comunidad. Todos los monjes han llegado al claustro románico, donde, sentados a los lados en dos filas frente a frente, se escucha la lectura de colación. La voz del lector tiene de fondo la sorda música del agua que día y noche cae por los caños bajo el monumental templete románico del lavatorio, de esta agua clara y sonora que hace casi palpable el silencio del claustro mayor.

Meditando la lectura, los monjes entran en la iglesia y se dirigen al coro para la recitación solemne de las completas, que se concluye con el canto de la salve, de esa salve gregoriana que con su dulce melodía cisterciense inunda de claridad sobrenatural las sombras que caen sobre las blancas cogullas, bajo la bóveda románica de la nave central, mientras allí, en el crucero, dentro de sus sepulcros de mármol, los huesos de quienes fueron un día flor y espejo de caballeros, Reyes de la Corona de Aragón, esperan la resurrección de la carne.

Signe a la conclusión de las completas un breve examen particular de conciencia, y después, al pie de la escalera interior que conduce al dormitorio, el superior bendice con el hisopo, uno a uno, a todos los monjes, que, inclinándose al paso delante de él, se retiran a descansar.

LUZ A LAS ONCE

A las nueve quince todas las luces de las celdas han de estar apagadas; pero en esta noche la del padre hospedero se encenderá a las once, hora tardía en que, después de charlar conmigo para puntualizar algunos informes, se despide en mi habitación. Al padre Reginaldo no le importa que mañana haya de madrugar para seguir la vida de comunidad, como si nada hubiera pasado. Cuando la luz de su habitación, en los momentos de acostarse, ilumine la copa de un ciprés sobre el fondo de su ventana, será como una caricia que hace al silencio la mano suave de la hospitalidad cisterciense.

Y así, con el espíritu tenso en la oración y el silencio, en Poblet hay 42 hombres que viven cerca del cielo.

José María MILAGROS, O. P.
(Fotos Campañá y Niepce.)



El reverendísimo abad general del Cister, padre Sigardo Kleiner



NOVELA

Por Concha
CASTROVIEJO

La chica se detuvo un momento. Sacudió hacia atrás la melena lacia que le caía sobre la frente y miró hacia la placa colocada en la esquina del edificio: «Rue Ligier». Dió vuelta a la esquina y se situó ante el centro de la fachada, de donde cinco escalones daban acceso a la puerta de entrada del número 50.

—50 rue Ligier—repitió mentalmente—. No se corresponden número y calle.

De todas maneras subió hasta la amplia puerta de cristales y tocó el timbre. Una mujer gorda, vestida con uniforme azul, acudió a abrirle.

—¿Casa de las estudiantes?—preguntó.

—Sí, señorita.

—¿Está la directora?

—¿Madame Bennet? Yo creo que está, sí, señorita. Pase.

Pasó hasta un saloncito. La temperatura era muy alta y todo el interior tenía un aire confortable.

Se asomó a la biblioteca, comunicada por una puerta de arco, y observó la gran mesa de «ping-pong», las estanterías y los butacones. Volvió a la salita y esperó. Las dos habitaciones estaban desiertas.

Madame Bennet hizo su aparición. Era una señora monumental, cuya obesidad tenía características insospechadas. Del cuello a las rodillas parecía metida en un barril enorme, reacio a adaptarse a cualquier forma que no fuese la esférica. La papada colgante encuadraba su rostro, entre pícaro y embrutecido.

—Usted dirá, señorita.

—Le han escrito recomendándome, madame. Creo que tengo reservada habitación. Me llamo Louise Yves.

—¡Oh, sí, mademoiselle, ciertamente! Me han enviado los datos que a usted conciernen. Somos exigentes. Nuestras chicas, todas estudiantes, gozan de la mejor reputación. Y todas se casan... Tengo buena mano...

Louise la contempló un poco asombrada.

—Yo vengo a terminar mi carrera de Farmacia...

—Llega usted tarde, mediado el curso.

—Sí—contestó sencillamente Louise—. Ahora, si usted me lo permite, quisiera ver mi habitación y descansar. He hecho un viaje algo fatigoso...

Madame Bennet salió y volvió a entrar con una lista en la mano.

—Compartirá usted la habitación con la señorita Simone Raide, estudiante de Farmacia también. Una muchacha muy sensata. Espero que simpaticen ustedes.

Después, sin transición, preguntó:

—¿Y su equipaje?

—Lo dejé en la consigna. Lo iré a buscar más tarde o mañana.

* * *

La «maison des étudiants» ocupaba un edificio de cinco pisos. Era negocio de una Sociedad inmobiliaria dedicada al alquiler de habitaciones a buen precio, que, al destinar el edificio a casa de estudiantes, había establecido una Comisión encargada de reglamento y disciplina. Salvo entrar de noche antes de las diez—con la excepción del permiso de los sábados—y estar puntuales en las horas de comidas, las chicas no tenían otra obligación con respecto a su alojamiento. La casa estaba bien organizada, y en poco tiempo la misma Sociedad inmobiliaria tuvo que construir enfrente una casa anexa de tres pisos. La directora de la grande era madame Bennet, y la de la pequeña, madame Vivier. Madame Bennet era divorciada, y madame Vivier, viuda. Madame Bennet disfrutaba del contorno desde el punto central de su monstruosa obesidad y limitaba forzosamente a esta circunstancia todas sus actividades vitales. Madame Vivier, víctima de un prolongado clima-terio, disfrutaba de un distinguido histerismo, cuyo desahogo era el médico de la casa. Madame Bennet era jocunda y jocos, rabelesiana; madame Vivier era lánguida y quejumbrosa.

Las dos casas tenían en común la biblioteca, la sala de recibir y el comedor, donde 150 chicas se reunían dos veces al día. Las sirvientas, vestidas de uniforme azul y cofia blanca, atendían a mademoiselle Lucile, la ecónoma, que distribuía los platos desde detrás de un mostrador. Cada chica acudía con una bandeja, donde colocaba toda su ración, y se dirigía a su sitio en la fila de mesas de mármol sin mantel. A pesar de esto el comedor era alegre.

* * *

Cuando Louise bajó a cenar, a las siete y media, la mayoría de las chicas estaban ya sentadas en su sitio. La algarabía de voces y risas llegaba hasta el vestíbulo. Al entrar Louise se hizo el silencio y todas las miradas se dirigieron a ella. Se quedó un momento parada y avanzó hasta el fondo, donde madame Bennet, de pie al lado de la ecónoma, comía un flan, sujetando el plato con la mano izquierda. Llevó dos veces la cuchara a la boca y el flan desapareció. Entonces vió a Louise que avanzaba hacia ella y mantuvo el silencio con un ademán:

—Señoritas—dijo—, les presento a mademoiselle Louise Yves, que ha venido a vivir a la casa. Hace su licenciatu- ra de Farmacia.

Louise sonrió.

—Bravo—gritó Pirrine Olliot desde la tercera mesa.

Sus compañeros corearon:

—¡Bravo!

—Más Farmacia—protestó Katy Brunard, sentada entre el grupo más ruidoso—. Si yo tuviera que empezar ahora no sería Farmacia lo que empezase. No sé qué vamos a hacer todas las que nos apretamos allí estudiando Farmacia.

Louise había tomado una bandeja y la colocó sobre el mostrador. Mademoiselle Lucile comenzó a servirle: una taza de consomé, una tarterita de barro esmaltado con «macarroni», una loncha de carne con una patata y un flan.

—El pan lo tiene en esa bandeja—explicó—; coja el que quiera. El vino, el te o el café son extras.

Louise se dió la vuelta para dirigirse a su sitio y vió a su lado a madame Bennet tomando una taza de consomé.

—Esto no es nada, ¿verdad mademoiselle Lucile?—le preguntó a la ecónoma, consolándose con su propio tono—. Esto no me llega al estómago.

Louise se sentó en un lugar vacío en la mesa que ocupaba el grupo de Katy.

—Yo soy Katy—dijo ésta—. Aquí tiene usted a Anne Marie, a Marie Jeanne, a Madeleine y a Henriette. Yo hago Farmacia; Marie Jeanne y Anne Marie, Letras; Madeleine estudia Música, y Henriette, Ciencias. ¡Ah! Me olvidaba de Agnés, el corderito del grupo.

Louise sonrió; sacudió hacia atrás su melena y empezó a comer.

—Parece más bien una chica presumida—dijo una morena que se sentaba en la mesa de atrás—. Y fea.

—No se puede juzgar así a la gente—comentó su compañera—. Yo le encuentro un aire simpático.

—¡Qué más da!—interrumpió Pirrine—. ¿Por qué ha de ser simpática? No tiene obligación.

La morena volvió de nuevo la cabeza.

—Treinta años—observó

—¡Oh! No tiene treinta años.

Madame Bennet, detrás del mostrador, sostenía en su mano izquierda dos tarteritas de pasta: sobre la primera, vacía, había colocado la segunda, que vaciaba en aquel momento.

—¿Por qué hace eso?—preguntó Louise asombrada—. ¿Tiene que comer de pie?

—No, querida. Come en sus habitaciones con su hija bastante mejor de lo que comemos nosotras. Pero quiere adelgazar: tiene inquietudes amorosas. La han puesto a régimen, y como siente hambre no puede aguantarse mientras vigila la comida de las pensionistas. Ella cree que lo que come aquí de pie no cuenta... ¡Mira! Ahora empieza otra vez con el flan.

—Antes de comer ella su comida come dos comidas nuestras.

Louise dirigió la vista a su alrededor. Una chica bajita y gorda entraba en aquel momento. Era muy blanca, sonrosada y sonriente. Gorda, pero menuda, producía la impresión de ser una bola de manteca, sin materia ósea bajo la capa de grasa. Llevaba una blusa de seda azul y el pelo arreglado en bucles. Se dirigió al mostrador, y madame Bennet la acogió con especial benevolencia.

—Es mademoiselle Durand—le explicó Katy a Louise—. Estudia Medicina y sus padres tienen buena posición. Madame Bennet la distingue mucho porque le pone las inyecciones y la relaciona con médicos que le prometen que la harán adelgazar. ¿Usted cree que madame Bennet puede adelgazar nunca? A mademoiselle Durand, aquí en la casa, la llamamos «Bouboul», porque parece una pequeña bola.

—¿No se enfada?

—No, siempre sonrío.

Eran cerca de las ocho. Tras mademoiselle Durand entraron dos mulatas, feas de cara y de cuerpo esbelto y flexible. Vestían con unos «sweters» ceñidos de colores chillones. En el fondo del comedor se alzó un tumulto de voces llamando a las mulatas.

—¡Dominique, eh, Dominique!... Te has hecho seguir por un bello muchacho...

Al mismo tiempo sonaban grandes carcajadas, coreadas por una de las mulatas, plantada de espalda al mostrador y con las manos en jarras. Marie Jeanne le explicó a Louise:

—No se escandalice usted. Es la mesa de las comadronas. Arman siempre el mismo alboroto.

Louise miró: una media docena de señoritas de aspecto vulgar continuaban, desde la mesa cercana a la puerta, gritando y riendo hasta que las



mulatas se acercaron. Entre ellas destacaba una chica más joven, gorda y maciza, de músculos fuertes, que reía con la boca llena enseñando un diente de oro; Marie Jeanne siguió la mirada de Louise:

—Esa no es comadrona. Es profesora de gimnasia en la Normal. Pero se unió al grupo de las comadronas.

La habitación era amplia y formaba esquina: una ventana se abría sobre cada una de las fachadas. Estaba amueblada con dos camas, una mesa pequeña, una mesa escritorio de dos cuerpos, todo liso, de buena madera clara. Las paredes, pintadas de color crema, y el «parquet», muy brillante, contribuían al aire acogedor de la habitación.

Simone, recostada en su cama, se depilaba las cejas acercando el rostro a la luz de la lámpara de mesa. Descansó un momento, acomodó la pantalla y se dirigió a Louise:

—La casa es infecta; se come muy mal, y la directora no hace más que acorrallar a las chicas para que le cuenten sus historias de amor. Su hija recibe a los muchachos en su propia habitación. No tiene aún dieciocho años y la madre se desespera por casarla. La mitad de las chicas frecuentan habitaciones de muchachos. Eso a mí no me importa nada, pero le digo a usted lo que pasa.

Cambió de tono.
—Podemos tutearnos—dijo—, puesto que somos compañeras de cuarto.

Después reanudó la conversación:
—Y los muchachos aquí no valen nada. Absolutamente vulgares. Lo más que logran estas chicas el día que salen con ellos es hacerse pagar el café, cuando no les pagan ellas el cine. ¡Buenas estúpidas! Yo no salgo con ninguno. Total, entre ellos no se va a encontrar marido; están en minoría y se cotizan.

—Yo no vengo a encontrar marido—aseguró Louise.

—¿Cómo se te ocurre terminar tan tarde la carrera?

Louise estaba ante el espejo situado sobre el lavabo untándose la cara de «cold cream». Comprendió que su edad la distanciaba del tipo medio de chica estudiante.

—En París—dijo—no es raro ver a chicas de mi edad estudiando.

—Desde luego. Pero aquí en Burdeos es distinto; ésta es una ciudad muy especial. Mandan aquí a las chicas porque creen que no hay peligros como en París, y es lo mismo. De otra manera, pero es lo mismo...

—Es lo mismo en todas partes. Yo no he estudiado en París, sino en el Sur. No pensaba ya reanudar la carrera.

Simone había terminado con una de las cejas y empezaba con la otra. Estuvo un rato abstraída en su tarea. Después se levantó y fué hacia el lavabo. Comenzó a cepillarse el pelo mientras se contemplaba atentamente.

—Tengo el cutis muy estropeado—dijo—, pero es de la mala alimentación. Cada vez es peor. Cada ecónoma que entra quiere robar más que las anteriores.

—Yo encontré la cena pasable.
—Eso parece el primer día. Después nota una que se desnute. Cuando termine el curso me comprarán mis padres una farmacia en el pueblo; allí se vive bien. Puede ser que me case con el veterinario: es mi novio.

—¿Le ama usted? ¿Le gusta para casarse con él?

—¡Oh! Ni me gusta ni me disgusta. Tiene un porvenir y vive allí. Es una buena boda. Yo ya tengo veinticinco años y en el pueblo no voy a encontrar cosa mejor. Nos entenderemos.

Louise la miró y dijo:
—Yo también tengo novio—se le iluminó la mirada al añadir—, tal vez nos casemos si las cosas se arreglan. Comparemos una farmacia.

—¿Y él qué hace?
—El trabajará en la farmacia. Por eso quiero tener mi título—se dirigió hacia la ventana—. Creo que vendría abrir un poco. Hace demasiado calor aquí.

—Deja la persiana baja y no te asomes. Este barrio es infecto: alrededor de la casa hay siempre exhibicionistas.

Monsieur Ives estaba inclinado sobre una cabeza de madera. La luz fuerte de la lámpara flexible, proyectada sobre la mesa, dejaba en penumbra el resto de la habitación. Un conjunto de



figuras, de torsos y de miembros sueltos, estaban esparcidos sobre el suelo y las sillas. El hombre vestía una bata de trabajo, como las de los pintores, y tenía a su lado una colección de tubos y pinceles. Cuando acabó de raspar una mejilla levantó la vista y se dirigió a la muchacha que estaba sentada al otro lado de la mesa:

—Bien, ¿con que vienes ahora a Burdeos a terminar tu carrera? ¿Crees que podrás hacer algo en estos meses con el tiempo que hace que no estudias?

—Lo procuraré. Me interesa tener el título. Así podré comprar una farmacia.

—Cuesta mucho una farmacia...

—Pienso liquidar todo lo de allí del campo. El hombre preparaba la pasta en un cacharro y levantó la vista asombrado.

—Eso es un disparate.

—Posiblemente. Yo no lo creo un disparate.

—La tierra es la tierra y siempre tiene una cotización. Una casa siempre es una casa, aunque esté en el campo y no valga mucho.

—Pero yo no voy a seguir viviendo en el campo. Ese dinero me puede producir más trabajando en la ciudad.

La chica sacudió la cabeza en un gesto nervioso y contempló el trabajo del hombre, que parecía abstraído en preparar la otra mejilla de la cabeza de madera. Había comenzado a rasparla para hacer caer la pintura seca.

—Debe comprender, tío, que no es porvenir el encerrar el resto de mi vida en el campo. Pasaron los primeros años en que pude hacer algo. Lo siento. Pero todavía estoy a tiempo de tomar una determinación.

—En el campo se está bien.

—Es una vida dura. Los aldeanos son estúpidos. No hay con quién hablar... De tarde en tarde voy a Perpignan: un panorama todavía peor... Una farmacia puede ser un porvenir; el dinero está seguro y el trabajo diario da para vivir, y todavía puede aumentarse el capital...

El hombre continuó raspando con calma. Pasaron los minutos. Cuando terminó de raspar levantó la cabeza y la luz de la lámpara le dió de lleno en el rostro. Era un hombre viejo y menudo, con la vista cansada y la expresión astuta. Desvió la lámpara doblando el pie flexible y permaneció un rato en silencio. Por fin dijo:

—¿Quién te ha metido esas ideas en la cabeza?

—Es normal. Es una cosa razonable. A cualquiera se le puede ocurrir... Además pronto cumpliré treinta años, y es buena edad de que me case.

—¿Y para casarte tienes que vender las tierras?

—Con la farmacia viviremos los dos. El trabajo.



—¿Quién es él?
—André Brins... Ahora representa productos farmacéuticos. Si nos casáramos así tendríamos que estar separados: él viajando y yo en el campo...

—Ya...—después, cambiando de tono, dijo—: Vete a la cocina y prepara algo de comer. En la alacena hay queso y un poco de jamón; merienda remos.

La chica consultó su reloj:

—No vale la pena. Es tarde. Quiero regresar pronto y alcanzar el primer turno de la cena para poder estudiar algo antes de acostarme.

Se levantó y comenzó a recorrer la habitación.

—Parece imposible que se deterioren tanto los maniqués. Se diría que son eternos. ¿Sólo usted hace este trabajo en Burdeos?

—Supongo que habrá más gente que los haga; pero yo tengo buena clientela. Todas las tiendas del centro recurren a mí. Con dos o tres almacenes como «Aux dames de France» aseguro mis ingresos.

La habitación, de entarimado viejo y paredes desconchadas, presentaba un aire pobre y amable. Las sillas estaban cojas o tenían rotos los asientos. En un rincón, un sofá destripado sostenía sobre sus resortes, casi en el aire, una figura de caballero recién restaurada. El pelo y bigote habían sido pintados de nuevo, así como las cejas. Con los ojos muy abiertos, la cabeza tenía un aspecto estúpido en su intento fallido de belleza.

—Yo me pregunto—dijo la chica— por qué hacen maniqués tan feos. Siempre figuras ridículas.

—No resultan ridículas vestidas; lucen bien los trajes. Son maniqués antiguos, de los buenos, que duran muchos años. Ningún almacén se decide a tirarlos.

—Yo me pregunto aún—continuó la chica— por qué vive usted así, tío. Gana usted dinero...

—¿Por qué vivo cómo...?—al viejo paseó la mirada a su alrededor con aire inquisitivo—. No veo nada de malo; es mi taller de trabajo. ¿Cómo quieres que lo tenga? Vivo aquí: los alquileres están caros para buscar otra casa. Yo no necesito más. Desde que murió tu tía no tengo quién me atienda. Y estoy contento así por añadidura.

La chica se volvió a sentar. Con las dos manos en el regazo se inclinó hacia adelante y comenzó a hablar en voz baja.

—Siento que usted no lo apruebe, tío; para mí esta determinación significa el porvenir, y en el porvenir entra todo; quiero decir: la parte de seguridad material y también la espiritual. Amo a Paul. Quizá con demasiada ilusión, porque no tuve nunca la oportunidad de amar a nadie más; vivo desde hace años en el campo y no soy muy

agraciada; sería raro que un hombre viniese expuesto a fijarse en mí. Los bienes que heredé de mi madre podrían hacerme considerar como un buen partido para el hijo de cualquier pequeño propietario de los contornos; pero estos aldeanos me consideran un poco alta; he estudiado y he recibido más educación que ellos. Temen, con razón, que no les aceptase. Mi vida había quedado así casi aislada. Y yo casi me había resignado: en el pueblo era ya solterona. Entonces la casualidad me hizo conocer a Paul. Comprendo que me emocionó que se enamorase de mí, pero ¿hay algún daño en ello? ¿No es lógico que pretenda encontrar la felicidad a su lado? Ahora bien: él gana poco; no nos vamos a encerrar en el campo los dos, ni a vivir separados si continúa sus viajes. Así hemos pensado en poner una farmacia, me quedan sólo dos materias para obtener el título, podría ya tenerlo si no me hubiera retirado a cuidar a mi madre: ella siempre pensó en colocarme de una manera digna...

La muchacha se detuvo un momento. El viejo aprovechó la pausa para decir:

—Tu madre lo pensó en otros tiempos; ahora un trozo de tierra vale mucho y en cambio hay demasiadas farmacias en todos los pueblos.

—Pero la vida de uno también vale algo. Y puesto que es el único medio que tenemos de adquirir una situación: vender mis tierras...

—¿Por qué va él a adquirir una situación con tus tierras?

—¡El no tiene nada, tío! ¿Cómo le voy a exigir que haga imposibles? Yo puedo obtener el título y comprar una farmacia. ¿No es normal que lo haga? ¿Voy a renunciar a mi felicidad sólo por seguir aferrada a una vida que no me gusta? Dicen que la gente de ahora es materialista; pero ustedes también lo eran. No se puede amar a una persona con desconfianza y con recelos...

Louise tomó el Cours d'Albret sin esperar el tranvía. Cubierta con su impermeable y con la capucha inclinada sobre la frente echó a andar bajo la lluvia fuerte. Entre la acera y la calzada se formaban cursos de agua que salpicaban al ser rozados por las ruedas de los coches. En el círculo iluminado por los faros, la lluvia se distinguía tupida, en hilos gruesos. Hacía frío.

Louise caminaba aprisa, con la cabeza baja, repasando mentalmente los nombres de las calles transversales hasta llegar a rue Ligier. Había estado toda la tarde inclinada sobre los textos cuya asimilación se le hacía dura, tras casi diez años de descanso mental. Trataba de tener ánimo para emprender de nuevo el esfuerzo después de la ce-

na. Trataba de pensar en la farmacia futura y en la paz que su adquisición traería para André y para ella.

Rúe Ligier. Desde el comienzo de la callecita se distinguía la mole de la Casa. Louise entró en la anexa a mudarse y tomó su paraguas para atravesar hasta la de enfrente.

Todavía no había sonado la campana del primer turno y un grupo de pensionistas se entretenía en el salón. Ante una de las mesas de juego estaban dos chicas de aspecto distinguido. Preparaban una baraja. Otra chica muy joven y rubia, de nariz larga y pelo peinado en flequillo, entró en aquel momento. Sonrió sin detenerse y siguió hasta el comedor. Iba vestida con una falda ceñida y un «sweter» de buena calidad; llevaba al cuello un pañuelo de seda de varios colores. La chica estaba bien formada, pero su tipo era recio, de anatomía maciza, que hacía temer un gran desarrollo posterior. Antes de desaparecer volvió a sonreír, entornando los ojos.

—Es Marcelle —oyó Louise que le decía Simone, sentada a su lado—, la hija de la directora. No es mala chica, pero su madre la está volviendo idiota. Tiene un novio... ¡Oh, la, la...!

Louise se volvió y vio que se acercaba a ellas Denise, su vecina de habitación en la anexa: una muchacha guapa, vestida de un modo un poco ostentoso, y con el pelo recogido sobre la cabeza.

Louise, sentada en el brazo del sillón de Simone, escuchaba sin intervenir. Contemplaba a las dos chicas de la mesa de juego.

—Esas señoritas son Yvonne Deguelin, que, según dicen, es noble, aunque yo no lo creo, porque el «de» no quiere decir nada cuando va unido al apellido y Lette Meling, que es sueca. Sus padres están divorciados. Ella trabaja en el consulado de su país y hace Derecho. Es muy guapa. Yvonne no vale nada; lo único que tiene es presunción.

En aquel momento tocó la campana de la cena.

* * *

Quando salieron a la calle había dejado de llover y el cielo, entre las dos altas casas, aparecía despejado. Louise se detuvo un momento con la cabeza alta:

—No te detengas —le dijeron sus compañeras—. Es mala hora.

Pegados a las fachadas, en el ángulo de la anexa, dos bultos se movieron.

—Y por aquí no hay nunca Policía.

Atravesaron hasta la casa de enfrente: Denise, mientras pulsaba el timbre, dijo:

—Madame Vivier está en una de sus crisis. Hoy no ha habido médico. El pobre doctor estará harto de las enfermedades imaginarias de esta histérica. Ya verá el resultado del fracaso...

Abrió Paulina, la muchacha de servicio que hacía casi toda la labor de la anexa. Era una muchacha joven y bonita, de aspecto asustado. Con un gesto pretendió explicarles la situación. Apenas habían franqueado el pequeño vestíbulo y entrado en el hall, Simone preguntó en voz alta:

—¿Cómo sigue madame Vivier?

Una puerta se entreabrió y asomó la cabeza de una estudiante. Abrió más y divisaron el lecho donde, recimada sobre un almohadón bordado y cubiertos los hombros con un chal color de rosa, yacía madame Vivier. El pelo, teñido de rubio, estaba perfectamente recogido en bucles; llevaba un camisón blanco con grandes encajes que asomaban en las mangas y el cuello.

—¿Quién es? —preguntó con voz agria—. ¡Ah!, buenas noches, señoritas. Gracias. Estoy mal, con una de mis jaquecas y tan fatigada...

Un grupito de adúlteras hacía corro alrededor de la cama; una le sostenía la mano. Todas parecían querer sufrir con ella. Sonó el timbre y entraron las mulatas. Su habitación era contigua a la de madame Bennet. Entraron cantando y sin saludar. A los pocos minutos una música de jazz dejaba oír sus notas.

—¡Oh, ese gramófono...! —madame Vivier se llevó ambas manos a la cabeza—. ¡Oh...!

—¿Quiere usted que les advierta, madame?— preguntó una de las adúlteras.

—¿Para qué, hija mía? Contestarán como ayer: que tienen derecho a oír música hasta las diez... ¡Oh, qué seres...! ¡Oh, qué vulgaridad...!

—Buenas noches, madame, que se mejore, que duerma bien—dijo Denise.

—Buenas noches, madame, que se mejore, que duerma bien—repitió Simone.

—Buenas noches, madame...—comenzó a decir Louise.

Denise entró en el cuarto de Louise y de Simone. —¿Habéis visto? ¡Vieja ridícula!

Denise fué hacia el centro de la habitación y comenzó a imitar la voz y los ademanes de madame Vivier.

—Comprendan, queridas, cuál es mi tristeza; yo, viviendo en un castillo, con un marido maravilloso... ¡Oh, aquélla era amor...! Y pierdo todo: hasta mi hija... ¡Mi pobre hija!

—Le quedan dos hijos y no los va a ver nunca— interrumpió Simone.

—Las nueras no la aguantan.

Sonaron dos golpes en la puerta y entró una muchacha pecosa, de aspecto vivo, con un pañuelo sobre la boca y las narices simulando contener la risa.

—Hola, Genevieve.

—¡Oh!, la crisis de madame Vivier... Ha hecho que Paulina llame al médico, y se ha puesto a llorar. Allí quedan sus incondicionales, llorando también.

—Es infecto...—comentó Simone.

—Nos aborrece porque no le hacemos caso —continuó la recién llegada—. ¿Sabéis lo que ha dicho cuando subisteis vosotras? ¿No te enfadas, Denise?

—No, ciertamente...

—Ha dicho que no tienes aire de jovencita, que pareces una «cocotte» de lujo...

Denise comenzó a reír con grandes carcajadas. Fué hacia el espejo y se miró complacida.

—Menos mal que ha dicho de lujo. Podría haber dicho barata...

Louise se puso las zapatillas y empezó a preparar sus libros. Miró el reloj; eran las nueve, lo cual le daba un margen de dos horas de estudio. Simone fumaba recostada en la cama y Denise se disponía también a encender un cigarrillo. Louise preparó la luz y se volvió hacia las dos chicas.

* * *

El guía repetía monótonamente su recitación. Era domingo y la torre de Saint Michel atraía grupos de curiosos y descuidados hacia los despojos de su subterráneo.

—He aquí, señoras y señores —decía el guía— los restos de un joven que seguramente ha sido enterrado vivo en una de las grandes epidemias de la época: vean su postura en ademán de arañar la caja... Aquí, señoras y señores, el cadáver de una anciana...

El letrero, en la puerta de descenso, indicaba la procedencia de los cadáveres hallados en estado de conservación en el terreno calcáreo de un cementerio. Horribles cadáveres sobre los cuales parecía pesar la maldición de no sentir sobre sus pieles secas, sobre sus miembros retorcidos, el peso purificador de la tierra. Los pobres muertos parecían reclamar el derecho a ser enterrados; a que sus tristes despojos no sirvieran más tiempo de fuente de ingresos a nadie, de cebo a la curiosidad de nadie.

De escalera a escalera se atravesaba el pasillo con su guardia de muertos colocados en doble fila, derechos, desnudos, no podría decirse si espantosos o ridículos.

Louise ascendió por fin para salir al sol de la tarde, el tibio sol de finales de abril que, a veces, se abría paso entre las nubes, tímidamente, para dejarse ver durante un par de horas. Después continuaba la lluvia que cae sobre Burdeos muchos meses seguidos. Louise pensó en la vida, tras la visión de los pobres muertos de allá abajo. Era bueno vivir después de todo. No se podía sacrificar la vida a la tierra, ni la vida al interés, ni la vida a nada, si lo que nos reclama es, esencialmente, eso, lo que cada cual entiende por la vida.

Louise entró en un café próximo a la torre. Mientras le servían sacó de su bolso una carta y la leyó. Era la última carta de André: hablaba de los gratos momentos que los dos habían pasado en su reciente visita, en las fiestas de Pascuas, y prometía una próxima y definitiva para finales de mayo. Para entonces la búsqueda de farmacia estaría terminada. «Busco activamente —escribía— una inversión que convenga a tu dinero, de acuerdo con el fin que ambos deseamos. He visto algo en Carcassonne, que tal vez convenga, pero necesito tiempo para hacer que sean ventajosas las condiciones. No escatimaré esfuerzo en lograrlo.» Le hablaba después del porvenir de ambos y le reiteraba su sólido afecto.

Louise leyó la carta varias veces y la guardó en su bolso cuidadosamente. Se quedó largo rato sen-

tada, escuchando el programa de una emisora local. Salió a la calle con aire de primavera en ella misma y se dirigió a casa de su tío Ives.

El viejo solía entretener las tardes de los domingos pasando un rato en el bar, en una partida o una conversación con los contentulios. Después regresaba a su taller y ordenaba los maniqués, preparaba las facturas y revisaba sus fondos.

—¿Y bien...?—preguntó al ver entrar a Louise.

—Todo va bien —le contestó la chica—. Vengo de Saint Michel: horrible espectáculo; pero afirmo las ganas de vivir. En cuanto a mí, espero salir con bien de los exámenes; André trabaja y tiene ya en perspectiva una farmacia en Carcassonne. Vendrá a fines de mayo con todo arreglado. Volvemos a hacer el negocio y nos casaremos.

—El viejo, que se movía en el centro de la habitación, colocando unos papeles sobre la mesa, se volvió hacia ella:

—Tendrás que ir tú antes a realizar la venta pensada.

—Mi primo François compra todo. Ya hemos quedado en ello: cuando yo le avise, si en esos momentos no me es posible ir al pueblo, vendrá a traer el dinero; se llevará un poder o un recibo; después iré yo a legalizar la venta.

El viejo suspiró para expresar su escepticismo. Eran demasiadas facilidades las que daba un avaro como François para no verse obligado a creer que las ventajas le compensaban con creces.

—Si comprá tu primo François —dijo por fin— puedo asegurarte una cosa: no serás tú la que hagas buen negocio.

Después de un rato de silencio súbitamente preguntó.

—¿Qué harás con el dinero cuando te lo traiga?

La pregunta sorprendió un poco a Louise.

—¿Eh? —contestó—. Pues dárselo a André. ¿No me ha entendido, tío? Si ha llegado el momento de decidirse por la farmacia y en aquel momento me encuentro aquí ocupada por los exámenes e imposibilitada de ir al pueblo, François vendrá a traerme el dinero: él mismo lo ha ofrecido. El dinero es para que André lo emplee en seguida.

—¿Y cómo se lo darás: así, sin ninguna formalidad?

Esta vez la muchacha le miró con asombro y tardó un rato antes de responder:

—¿Me voy a casar con él y le voy a pedir un recibo? ¿Le pediré un recibo de mí misma cuando me haga su mujer...? No le entiendo, tío...

* * *

Finalizaba mayo, que trajo sobre la ciudad hundiéndose en agua su carga de sol y de luz. Apenas la leve niebla del Garona empañaba el aire de la mañana. Florecían los jardines, los prados y los setos. Una nueva alegría parecía vivir en las calles, hasta en las estrechas y sórdidas, de los barrios de vinateros y toneleros; en las calles anchas y en las bellas avenidas que cruzaban y rodeaban la ciudad; en las terrazas de grandes toldos serios y en las de pequeños toldos chillones de los amables y modestos bistros. Hasta en las chicas estudiantas de la «Maison», desentendidas de pronto, en el justo momento crítico, de la preocupación de los exámenes, entreviendo, anticipadamente, el mar o el campo o el empedrado de algún pueblo, sede de la casa familiar. El esfuerzo del curso perdía su sentido ante aquella explosión de primavera. La prueba final se olvidaba antes de superarla.

Louise permanecía en su cuarto. Envuelta en una bata de seda y sentada en el borde de la cama sujetaba sobre sus rodillas con ambas manos un bulto cubierto por un pañuelo cuidadosamente arrollado. Estaba pensando qué haría con el dinero. El dinero estaba allí, en sus manos, y no se atrevía a soltarlo ni a llevarlo con ella.

Su primo François había llegado, de acuerdo con los planes trazados anteriormente. «A finales de mayo —le había escrito Louise— la venta debe estar hecha, pero tal vez yo no pueda ir al pueblo hasta más adelante.» Y François llegó a asegurar su negocio, propicio a todo, el dinero cosido a los forros de su chaqueta de pana, como buen aldeano que era.

Y Louise pensó que ella también era una aldeana. Llevaba, desde el día anterior, el dinero enclavado, metido entre la faja y asegurado al tejido con un imperdible preso al pañuelo que lo envolvía. Ahora había querido contarle de nuevo después de pasar la llave a la puerta.

André no había escrito desde hacía dos sema-



nas, pero ella se atenía a sus últimas cartas y de acuerdo con ellas debería esperar a fin de mayo. Entonces terminaría su jira e iría a liquidar sus comisiones. Podría trasladarse con libertad a Bordeaux y dirigirse después a Carcassonne a realizar la compra. Todos los detalles habían sido tratados.

Louise volvió a envolver el dinero y decidió que lo prendería de nuevo, esta vez con puntadas, al reverso de su faja. Era algo incómodo, pero más



seguro que cualquier otra cosa. Comenzó a pensar que todo estaba bien. Había pasado sus exámenes discretamente; esperaba ser aprobada y obtener su título. Había vendido sus tierras: allí estaba, ante ella, el dinero que significaba una liberación a su vida de aldeana, que le permitiría emprender una vida feliz. Ahora llegaría André. Seguramente había sido capaz de obtener buenas ventas en el precio y sobraría bastante dinero; dinero suficiente para comprar el traje de novia, para la

habitación matrimonial y para pagar un desayuno a los invitados el día de la boda. Comenzó a pensar quiénes serían, forzosamente, los invitados. Comenzó a pensar si el breve espacio de tiempo entre la ida de André a Carcassonne y su vuelta le permitiría tener preparado el traje de novia. Siguió pensando si su tipo, un poco grueso y macizo de aldeana, quedaría bien con un traje de raso o sería preferible uno de lamé. O que tal vez mejor fuera llevar sólo el velo blanco y el ramo... Por fin se encogió de hombros y acordó consultar la opinión de André. Reconoció que ella, casi diez años encerrada en el campo, no podía fiarse de su propio gusto.

Eran las cinco cuando llegó el cartero. Pauline le subió una carta. En su comienzo no la entendía hasta que llegó el segundo párrafo: «... en vista de lo cual, mi querida Louise, es mejor dejarlo. No quiere esto decir que no te estime mucho, pero no estoy muy seguro de que nuestra boda sea un acierto. Es mucha responsabilidad para mí el haberte inducido a vender tus bienes y a última hora conviene pensar las cosas. Tú sabes que mi tía abuela Marguerite siempre había deseado que yo me casase con mi prima Josette, que entra ahora en sus veintidós años...».

«Mi tía abuela, que aún conserva bienes, que no sabemos a quién legará...», repitió mentalmente Louise, recordando una de sus últimas conversaciones con André. Después plegó la carta con sumo cuidado y permaneció en la misma postura, asombrada. Sobre su falda sostenía la carta y el rollo de billetes.

* * *

—Todo ha terminado, tío —le explicó a monsieur Ives, plantada ante él, sin expresión ni en su rostro ni en su voz—. Todo se ha desecho —repitió, recalcando las palabras—. No habrá boda.

El viejo, tras abrirle la puerta, había ido a sentarse ante la mesa del taller y reanudaba la reparación de una figura, enlazando la tira elástica para sujetar los brazos sueltos. Al oír a la chica alzó la cabeza, soltó la figura y se incorporó en la silla.

—¿Y el dinero?—preguntó con emoción.

Louise se sentó enfrente del viejo, dejó el bolso que tenía asido con ambas manos, lo abrió y colocó el voluminoso rollo de billetes sobre la mesa ante su tío. El pañuelo que envolvía los billetes se soltó y el dinero quedó a la vista.

—Aquí tiene usted: guárdemelo o disponga lo que quiera.

Tras una pausa añadió.

—Veo hundirse todo ante mí; pierdo mi única ilusión. Me encuentro anonadada y sola. Y usted me pregunta por el dinero...

* * *

Louise tomó el Cours d'Albret, dorado a la luz de la tarde. Caminaba sin comprender lo que hacía. Todo, alrededor, había perdido su sentido. Cerca de la terraza de un bar, rodeada de verja de madera blanca con enredaderas, divisó el bulto sólido y voluminoso de una persona vestida de negro: era madame Bennet, que refrescaba en unión de la económica. Louise dio vuelta por la rue Mouneyra para no encontrarla y bordeó la fachada de la anexa hasta llegar a la puerta.

Simone estaba arreglándose para salir. Se colocaba con mucho cuidado una media cuando entró Louise.

—¿Qué te pasa? —preguntó al mirarla—. Parece que algo no va bien, a juzgar por tu aspecto. ¿Te han suspendido?

Louise se dejó caer en el sillón ante la mesa escritorio y estuvo un rato sin contestar. Después, sencillamente, explicó:

—Mi boda, ¿sabes?, se ha desecho. El me ha dejado...

Se levantó y fué a la ventana, situada enfrente de la fachada de la casa grande. En todos sus pisos las chicas se asomaban, llamándose de una ventana a otra. Reían en voz alta. Louise las contempló como una cosa ya lejana, desligada de su vida.

Simone había terminado de ponerse las medias y los zapatos y se dirigió hacia Louise. De pie, tras ella, le colocó la mano en el hombro.

—Lo siento mucho, querida —dijo, y se detuvo un momento antes de añadir—. No te ofendas, pero, ¿conservas el dinero todavía?

LA BATALLA DE LA VIVIENDA



**LA ORGANIZACION SINDICAL
CONSTRUIRA 27.600 CASAS
EN UN AÑO**

De nuestro enviado especial
DIEGO JALON

EL titular, en grandes letras negras, gritaba: «La Organización Sindical construirá 20.000 viviendas al año.» Tres obreros, tres peones albañiles, a juzgar por su aspecto, iban leyendo la noticia en el Metro, a la salida del trabajo, con las cabezas inclinadas sobre el mismo periódico. Al fin de la lectura doblaron el periódico, y sin ocuparse ni poco ni mucho de las otras páginas, que no era momento para hablar de fútbol o de política internacional, se pusieron a comentar el asunto. Dos de ellos, con entusiasmo:

—Chico, esto sí que es una bomba. La «bomba V», «V» de viviendas.

—Oye, pues a una media de 20.000 por año, en cuatro o cinco puede cambiar mucho el panorama.

—Y tanto. Nos vemos, al fin, en casa propia.

Pero como siempre hay incrédulos, siempre hay hombres apegados al «sí no lo veo no lo creo», uno de ellos, el tercero, que después de leída la noticia quedó unos minutos en silencio, añadió a su vez:

—Falta que sea verdad, que hacer 20.000 viviendas en un año no es nada fácil.

Sobre este punto, sobre si la Organización Sindical construirá o no tantas viviendas en tal pla-

zo, se entabló una discusión que, con distintos personajes y el mismo argumento, ha traído revuelta estos días a mucha gente en muchos lugares de España.

Para todos los que se interesan por este problema verdaderamente vital, y en especial para los que desconfían, quizá porque no conocen bien el mecanismo del gigantesco plan de construcción ni a los hombres que lo dirigen, vamos a relatar en qué consiste, cómo funciona y quiénes son y qué dicen los encargados de llevarlo a feliz término.

Prepárate, lector amigo, que tenemos que governarnos mucho, que empezaremos la danza en Ma-

drid y terminaremos en La Coruña.

VEINTISIETE MIL SEISCIENTAS VIVIENDAS EN UN AÑO, POR 1.379.646.720 PESETAS

Ante todo hay que hincarle el diente a las cifras, aunque esta vez, para consuelo de los que rehuyen los números, tienen realmente su poesía.

El Plan Sindical de la Vivienda nace de un decreto-ley de 29 de mayo de este año por el que se encomienda a la Obra Sindical del Hogar, en colaboración con el Instituto Nacional de la Vivienda la construcción de 20.000 viviendas anuales destinadas a productores encuadrados en los Sindicatos. Esta cifra no marca un tope o, al menos, no



Dibujantes proyectistas trabajan en la «Operación Vivienda Sindical»

marca un tope máximo. Se establece «cómo mínimo». Por ello el proyecto de construcción para este primer año lo rebasa y abarca 7.600 viviendas más, arrojando un total de 27.600.

Todas ellas empezarán a edificarse antes del 30 de septiembre y deberán hallarse terminadas dentro de los doce meses siguientes. Consumirán 8.280 toneladas de hierro, 138.000 de cemento y 44.160 kilos de cobre. Y quede bien claro, para los aficionados a calcular, que en la cifra del hierro no van incluidos ni cocinas, ni elementos de saneamiento, ni herrajes de seguridad, clavos, tornillería, etc. Que se refiere exclusivamente al hierro necesario para sostener las estructuras de las casas, los esquletos.

Lanzar esta primera oleada de viviendas, empezar a salpicar todo el suelo de España de casas nuevas—¡qué distinto de aquello de Casas Viejas!—, cuesta 1.379 millones 646.720 pesetas. Mucho dinero, pero bien invertido.

Resulta, pues, que, según el decreto-ley de 29 de mayo, con proyectar la construcción de 20.000 viviendas quedaba cumplida la encomienda hecha por la Jefatura del Estado a la Obra Sindical del Hogar. Y resulta también, y es profundamente significativo, que ésta ha rebasado la cifra en más de siete millares. Tomen nota los que dudan.

LUCES EN LA PLANTA SEPTIMA DE LA NUEVA CASA SINDICAL

Para conocer estas cifras con exactitud ha sido preciso, naturalmente, edificar en teoría, sobre el papel, todas las viviendas de esta primera fase, de esta primera anualidad. Y para ello han tenido que ocurrir muchas cosas. Entre ellas, la inauguración subrepticia de la planta séptima de un enorme edificio madrileño, todavía en construcción: del hermoso bloque que se alza frente al Museo del Prado, en Madrid, destinado a ser la Casa central del sindicalismo español. Porque allí, en la séptima planta, ha instalado sus reales el equipo de arquitectos, delineantes, funcionarios administrativos y mecanógrafas que, bajo los órdenes directos de Enrique Salgado, Subjefe de la Obra Sindical del Hogar, se ha encargado de planear las 27.600 viviendas.

Se sube—aún no funciona ningún ascensor— a pie por escaleras sin barandilla, que todavía no tienen recubiertos los peldaños. Unos letreros, con su flecha correspondiente, guían hasta una puerta de madera. Tras ella, en una gran oficina provisional, con

el suelo de cemento, las paredes blanqueadas, los marcos metálicos de las ventanas recubiertos de minio y el techo rayado por los tubos violáceos del alumbrado fluorescente, se trabaja de espaldas al reloj, sin límite de jornada. Los arquitectos y los delineantes, se inclinan sobre los planos.

Enrique Salgado—ojos negros muy vivos, nariz afilada, dulce acento gallego y cara y aire de sabio especializado en física nuclear, a juzgar por las fotografías que publican de ellos las revistas norteamericanas— describe a grandes rasgos algunos detalles del plan, los que se refieren a las categorías de las construcciones:

—Se van a construir dos tipos de viviendas: uno de «renta reducida», otro de «renta mínima». Las primeras, que suponen el 10 por 100 de la cifra total, son los mayores: vestíbulo, estancia-comedor, cocina, cuarto de baño y cinco, cuatro, tres o dos dormitorios, según su clase. Las segundas, que serán el 90 por 100 de las edificadas, son algo más reducidas: vestíbulo, cocina-comedor, cuarto de aseo y cuarto, tres, dos o un dormitorio. Ninguno de ambos tipos, naturalmente, se ha proyectado en plan de vivienda de lujo. Pero los dos corresponden a casas suficientes, sólidas, bien construidas e higiénicas.

Se interrumpe para firmar unos escritos. Hace una seña, para que se acerque, a un arquitecto que trabaja en una mesa próxima:

—José María, explica tú algo de los materiales que se van a emplear, de las características comunes de los dos tipos.

Y José María Argote, un arquitecto de pelo rubio y mirada pensativa, toma la palabra:

—Todos los proyectos están hechos a base de cimientos de hormigón, en masa o armado, forjado de suelo y cubierta de hormigón, muros de fábrica de ladrillo y cámara de aire, huecos exteriores de pino del país de la mejor calidad. Entre los cimientos y los muros va una lámina impermeabilizante y el piso de la planta baja está también protegido para que no le ataque la humedad.

A los arquitectos, aparte desde luego la mejor calidad de la obra, les preocupan las filtraciones de humedad por otra cosa: porque si las hay, les echan luego la culpa de todas las enfermedades que afligen a los ocupantes de la casa.

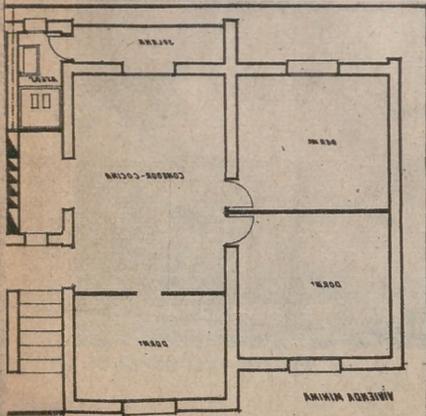
Como Salgado anda lejos, le han llamado a un rincón para que resuelva no sé que «pega», aprovecho la oportunidad para hacer una pregunta al amable arquitecto, sin que nadie me fumble con una severa mirada.

Argote responde:

—Claro que es posible hacer las 27.600 viviendas en un año. Hace falta, desde luego, que no fallen los suministros de materiales, y que las Empresas constructoras a las que se adjudiquen los trabajos sean solventes y acometan las obras con ganas.

Desde este punto no cabe albergar ningún temor fundado.

Plano de la vivienda de renta mínima



En principio, el decreto-ley fija ya unos cupos anuales de primeras materias que cubren casi totalmente las necesidades del plan. Estos cupos, además, se entregarán con carácter «de absoluta necesidad nacional» y se incrementarán proporcionalmente al exceso de viviendas sobre la cifra de las 20.000. Por lo que se refiere a las empresas, aunque todavía no se hayan celebrado las subastas, las garantías exigidas en los pliegos de condiciones son suficientes.

En unos cajoncitos planos, casi reducidos a bandejas de madera, unos taruguitos blancos, colocados sobre una capa de serrín anticipan, en maquetas, la distribución de los bloques de viviendas.

La gente que, ya anochecido, pasa cerca de la nueva Casa Sindical, lanza una mirada curiosa a las ventanas iluminadas de la planta séptima. ¿Cuántos de ellos sabrán que allá arriba unos nombres de buena voluntad trabajan, incluso de noche, para que miles de familias tengan el próximo año una vivienda digna?

HACIA LAS CIEN MIL AL AÑO. — CON PUNTUALIDAD MILITAR

Tras de la nueva, de la futura Casa Sindical, al inmueble donde radican las oficinas de la Delegación Nacional de Sindicatos no supone mucho camino. Es solo subir del paseo del Prado a la calle de Alfonso XII, al número 34. Se puede hacer por la calle de Felipe IV, si se tiene prisa o andan flojas las piernas, o a través de los jardinillos del Museo, enfilando las escalerillas que terminan al pie de la escalinata de los Jorónimos.

En el piso quinto del número 34 de Alfonso XII, a mano izquierda, tiene su despacho otro de los «hombres clave» del plan de viviendas: Antonio Aparisi, Vicesecretario Nacional de Obras Sindicales, que, por lo tanto, extiende su competencia a la Obra del Hogar.

Aparisi, alto, de facciones finas y manos delgadas, de apariencia sensitiva, ha cristalizado en una «trayente» personalidad: la de esos hombres—«rara avis»— que saben combinar en dosis iguales la bondad y la eficiencia, y a los que nunca les empuja la inteligencia por el camino de la destemplanza, del mal humor o el sarcasmo. Habla con un perceptible dejo valenciano, rematando en «t» las palabras terminadas en «d».

—El programa sindical de construcción de viviendas constituye el ensayo más ambicioso de cuantos se han realizado hasta la fecha. Hemos estudiado a fondo el problema del déficit de viviendas. Supone, aproximadamente, un millón. Nuestro propósito es, tras este primer ensayo, realizar programas anuales no inferiores a las cien mil viviendas. Si otros organismos actúan al mismo ritmo—y la nueva ley de Viviendas de Renta Limitada da amplias facilidades para ello—, en pocos años no sólo se cubriría el déficit sino que podríamos empezar a sustituir tantas y tantas viviendas españolas que apenas merecen este nombre.

Una llamada de teléfono coincide con el final del párrafo. ¿Qué

diría ahora, si hubiera oído esto, el obrero al que le parecía difícil la edificación de 20.000 viviendas? Pero hay más.

—A las 27.600—sigue Aparisi—hay que sumar, por otro lado, 5.000 viviendas de las llamadas de «interés social», que construiremos también en este año, y que no cuentan dentro del plan. Con ellas, añadidas a las otras, nos ponemos en las 32.600 viviendas.

Las distintas etapas de desarrollo del plan sindical, al que, siguiendo la inevitable terminología guerrera de nuestro tiempo, se ha llamado «operación viviendas», se han cumplido con puntualidad militar y se han corrido «contra reloj». Es interesante repasarlas, porque descubren el alto canon de ecuanimidad a que se ajusta todo el plan.

Si resumimos, para ganar tiempo, la detallada explicación del Vicesecretario Nacional de Obras Sindicales, el resultado escueto es éste:

1.º En los días primeros del mes de junio, recién publicado el decreto-ley, se procedió, a la vista de los datos facilitados por la Fiscalía de la Vivienda, a una distribución teórica de las viviendas a construir, proporcional al déficit de cada provincia.

2.º A mediados de junio se celebró en Madrid una reunión a la que acudieron los Delegados Provinciales de Sindicatos, acompañados por los arquitectos correspondientes. Traían ya, de las provincias, resuelta, o al menos «enfocada», una cuestión básica: la de los terrenos sobre los que van a levantarse los grupos de viviendas. Terrenos propiedad de la Organización Sindical o cedidos por los Ayuntamientos.

3.º Por la urgencia del tiempo y, a la vista del volumen de terrenos, perfectamente titulados, o sea inscritos o susceptibles de inmediata inscripción, en el Registro de la Propiedad, libres de cargas, se conjugaron dos criterios, el primitivo de los coeficientes deficitarios y el de los terrenos disponibles, para verificar un reajuste de la primera distribución. Con ello, las provincias que anduvieron más listas en la cuestión de los terrenos—y es justo que fuera así—, saltaron en algunos casos sobre otras que, por su déficit, les hubieran precedido en la distribución de los grupos en los beneficios del plan. (¡A espabilarse para el año próximo!)

4.º En poco más de un mes los arquitectos enviaron los proyectos.

5.º Del 20 de julio al 20 de agosto se «visaron» todos ellos en sus tres aspectos: técnico, económico y jurídico o de titulación.

6.º En diez días, el Instituto Nacional de la Vivienda revisó y dió su conformidad a todos los proyectos.

7.º Del 1 al 8 de septiembre se han publicado todos los anuncios de subasta de las obras en el «Boletín Oficial del Estado». (Por eso venían tan «gordos» en esa semana.)

8.º El 30 de septiembre estarán adjudicadas todas las subastas, las de los 275 grupos de viviendas, y a partir del 1 de octubre empezarán las obras.

LOS QUE PAGAN Y LOS QUE RECIBEN

La Junta Económico-Adminis-



El Delegado Nacional de Sindicatos enseña a nuestro compañero Jalon el manejo de una caña de pescar

trativa Central (J. E. A. C.), superior organismo de la administración de los fondos sindicales, está reunida en la mañana del día 27 de agosto. Reunida en un salón alargado, cuyas paredes están recubiertas de estanterías llenas de libros, bajo la presidencia del Secretario Nacional de Sindicatos, Miguel Vizcaino, otro de los hombres hacedores del plan.

Miguel Vizcaino, estatura media, ojos y pelo y bigote, recortado, negros, piel pálida, es, como Almería, su tierra natal, un hombre de contrastes. Inflexible a la hora de trabajar, para él mismo y para los demás—y aquí lo que tiene de tierra dura su provincia— y con una vena caudalosa de humanidad cálida que se adivina tras sus frecuentes sonrisas, y aquí lo que tiene de oculto vergel, de «oasis». Almería.

En esta reunión, la J. E. A. C. autoriza las subastas de los 275 grupos por el importe de los 1.379 y pico, pico largo, de cigüeña, millones de pesetas.

Vizcaino informa con brevedad y recalca algunos puntos decisivos.

—El total de los 1.379.648.723 pesetas se descompone en la siguiente forma: el Instituto Nacional de la Vivienda destinará de su presupuesto anual la cifra de pesetas 775.060.992 para hacer frente al pago de las certificaciones contra las primas a Fondo Perdido—inversión irrecuperable— y a los anticipos sin interés. El resto, por los conceptos de aportaciones individuales y prestaciones personales de los beneficiarios los anticipa la Organización Sindical y los reintegrarán a ella los beneficiarios mediante los préstamos que con cargo a «Crédito laboral» les conceden los Montepíos. Y los Montepíos también cubrirán la emisión de cédulas, que por valor de unos 400 millones necesita hacer el Instituto Nacional de la Vivienda para llegar al tope de su aportación.

La J. E. A. C. aprueba unánime. En los rostros de los vocales que representan en ella a los obreros brilla la más perfecta satisfacción. Al final, Vizcaino advierte a todos:

—En nombre de Delegado Nacional de Sindicatos quiero advertir a todos que al empezar, después de las oportunas adjudicaciones, las obras, no ha terminado nuestra responsabilidad; que todos debemos seguir vigilantes con los ojos clavados en el desarrollo del plan; que cualquier deficiencia observada, por ejemplo, en un viaje a una provincia, debe ser puesta inmediatamente en conocimiento del Mando.

Le abordo a la salida y él me amplía unos detalles:

—Como los beneficiarios de las viviendas son, en general, todos los obreros encuadrados en la organización, se trata de distribuir 27.600 viviendas entre unos ocho millones de trabajadores. Para operar con justicia hemos adoptado el siguiente criterio: establecer una escala que ordene los Sindicatos por el volumen de sus afiliados—a más afiliados más viviendas a la hora de dividir—, y luego, que las Juntas Sindicales, formadas con intervención de los propios obreros, adjudiquen las casas, con arreglo al reglamento que ellos convengan, a sus propios compañeros. Supongo que preferirán a los que tengan más hijos, a los que vivan en peores condiciones, a



José Solís, Delegado Nacional de Sindicatos

los que perciban menor salario...

Se aleja hacia su despacho. Las viviendas, pues, las distribuirán los mismos obreros. Sus rentas oscilarán, en los primeros períodos mensuales, en las viviendas de «renta reducida», entre las 385 y 316 pesetas; en las de «renta mínima», entre las 94 y las 79. En los segundos períodos, y siguiendo la misma distribución, de 324 a 266, y de 144 a 120 pesetas, respectivamente.

A LA CORUNA.—VIAJANDO SE APRENDE

Rodamos camino de La Coruña. Porque el Delegado Nacional de Sindicatos, José Solís, veranea y trabaja estos días en las proximidades de la bella capital gallega. Concretamente, junto al puerto de Santa Cruz, Ayuntamiento de Oleiros.

Viajando, según dicen, se aprende. Y en este viaje vamos a enterarnos, por boca de Aparisi y de Salgado, que nos hacen un hueco en su coche, de algunos aspectos curiosos del plan de viviendas. Para empezar, de éste que refiere Salgado y se relaciona también con un viaje:

—Hace unos meses nos desplazamos al extranjero, a Bélgica, Italia y Alemania, en una Comisión de la que formaban parte algunos arquitectos de la Obra del Hogar, para estudiar sobre el terreno lo que se hace en esos países en materia de construcción de viviendas. Esta experiencia fué muy provechosa para todos y ha beneficiado extraordinariamente nuestro trabajo.

El coche avanza por tierras castellanas. En las eras reduce el oro pálido de la paja, rebrilla el oro viejo del trigo. ¡Qué gran cosecha de cereales! A la hora que se anuncia esta otra gran cosecha de hogares parece un pre-nuncio simbólico. Es domingo. En las plazas de los pueblos charlan las familias a la salida de la misa mayor. Los niños miran a nuestro coche. Y quizá por asociación de ideas, comenta Aparisi:

—Hemos previsto—y se reflejará en el Reglamento de utilización y conservación de las viviendas—que si un matrimonio que ocupe inicialmente una vivienda de dos dormitorios, llegara a necesitar, por nacimiento de hijos, una vivienda mayor, tenga derecho de prioridad para ocuparla, reconociéndole los desembolsos ya efectuados a efectos de amortización.

De esta forma queda dotado todo el sistema de una flexibilidad suficiente para adaptar dentro de su marco todas las situaciones familiares. Los beneficiarios podrán ascender sin salir de su ámbito, como las naves en una serie de esclusas de nivel creciente.

Trecho a trecho surgen en las cunetas los letreros de las zonas acotadas para la repoblación forestal. Turna Salcedo:

—En todos los grupos de viviendas—y tenía mucho interés en ello Solís—se establecerán extensas «zonas verdes». Las casas necesitan también sus «pulmones», sus huecos abiertos al aire y al sol.

Las curvas del interminable puerto de Piedraíta traen de cabeza a Joaquín, el diestro chófer.

Salgado vuelve atomar la palabra:

—Una de las repercusiones más interesantes de la construcción masiva es que ofrece a la industria del ramo una coyuntura favorable para ensayar nuevos métodos de fabricación de materiales. La necesidad de servir a una demanda mantenida y creciente empuja al planeamiento de series industriales más rápidas.

La llegada a las tierras gallegas nos coloca frente a otro paisaje. Y frente a casas de distinta estructura, de distinta forma que las castellanas. Aparisi recuerda:

—Al principio pensamos que todas las viviendas del plan debían ajustarse al mismo patrón arquitectónico. Los arquitectos nos advirtieron el error. El clima regional, aparte otras razones de gusto y de tradición, condiciona la arquitectura. No es lo mismo edificar para una región seca que para una lluviosa...

Así se respetarán las características de los estilos regionales. El acierto, desde cualquier punto de vista y, sobre todo, desde el estético, es indudable.

Llegamos a La Coruña, ya de noche, al filo de la noche. El balcón de la habitación se abre sobre uno de los muelles del puerto.

Mañana nos recibe el Delegado Nacional de Sindicatos, cabeza del organismo ejecutivo del plan de viviendas de la Organización Sindical.

EN CASA Y EN ZAPATILLAS

La sala es amplia y recibe la luz del día por tres ventanas, por las que penetra un aire aromado de pinar. Hay en ella pocos muebles, los justos y apenas uno más, y son sólidos y sencillos, de esa madera clara, predilecta del estilo colonial, que se conjuga perfectamente con las cretonas floreadas y que da a las habitaciones una doble nota de alegría y limpieza. Un detalle más: un extremo de la sala, en el que sobresale el relieve simple de una chimenea, aparece invadido por una verdadera concentración de útiles de pesca.

No es, ciertamente, mal principio para adentrarse en el conocimiento de un hombre, sorprenderle en pleno trabajo, observarle cuando dedicado a su tarea se olvida de sí mismo y de aquellos gestos con que la etiqueta social adultera, en mayor o menor medida, la espontaneidad. El momento no puede ser, desde este punto de vista, mejor. José Solís está trabajando, sentado con Antonio Aparisi y Enrique Salgado, fuera del clima, si mpre algo protocolario y formalista, de un despacho oficial. Está trabajando en su casa, y en zapatillas. No en sentido metafórico, sino realmente, con unas zapatillas deportivas de lona negra, unos pantalones «mil rayas», una camiseta gris de cuello abierto y una «pescadora», también abierta y gris.

Su cuerpo macizo, de hombre maduro y bien desarrollado, se remata con una cabeza rotunda que desde la primera ojeada sugiere la idea de la «acción». La frente, amplia, prolongada por una calva central, descubre la bóveda románica del cráneo, que

encuentra en la curva firme de la barbilla su réplica, su contrapunto. Hasta aquí, en estas dos líneas clave que revelan, según la acertada creencia general, la inteligencia y la voluntad, la naturaleza ha dibujado con rasgos amplios. Por la frente, podría ser un intelectual; por la mandíbula, un luchador.

En el resto de las facciones las líneas son más breves. La nariz es corta y recta, pero no chata. La boca pequeña, con labios levemente apuntados que se pliegan formando una horizontal casi perfecta. Y, por último, en los ojos, negros, como las cejas y el pelo que empieza a encanecer por las sienes, brilla una mirada medio audaz, medio pensativa.

Su rostro, tostado por el sol y el aire del campo y del mar, es, sin duda alguna, el rostro de un hombre de acción, de un hombre que prefiere la dinámica del «hacer» a la estática del «decir», que medita lo necesario y lo suficiente antes de actuar, pero que una vez decidido al viaje no perdería el tren por quedar. se divagando sobre el horario de los ferrocarriles.

Sus gestos y sus palabras, mientras despacha con sus colaboradores en esta mañana veraniega, no desmienten esta impresión visual. Reacciona con rapidez ante cualquier sugerencia. Hace preguntas rápidas y exactas, que me traen a la imaginación los movimientos certeros de un jugador de tenis o un pelotari. (Luego resultará que le gustan y practica ambos deportes). Cuando un informe se prolonga sin necesidad, baila impaciente su pie derecho bajo la mesa.

Suele decir con frecuencia a cuento de lo que sea en cada caso:

—Hay gente que parece que tiene la sangre de horchata. Yo no, a mí me hierve la sangre.

No es extraño, porque siempre ha tenido una salud espléndida, y emana de todo él una perceptible onda de vitalidad.

«¡VENGA, MAS COSAS!»

Están los tres repasando un mapa de España salpicado en toda su extensión de nombres de ciudades y pueblos y de cifras. Los nombres de aquellos lugares donde se levantarán los grupos de viviendas correspondientes a la primera fase del Plan, al ejercicio anual 1954-55. Y las cifras que marcan el volumen de construcción en cada sitio.

Solís va cantando, con visible entusiasmo, los números y los nombres de este impresionante sorteo de Navidad de la vivienda:

Castellón, 160; Ciudad Real, 207; Albacete, 384; Jaén, 400; Valladolid, 1.232...

De vez en cuando, y en ello revela su sincero apasionamiento, su fe en la trascendencia de la obra emprendida y en la capacidad de la Organización Sindical y de sus hombres para realizarla, comenta, censura, pide explicaciones:

—Ponferrada, 54. No es suficiente, ni mucho menos. Ponferrada está creciendo a chorros... Habrá que «pincharles» para que presenten propuestas de más volumen en los años próximos.

Aparisi le apunta:

—No te preocupes, cuando vean entregar dentro del plazo marcado las viviendas pedirán seguramente tantas para el próximo año, que vamos a necesitar casi otro plan para ellos solos.

Entra una niña morenita y graciosa que al ver la reunión de los tres hombres se queda algo parada. El padre levanta la vista del mapa y la anima:

—Ven, Ana María. ¿Qué quieres, hija?

—Nada. Decirte que nos vamos a la playa, que si vienes.

—No puedo. Estoy trabajando con estos señores. Dame un beso y pórtate bien. No te vayas nadando hasta La Coruña.

Sale la niña y sigue el repaso:

—Aranjuez, 180. Está bien. Iscar, 303. ¡Magnífico! ¡Esto es casi hacer un pueblo nuevo...! ¿Lugo, ninguna? ¿Pero qué pasa en Lugo?

Ahora le explica Salgado:

—Los proyectos enviados tenían algunos defectos. Se devolvieron para su corrección y ya no llegaron a tiempo. Quedarán para el año que viene.

El pie inicia su baile bajo la mesa. Pasa el «tropiezo» de Lugo. Poco después surge otro: el de Alicante, que no ha enviado ni una sola propuesta. Ahora el pie redobla indignado:

—¡Por Dios! Es increíble. ¿En qué están pensando? ¿Cómo desperdician esta oportunidad? Porque no van a decirme que en toda la provincia nadie necesita una casa...

Pero los de Alicante se han dormido. Su oportunidad de este año ha pasado. Tendrán que esperar al próximo. Y avanza la mañana entre cifras, planos y mapas. La conversación de los tres hombres parece marada con el mismo sello de «trámite urgente» que encabeza todos los expedientes del plan sindical de viviendas. Es Solís el que va, asunto tras asunto, informe tras informe, estampando el invisible sello con estas palabras:

—¡Venga, más cosas!

Y van viniendo. Después de las viviendas, las becas sindicales a los hijos de trabajadores. Nada menos que mil becas distribuidas en estudios de enseñanza media, universitarios y carreras especiales.

—Este año—y Antonio Aparisi, Vicesecretario Nacional de Obras Sindicales, recalca lo significativo del dato—han ingresado en primer examen, uno en la Escuela de Ingenieros de Caminos, dos en Industriales y uno en Arquitectura. Y en segundo examen, otro en Aeronáuticos. Todo es fruto de una selección rigurosa. Realmente exigimos un nivel muy alto para la conservación de las becas: una media de notable.

—Hay que seguir apretando —aprueba Solís—. Las becas no pueden ser «refugios de vagos», que se las lleven los más trabajadores, los mejor dotados. Hay que seleccionar con criterio riguroso, aunque nos tengamos que retorcer, a veces, para ello, el corazón. ¡Venga, más cosas!

Y sigue depachando con rapidez que no merma ni ápice la atención que requiere cada una,



José Solís, padre de familia. El político disfruta de un descanso bien ganado en la batalla diaria de lo social desde su puesto en la Jefatura Sindical

más cosas. Sin engolamiento, sin protocolo, sin formalismos inútiles. Con un modo de hacer transido de entusiasmo y de ritmo deportivo. Con la codicia del buen trabajador al que no le asusta la tarea, con la seguridad del que se siente en plena forma.

¡Venga, más cosas!

CONTENTO Y SIN COMPLEJOS

Al filo de la una termina el trabajo. Nos quedamos él y yo mano a mano. Y salimos paseando hacia el muelle. Desde el altopiano donde está enclavado el chalet se divisa un paisaje verdiazul: verde por las tierras, azul por el mar.

El esboza a grandes trazos su biografía:

—Nací en Cabra, en la provincia de Córdoba. Mi padre era, y es, agricultor. Agricultor de los que viven sobre la tierra, de los que reciben el sol y la lluvia en sus fincas, no de esos que cobran al recogerse la cosecha. Yo estudié leyes en Deusto, hice la guerra al mando de una compañía de Infantería y al terminar la Cruzada ingresé, por oposición, en el Cuerpo Jurídico del Ejército de Tierra.

Hace una pausa. Le ofrezco un pitillo, pero no fuma. Balancea una delgada caña de bambú que ha recogido del suelo al comenzar el paseo y sigue:

—Después, por encargo de Fermín Sanz Orrio, que era entonces Delegado Nacional de Sindicatos, empecé, con José María Olazábal, Francisco Ballesteros y otros buenos camaradas y amigos, a organizar las Secciones Sociales de los Sindicatos. Actué unos años como Vicesecretario Nacional de Ordenación Social. De allí pasé al Gobierno Civil de Pontevedra. Esta etapa la recuerdo con gusto. Fueron tres años extraordinarios, por lo bien que se portaron conmigo, por tantas facilidades como me dieron... Luego, sólo durante unos meses, fui Gobernador Civil de Guipúzcoa. Me hubiera gustado estar más tiempo. Pero me encomendaron la Delegación Nacional de Sindicatos y en ella estoy.

Ha pasado rápidamente sobre

todo. En especial sobre Pontevedra, donde aplicó a fondo y con gran éxito su espuela, su «¡Venga, más cosas!» Es inútil tratar de volverle atrás. Cruzamos frente a una Residencia de Educación y Descanso y desvía, de momento, la conversación:

—Es hermosa, ¿verdad? Ahora vamos a emprender una etapa nueva en esto de las Residencias. Tras las Residencias individuales, que tenían el inconveniente de no poder albergar a las familias juntas, vinieron las Residencias familiares. Ahora vamos hacia otra meta: hacia los «pequeños veraniegos». Pequeñas casitas individuales, reducidas al mínimo imprescindible—una salita de estar, las habitaciones, el cuarto de aseo—y un restaurante muy barato y unos locales de distracción—cinema, teatro, música—. ¿Se lo imagina? Serán un veraneo individual en una colonia colectiva, al alcance de todos los trabajadores. Naturalmente, conservaremos las Residencias que tenemos ahora.

Por lo visto sí me anda así. Planeando ya la tarea próxima cuando está concluyendo la presente. Lo que no significa en él precipitación, porque combina, no sé con qué rara fórmula, el sosiego y la rapidez. Anda, como aconseja el precepto clásico, volozmente despacio.

—Atravesamos en España una situación magnífica. Y hay que aprovecharla. Hay que mirar siempre hacia adelante. Hay que hacer cosas. Pronto y bien hechas. No creo que sea lícito «reservarse». Es preciso trabajar «a toda máquina».

El es el primer esclavo de su regla. Trabaja—aunque advierte humorísticamente que no le gusta—mucho: de nueve de la mañana a tres o tres y media de la tarde; de cinco de la tarde a diez o diez y media de la noche. Eso si no hay algún extraordinario, que entonces se amplían y se empalman las jornadas. Y, además, muchos fines de semana los pasa visitando provincias. Y es feliz.

—Yo estoy contento de todo. De mi carrera, de mi familia, de mis amigos. No soy hombre de

complejos. No creo que se deba ser triste ni estar amargado. El optimismo da mucha fuerza. Hay que ser abierto, franco y alegre. Y adelante...

LAS VIVIENDAS Y LOS SINDICATOS

Puede que ante el anuncio del gigantesco plan sindical de construcción de viviendas alguien se haya preguntado: ¿Corresponde verdaderamente la solución de este problema a los Sindicatos? He aquí la respuesta del Delegado Nacional de Sindicatos:

—Ante todo, en general, nada que pueda afectar directamente a la situación económica de los trabajadores debe quedar fuera del ámbito de la acción sindical. Y mucho menos en un sistema de sindicalismo que, como el nuestro, incorpora en sus entidades a empresarios y trabajadores, que engloba todas las ramas de la producción y tiene una proyección política completa, que lleva la voz del Sindicato desde los Ayuntamientos a las Cortes. El problema de la vivienda, de la falta de viviendas, es un problema nacional, sin duda, pero que gravita particularmente sobre las familias y los individuos de economía más parca en recursos. En una palabra: sobre los obreros. Por ello, si nuestros Sindicatos cumplen su misión laboral, elevar el nivel de vida de las masas trabajadoras, y cumplen su misión política, aportar al Estado la energía social que antes recibía por el cauce imperfecto de los partidos políticos, no pueden permanecer de brazos cruzados ante un problema cuya solución interesa a toda la sociedad y resulta, además, un medio eficaz como pocos para elevar el nivel de vida obrero. Conviene recordar que el capítulo de los alquileres absorbe aproximadamente un treinta y cinco por ciento del salario. Y que las nuevas viviendas serán para unos la oportunidad de conseguir un alquiler mucho más reducido, para otros la posibilidad soñada de llegar a tener un hogar y para todos la ocasión de acceder a la propiedad de las viviendas. Nuestra Obra Sindical del Hogar ha estado dedicada a esta tarea desde su fundación. Pero como no disponíamos de los recursos financieros que ahora nos ha concedido el decreto-ley de 29 de mayo, hacíamos una guerra lenta y reducida, una guerra de «guerrillas». En diez años, unas 22.000 viviendas. Poco, muy poco. Ahora vamos a superar esta cifra en un año solamente. Ahora vamos a hacer una guerra relámpago, una guerra total.

«SOY HUMANO Y PATRIOTA»

Hemos llegado al borde del muelle. A la izquierda, lanzando la mirada sobre las aguas de la ría, se divisa la playa de Sada.

Ante la puerta de una pequeña casita blanca, bajo la sombra de un emparrado, están sentados tres o cuatro pescadores. Al vernos, al verle a él, mejor dicho, se levantan y le saludan. Conocen su afición a la pesca, y alguno de ellos, además, suele embarcar con él. Le enseñan un congrio de unos cuatro o cinco kilos que

pende colgado de la rama de un árbol.

La charla empieza por el relato de la pesca del congrio y pasa pronto al comentario de las piezas capturadas por los vencedores de un concurso que acaba de celebrar el Club Náutico de La Coruña. Solís—inevitables celos de pescador—anda algo «picado» por las cifras, y un mocetón joven que hasta ahora no ha abierto el pico intenta consolarle:

—A la Prensa no le hay que hacer caso.

Emprendemos el regreso en silencio. Pienso cuánto afectó verdadero revela la ingenua y tosca delicadeza del joven pescador. Y también en las veces que venga José Solís paseando solo hasta el muelle, y ellos, con una libertad no coartada por la presencia de un tercero, le cuenten sus problemas, le pidan ayuda, le demanden protección. El parece que sigue también el mismo hilo, porque reanuda el diálogo con estas palabras:

—En mi cargo hay que vivir a la disposición de todos. Los Sindicatos agrupan a todos los trabajadores de todas las ramas laborales. Son de todos ellos: son, lo he dicho muchas veces, su casa. Yo, por mi representación y por mi gusto, no puedo vivir «cerrado» a ninguno. Tienen derecho, además, a exigirme que abra así.

Cada día, cada hora, un problema. Y siempre distintos: de las harinas a los metales, de la madera a los cueros.

—¿Qué condiciones deberá reunir un líder sindical?

—Ante todo tres, que, a mi entender, necesita todo hombre dedicado a la política: honradez, espíritu de sacrificio y desinterés por el cargo. Con esta última quiero decir que no se debe actuar o dejar de hacerlo, con la exclusiva pretensión de conseguir la permanencia en el puesto, que los cargos no existen para nuestro servicio, sino para servir a los demás.

Verdaderamente, en la política arte de «hacer», el que sirve al imperativo de la acción puede a veces, equivocarse; pero el que no actúa es responsable siempre. Ni la justicia, ni la economía, ni el orden público, ni ninguna de las materias que debe modelar con sus manos, día a día, el político, admiten demora, consenten compases de espera inspirados en una estrategia personal. Los asuntos públicos son masa que se agria pronto y que, por lo tanto, hay que cocer en seguida.

—Luego, el hombre que se consagra a la política sindical debe ser, además, un hombre de masas, un hombre que sienta un interés y afecto profundo por el pueblo y al que no le moleste el ruido de las máquinas, el olor del campo, el olor de la fábrica. En suma, un hombre que, llegado el caso, no sintiera rubor por vestir un mono y empuñar un pico. ¡Ah! Y saber escuchar y ser sencillo.

—¿Cómo es Solís visto desde él mismo, cuáles son sus mejores cualidades?

Sonríe y contesta sin vacilar:

—Soy humano y patriota.

BUEN PADRE DE FAMILIA Y BUEN PESCADOR

De regreso, al llegar otra vez al chalet donde pasa sus vacaciones, juegan en el jardín tres niños. Su mujer tiene en brazos una pequeña que todavía no ha cumplido un año y que al ver al padre chillaba alegre, le abre los bracitos y ríe.

—Tengo ocho hijos. Cuatro niños y cuatro niñas. La mayor de diez años, la más pequeña, ésta.

La toma de los brazos de la madre, juega con ella un rato, la besa y vuelve a dejarla en brazos de su mujer.

Entramos a la sala donde estuvo antes trabajando, donde le sorprendimos en zapatillas y nos acercamos al extremo invadido por los útiles de pesca. A la izquierda de la chimenea hay, cuidadosamente alineados en unos soportes horizontales de madera, doce o quince cañas distintas. Sobre la repisa están colocados los carretes, las cajas de plomos, de «cucharillas», de sedales y los corchos donde se clavaban los anzuelos. Y todavía hay más instrumentos y utensilios en el hogar de la chimenea: faroles marineros, impermeables...

—Juego a veces al fronton y al tenis, pero mi deporte favorito es la pesca. La pesca es maravillosa y mucho más interesante y complicada de lo que creen los que no la practican. ¿Usted no es pescador?

No lo soy. Debí apenarle mi ignorancia, porque empezó a explicarme una lección perfecta sobre el difícil arte de pescar, de las distintas formas de pescar, enseñándome, a costa de abrir cajas y revolver toda la repisa, el manejo de los carretes, las características de los anzuelos, la resistencia de los sedales. Terminamos en el jardín haciendo yo, bajo su mirada vigilante, ejercicios prácticos de «lanzamiento» en seco.

Buen deporte la pesca para un político. Lleno de enseñanzas útiles, verdaderamente aleccionador. Con una caña delgada y un sedal fino—por ejemplo—el buen pescador puede capturar piezas que por su peso y su fuerza podrían romper fácilmente ambas cosas. ¿Cómo? Con paciencia y habilidad, sin intentar sacar el pez de un tirón, dándole y retirándole el hilo, cansándole. ¡Toda una teoría explicativa de cómo pueden conseguirse grandes fines con pocos medios!

Solís sale esta tarde a pescar en una lancha pintada de blanco, sobre cuya cubierta, hacia la parte de la popa, se alza un toldo verde. Irán con él dos de sus hijos: Ana María y Alvaro, que son ya casi dos expertos en la modalidad «a fondos».

Al despedirme recuerdo haber leído, no sé dónde, que Walton, en «El perfecto pescador de caña», afirma: «Contemplación y acción se juntan y pertenecen lo más propiamente al honestísimo arte de pescar a la caña».

Me parece que ya sé dónde ha encontrado José Solís la fórmula para equilibrar y combinar su sosiego y su rapidez, su moderación y su impulsividad, lo que tiene de hombre reflexivo y lo que tiene de luchador.

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

¿QUE SIGNIFICA LA INDIA PARA LOS PORTUGUESES?

Por Costa BROCHADO

LA HISTORIA Y EL PUEBLO

Son muchos los portugueses que no saben. en este momento, lo que la India significa en la Historia de Portugal y, sobre todo, en la Historia de la civilización occidental. Más de un siglo de historia torpe, siguiendo meras conveniencias políticas del momento, acabó por desfigurar de tal forma los hechos y las personas que pocos son hoy capaces de entender claramente el sentido profundo de los grandes acontecimientos de la vida nacional.

Nuestro esfuerzo, como estudioso, ha de consistir, precisamente, en la ardua tarea de intentar restablecer la verdad de los hechos, apurando el significado de la política nacional en diversas épocas y no dejando oscurecerlo por pasiones o intereses partidarios.

Sucede ahora que son, precisamente, los gloriosos hechos de los descubrimientos y conquistas los que la historiografía tendenciosa más tiene entorpecidos y confundidos, hasta el punto que cada portugués puede encontrar argumentos de autoridad para todas las versiones que el partidismo y las pasiones pueden confabular.

Fué en el siglo XIX cuando estas confusiones se impusieron a la mayoría culta del país, gracias a una prodigiosa pléyade de escritores superiormente dotados desde el punto de vista artístico y literario, quienes, en el ansia de empujear el pasado, para realzar el presente y el futuro que estaban construyendo, no dudaron en sacrificar la Historia a la política, caricaturizando a los Monarcas y a los hechos decisivos de la Historia de Portugal.

Pero no fué esto lo peor. Lo peor fué que, no habiendo querido o podido subir al plano de las perspectivas generales, nunca comprendieron la Historia de la civilización occidental, razonando siempre como si Portugal se moviese por su cuenta y riesgo, desarticulada de la política europea, al margen de los impulsos de la civilización en marcha.

De este modo, sencillo en la expresión y profundo en el fondo, Costa Brochado rechaza de antemano toda posible concepción particularista y puramente casual de los fenómenos históricos para defender la aportación providencial de Portugal en los acontecimientos geográficos del siglo XV.

«No se debió la conquista de Ceuta —dice Costa— únicamente a las necesidades de traer maíz o trigo del norte de Africa, cuando no es lícito ig-

A PARECE este libro en momento de oportunidad. Como su autor dice: Va dirigido a aquellos que ignoran o quieren ignorar la realidad de los hechos históricos. Cuando los hechos de la Historia o de la política avivan la conciencia del presente es fácil olvidar el pasado.

El ilustre publicista portugués Costa Brochado, eminente historiador y profundo crítico de la historia de Portugal, hace en estas páginas un breve y sugerente recorrido de las gestas portuguesas en Asia, remontándose a los siglos de descubrimientos para llegar a un análisis imparcial y riguroso de las circunstancias actuales sobre los fenómenos recientemente acaecidos en Goa, Damao y Diu.

Los estudios que, sobre el Rey don Sebastián, el Infante don Enrique, Albuquerque o la conquista de Lisboa, tiene publicados y galardonados con abundantes premios el autor de esta obra, le acreditan como uno de los más documentados historiadores portugueses de nuestro tiempo.

«Qué significa a India para os portugueses.»
Editorial Imperio. Lisboa, 31 de julho de 1954.
Págs. 59.

los servicios prestados por Portugal a Europa y a la civilización el más importante fué, sin duda, la derrota, en la India, del imperio económico de los árabes.»

DESCUBRIMIENTO DEL CAMINO MARITIMO PARA LA INDIA

Cuando en el siglo XV el Infante don Enrique emprendió la ruta de los descubrimientos, la economía mundial estaba aun dominada por el Imperio árabe. Todo el comercio de la vieja Asia, fuente inagotable de riquezas fabulosas, con nuestro continente estaba cortado en el mar Rojo por el Sultán de Egipto, a quien las repúblicas italianas compraban, a peso de oro, las especias de India y las materias primas orientales, revendiéndolas en toda Europa a un escaso número de privilegiados.

Cualquier europeo de entonces y de todos los tiempos podría pensar que la civilización de occidente jamás triunfaría mientras no se redujese el imperio de los árabes, entrando en la India, que alimentaba sus dominios, gracias a un comercio de lucros ilimitados.

«El problema de la civilización occidental consistía, por tanto, en batir a los árabes en la misma India, debilitándolos económicamente para así llegar después al dominio intelectual y espiritual.»

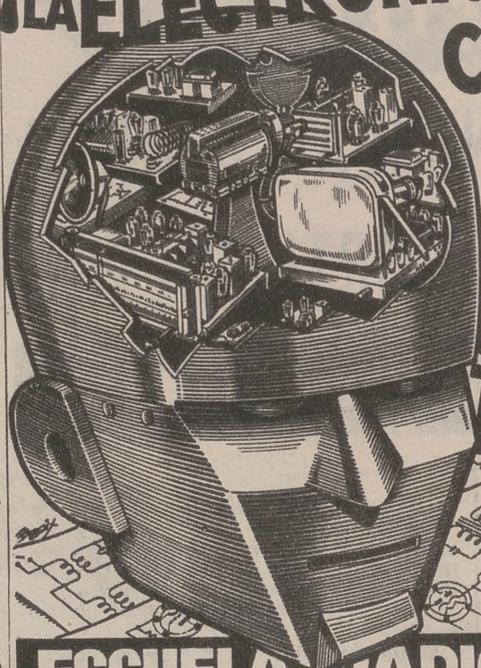
Don Enrique el navegante y Vasco de Gama dejaban abierto el camino marítimo para la India, «acontecimiento tan grande y decisivo para los destinos de Europa y de su civilización, que una y otra estarán irremediamente perdidas el día en que de nuevo lo dejaran cerrar».

COSTA BROCHADO

QUE SIGNIFICA A INDIA
PARA OS
PORTUGUESES



LA ELECTRONICA EN SU CEREBRO!



CURSO por CORREO de
**RADIO
CINE SONORO
TELEVISION**

El original sistema pedagógico de

ESCUELA RADIO MAYMO

consigue que todas las enseñanzas queden en su cerebro
Felicidades y ordenadas - 236 lecciones, material práctico
más de 100 prácticas. Todo a tu
de su propiedad

Sr. DIRECTOR DE ESCUELA RADIO MAYMO
RUEGO ME ENVIÉ GRATIS Y SIN COMPROMISO
SU LIBRO "AL EXITO POR LA PRACTICA"

ESP-1

NOMBRE: _____

CALE: _____

POBLACION: _____

PRONUNCIA: _____

NUM. _____

MADRID: PUERTA DEL SOL 2 VALENCIA: SANGRE 9

BARCELONA: PELAYOS

En este mismo
libro encontrarás
este curso

TRIUNFA EN LA INDIA EL OCCIDENTALISMO

Conquistada toda la costa de Malabar, con Ormuz y Malaca, en una sucesión de batallas sin precedente en la historia militar, el gran capitán Alburquerque dejaba, al fallecer, la India libre de los árabes y el mar Rojo transformado en un lago inútil. Es verdad que después de las conquistas de Alburquerque el mundo árabe desapareció de la India, comenzando a pasar al mundo cristiano la hegemonía política y económica de la humanidad.

«Pero las naciones europeas, que en los últimos siglos han conducido la antorcha de nuestra civilización parecen haber dimitido, voluntariamente, de su altísima misión, incumpliendo sus principios fundamentales, y abandonando ahora el mundo al milenario imperialismo asiático renacido, según el cerco de Europa se va apretando con una fuerza nunca vista.»

«Cabe a Portugal, todavía en esta hora conturbada y decisiva, la gloria de poder afirmar, delante de la Historia, que nunca traicionó a su misión occidentalista, ni jamás dimitió voluntariamente de sus deberes ante el enemigo permanente de nuestra civilización y de la propia especie humana.»

LAS RAZONES DEL SEÑOR NEHRU

No hay que negar que ha sido Europa, la civilización occidental cristiana, profundamente colonizadora desde el principio de su misión civilizadora. Es innegable que todos los países europeos siguieron una acción colonizadora, en las cinco partes del mundo, desde las eras remotas hasta nuestros días. Pero es innegable no haber podido, ni debido, ser de otra manera a menos que se quisiese dejar a los antropófagos continuar sus banquetes macabros y que sigieran los «intocables» en la animalidad política y económica en que fueron encontrados.

El colonialismo europeo correspondió, sin duda, a una necesidad imperiosa de la civilización y sus frutos constituyen hasta hoy el mejor servicio prestado a los pueblos decaídos. Nunca, en cualquier época de la Historia, se hizo tanto y tan bien para la elevación moral y material de legiones de seres humanos atrasados como durante el periodo colonista de la civilización occidental. No obstante los errores, imperfecciones y excesos que ese colonialismo no pudo evitar, el balance final es largamente favorable, desde todos los puntos de vis-

ta, en lo que toca a la civilización moral y material de las poblaciones y tierras colonizadas.

En este momento no se puede afirmar, con seguridad, que exista ningún pueblo sobre la tierra en régimen de colonialismo, aparte de las pocas zonas indígenas no susceptibles aun de organizarse y dirigirse decentemente. De modo que la campaña desencadenada en ciertos medios imperialistas de la izquierda y de la derecha, contra el pseudo colonialismo de nuestros días, no pasa de mera fórmula de propaganda política atenta a la conquista de zonas de influencia.

Vivimos, en efecto, la hora de las «zonas de influencia» que, en nombre de la libertad abstracta y del humanitarismo especioso, van sustituyendo sin noblezas ni ventajas, al antiguo colonialismo franco y civilizador. Ciertamente que ya nadie defiende, conforme queda dicho, el dominio de territorios y pueblos emancipados por estados extranjeros; ni consta que cualquier pueblo debidamente habilitado para gobernarse por sí mismo esté aun sometido por la fuerza de una soberanía extranjera. Lo que hay, en este momento, son varios estados, algunos con siglos de existencia y hasta hace poco independientes, sometidos, por fuerza de la política de las zonas de influencia, al dominio indirecto más decisivo de las potencias extranjeras.

La diferencia que existe entre este colonialismo político y económico en naciones civilizadas y aquel con que Europa civilizó regiones y pueblos bárbaros, se traduce por la distancia que va de la opresión de hombres libres y cultos para someter a la fuerza a los salvajes a la luz y beneficios de la civilización occidental...

El problema, expuesto así, se divide en dos partes: 1.º Ver si hay pueblos ultramarinos capaces de gobernarse por sí mismos, dominados aun por estados extranjeros. 2.º Verificar, si en este caso tales pueblos conservan voluntariamente tal situación por considerarse ciudadanos del estado dominador, o si desean la independencia, que no la obtienen por carecer de la fuerza suficiente para su liberación.

Constituido un grupo de renegados, debidamente manipulados por los servicios especializados de la Unión Indiana, siguiendo la mejor táctica del partido comunista ruso, proclamábase «urbi et orbis» que las poblaciones de Goa, Damao y Diu están sujetas a Portugal por la fuerza y desean liberarse, integrándose voluntariamente en la llamada Gran India.

JORNADAS DE ESTUDIOS EUROPEOS EN SANTANDER



El Ministro de Asuntos Exteriores clausura el Curso de Problemas Europeos

EUROPA SE ENCUENTRA EN LA TIERRA DE ESPAÑA

El periodista italiano *Vittore Querel* ha participado en las Terceras Jornadas del Centro Europeo de Documentación e Información celebradas en el Palacio de La Magdalena de Santander. En el trabajo que a continuación insertamos, y que ha escrito para nuestro semanario, expone su interpretación personal de los criterios desarrollados en dichas Jornadas.

LOS días que precedieron a la inauguración de la Semana de Estudios Europeos, del palacio de la Magdalena, en Santander, han sido de los más agobiantes que ha conocido Europa en la posguerra. Eran graves también, porque el mal tiempo había invadido tanto Francia como Suiza, Austria como Alemania. El Rhin se desbordaba, las aguas del Ródano habían alcanzado su más alto nivel, los campos ribereños del Danubio se veían invadidos por las corrientes, y el Loira amenazaba. Lluvia, tempestad, frío y hasta nieve. Y, sin embargo, era agosto. Con las particularidades atmosféricas estaban acordes las noticias que los diarios de todo el mundo publicaban con títulos desmedidos y que eran todavía más deprimentes. Parecía el fin de Europa. La C. E. D. había sido rechazada por la Asamblea Francesa, y este segundo fracaso había servido para dar mayor realce a la sacudida de Bruselas, a la definitiva condena de la Europa ficticia que se había intentado construir en Estrasburgo.

DELEGADOS DE TODA EUROPA EN SANTANDER

Delegados de toda Europa que llegaban a Santander llevaban en

sus carteras diarios de Italia y de Francia, de Holanda y de Alemania, de Austria y de Suiza. Todos ellos impregnados de un pesimismo temeroso, grávidos de tristeza y de obsesión.

Pero en Irún—decían casi todos los congresistas—habían encontrado el sol. Un sol que parecía también milagroso para los españoles, a los cuales—como a todos los europeos—el mal tiempo de esta extraña estación les ha traído también la desilusión y la melancolía.

El sol era general en toda España. Los extranjeros que habían venido en automóvil a lo largo de la costa vasca, comenzaron a sentir que se les abría el corazón al atravesar San Sebastián y Bilbao, encontrándose ciudadanos de un país inmerso en el cálida y generoso sol y alegres ante el limpio mar.

En Santander, en esta tercera edición de la Jornada de Estudios Europeos del Centro Europeo de Documentación e Información, se han reunido personalidades de todas partes de la Europa libre. Faltaban sólo los ingleses. Por lo menos, oficialmente, ya que es absurdo pensar que no hubiese algún observador en una reunión donde se intentaba que naciese algo concreto, optimista, en unos días que se cuentan entre los más tristes de Europa. Fuese el sol o la serenidad de la Península, sobre la que se eleva el palacio de la Magdalena, la reunión de los «europeístas» comenzaron en una atmósfera que si no se podía propiamente calificarla de tranquila, no reflejaba, por lo menos, los agobios que aquellos días se cernían sobre el Continente.

Refiriéndose a lo que se iba a

discutir en las reuniones de la Magdalena, un periodista italiano no había dicho algunos días antes de la Conferencia de Bruselas: «Quizá los españoles tengan en reserva su programa para el caso de que la actual situación de la Federación europea acabe por caer. Y éste podría ser un programa que se basase sobre sus razones vitales y se desarrollase por medio de las alianzas y de las simpatías políticas y espirituales que España ha logrado hacer converger sobre ella en los últimos tiempos. El Vaticano, los Estados Unidos, Hispanoamérica y el mundo árabe son los cuatro elementos internacionales sobre los cuales España ha emprendido su exacta acción. Cultivando preciosas amistades, manteniendo seguras alianzas y asegurándose exactas simpatías, los españoles han dado prueba de un activismo diplomático y político poco común. Dentro de estas manifestaciones de amistad y de alianza presentan hoy su función europeísta.»

UNA EUROPA CON CARACTERÍSTICAS PRECISAS

El diario que había escrito ya esto era «La Tribuna de Italia», un nuevo y gran diario de Roma, veinte días antes de la reunión de Santander, el mismo diario había publicado—mostrándose auténticamente informado sobre las cosas que sucedían en España—el programa que debería discutirse en Santander: «La nueva Europa, como se delinea ya en la mente de los ilustres participantes a la reunión de Santander, tiene características precisas; es una Europa que parte de las uniones nacionales, es

una Europa que hace de estas uniones la base para una gran federación; es una Europa basada en las fuerzas del espíritu y de la fe, antes que sobre la de las armas y la de la economía. Una Europa que no ha renunciado a sus misiones. Una Europa que podrá encontrar su fórmula en las «Jornadas de Santander», y que es una unión que tiene en cuenta las aspiraciones nacionales y los definitivos propósitos antibolcheviques. No es una Europa que trata su capitulación, sino una Europa en la que la fe católica y el sentimiento de la Patria encuentran todavía la fuerza para su dominio.»

Cuando en la mañana del sábado 4 de septiembre el archiduque Otto de Habsburgo condensó en una relación calurosa y límpida el meollo de las conversaciones y de las discusiones de la Semana santanderina; cuando inmediatamente después el Ministro de Asuntos Exteriores de España, Martín Artajo, se levantó de la mesa de la presidencia y sintetizó en pocas, pero precisas frases el tono y los valores de los principios que habían sido expresados en Santander por los delegados extranjeros y que habían conmovido el corazón de los españoles, por estar de acuerdo con las ideas y los programas nacionales; y cuando, en la sesión de clausura de la reunión de Santander, se extendió una onda de optimismo y de fe en la unión de las fuerzas continentales, el periodista italiano, llegado a Santander para seguir la jornada, se congratuló consigo mismo.

Sin duda, pecó de soberbia, ya que debía haberse congratulado con los españoles; pero esto lo hará ahora.

En realidad, el sentido de auto-ridad implícito en la estructura del Estado español, al cual hizo alusión en su intervención el abogado madrileño Antonio Garrigós; los valores morales y espirituales presentes en las iniciativas sociales, en la actividad política, en la disciplina del Ejército y del pueblo de España (de esto se ocupó en una conferencia a los oficiales superiores españoles y a los congresistas «europeístas» el propio archiduque Otto de Habsburgo), han sido inmediatamente percibidas por todos aquellos que pertenecen a una Europa trabajada y dividida, empobrecida y vacilante, y que han venido a reunirse a España.

Esta atmósfera—que se producía después de la crisis de conciencia que había seguido a las negras jornadas de Bruselas y de París—venía muy oportuna.

Algún día deberán recordarse estas jornadas de Santander. Ellas tendrán su puesto en la historia de las tentativas a través de las cuales se está llevando a cabo la unión de Europa.

Después de lo que había sucedido en Francia parecía ya imposible que se pudiese comenzar de nuevo a discutir sobre la Comunidad de Europa. Los españoles han demostrado—invitando a representantes de toda Europa a Santander—que la palabra imposible no les espanta.

ACTIVA PARTICIPACION ALEMANA

En Santander se ha realizado algo que no vacilaría en calificar de portentoso. La República Fe-

deral de Alemania, envió oportunamente a esta reunión al vicepresidente del Bundestag, la Cámara germánica. El doctor Richard Jaeger, la cuarta autoridad en la escala jerárquica de Alemania, ha participado activamente no sólo en las reuniones generales, sino también en un intercambio de conversaciones privadas, con los delegados franceses.

Era la primera vez que una autoridad germánica venía a España desde que terminó la guerra. También era la primera vez que se verificaban, de una manera casi íntima y con una voluntad comprensiva, contactos directos entre hombres de la política y de la acción de Alemania y de Francia.

EL PROFESOR MILLOT Y EL GENERAL REVERS

Los franceses vinieron a Santander formando un grupo fuertemente cerrado. El profesor Roger Millot es una de las más notables personalidades del mundo político y económico francés. Ha tenido siempre un gran papel en las iniciativas y en las participaciones de la vida política de las fuerzas medias de Francia. Es vicepresidente de la Confederación Europea de los Dirigentes de Hacienda. Orador de formación cristiana y sindical estudioso, y hombre cuyas actividades no son seguidas indiferentemente. Sus teorías sobre la plena ocupación de la mano de obra de cada uno de los países europeos como base «sine qua non» de la seguridad continental es muy conocida. Roger Millot es uno de los que más han luchado por abatir las fronteras ante las exigencias del trabajo. Sus programas, si se aplicasen, podrían dar un golpe mortal al comunismo, que juega, sobre todo, con la desolación y la tristeza de las gentes que no tienen ocupación, trabajo y salario.

El general Revers, una de las más eminentes figuras del E. M. francés, viene de una profunda tradición militar. Está convencido de que Europa debe basarse sobre un completo acuerdo entre franceses y alemanes. No tiene reservas para un Ejército germano. Piensa que España puede jugar un fuerte papel en la estructuración de un Continente capaz de resistir a cualquier ataque adversario.

«EUROPA ES HOY COMO DIEN BIEN FU»

El profesor Dauphin Meunier, conocido director del Centro de Altos Estudios Americanos de París, autor de publicaciones difundidas por todo el mundo, apreciado por los españoles por sus ensayos, que aparecen en las revistas de España, así como en las de los Estados Unidos y Alemania, figura entre los más convencidos portavoces de una acción inmediata. Habla de manera magnífica, pero prefiere llamar a los hombres a la realidad de los hechos. Dice: «Europa es hoy como Dien Bien Fu.» Y tiene razón.

El conde de la Noe, figura interesantísima de la política francesa, periodista de relieve, conocedor como pocos de la política interna de su país, hombre de confianza de Bidault, del cual ha interpretado ideas y estados de ánimo,

figura entre los partidarios de la necesidad de no abandonarse al pesimismo sólo porque en Francia no se ha creído oportuno aceptar el plan de la C. E. D. Declara que no se ha rechazado en París la idea de la Comunidad y de un Ejército europeo; allí sólo se han producido contra un plan.

Otros planes—y es bueno que sean estudiados en reuniones de hombres conscientes y preparados como los que se han reunido en Santander—deben presentarse y discutirse por los Parlamentos y los Gobiernos.

Con estos hombres, junto con los escritores y profesores Andrés Toledano y el ingeniero René Alquier, dos personalidades atentas a los problemas de su país y de Europa, Francia se ha puesto en contacto con la Delegación alemana, de la cual era jefe el vicepresidente del Bundestag, Richard Jaeger.

COLOQUIOS FRANCO-GERMANOS

El coloquio—mejor dicho, los muchos coloquios—entre alemanes y franceses se han llevado a cabo durante toda la Semana. Parecía que deberían producirse algunos puntos de fricción en los primeros días, algunas incomprendiones. Pero hombres de voluntad como Jaeger, como el profesor Von der Heydte (que, además de haber sido durante la guerra mundial uno de los más brillantes y valerosos oficiales del Estado Mayor de las divisiones paracaidistas de su país, ha vuelto ahora con fervor a su cátedra de Derecho de la Universidad de Wurzburg, y con su ciencia ha dado una constructiva aportación a la formación de la nueva Alemania), como los escritores Otto Pogele e Ibach, personas de ideas claras y nítidas, como el joven, pero bien formado política y espiritualmente, príncipe de Waldburg, pudieron superar, durante los contactos con los congresistas franceses, los obstáculos que era lógico que surgiesen.

Una óptima contribución a la aclaración de las cuestiones entre franceses y alemanes la aportó, indudablemente, el padre jesuita Franz Georg Waldburg, como también la dió, ofreciendo informaciones de primerísima mano, capaces de zanjar muchas incertidumbres, el periodista austriaco de origen croata y destacado redactor del «Muncher Merkur», Tomicc-Dalma.

Alemanes y franceses se han marchado después de la reunión de Santander con ideas más precisas. Los alemanes han demostrado su adhesión a los programas de una Europa unida, y los franceses han garantizado su buena voluntad para luchar en sus organismos políticos con el fin de que no se pongan obstáculos a la clara inclusión de Alemania y del Ejército alemán en el cuadro de la defensa europea.

Esta especie de dúo francotudesco ha sido el tema dominante de la jornada de Santander. Sería absurdo pensar que hubiese sido de otro modo. Por el contrario, era lógico suponer que esto ocurriría. Corresponde a los españoles el mérito de haber permitido la reanudación—después de la crisis causada por la votación de la Cámara francesa contra la C. E. D.—del coloquio franco-germano.

UNA COMUNIDAD EUROPEA A PRUEBA DE POLÉMICAS Y ASALTOS

Durante estas conversaciones, durante las intervenciones y las discusiones que en los mismos han tenido lugar, ha emergido el programa que deberá proyectarse para la efectiva formulación de una Comunidad Europea que sea capaz de resistir a las polémicas y a los asaltos.

Esta Europa tiene que tener presente la esencial realidad de la nación española, como no puede pasar por alto la gran fuerza espiritual, política, humana y militar de Alemania y la contribución de Italia, Francia, el Benelux y otros países europeos.

La Europa del mañana—tal como se ha delineado en las Jornadas de Santander—deberá ser hecha por naciones confederadas entre ellas, con el pleno respeto para los sentimientos de cada una y la fe cristiana de todas ellas. Son éstos los aspectos de la futura Europa de un mañana que podría ser muy próximo. La Europa nacida en Estrasburgo nació mal, porque estaba forjada a base de resentimientos y temores. Temores franceses en relación con los alemanes, principalmente. La Europa que se está moviendo en las reuniones de Santander se forja con recíprocas confianzas, con la seguridad en el mañana y con la comprensión. Es una Europa en la cual todas las naciones tienen su puesto preciso, que se lo reconocen los otros pueblos y los otros Gobiernos, sobre las bases de una valoración que prescinde de recriminaciones sobre el pasado y de dudas sobre el mañana.

¿Una Europa idílica?, dirá quizá alguno. En absoluto. Una Europa dispuesta a cualquier eventualidad. En Santander han estado también técnicos militares (como el general Revers, de la parte francesa, y el coronel Von der Heydt y el checoslovaco coronel Mitschke) que han estudiado, aun sin entrar en detalles, como es lógico, la fórmula mejor para una Europa unida desde el punto de vista militar.

Ejércitos nacionales, unidad de los mismos bajo la bandera común de la Europa cristiana: he aquí la fórmula general. Pero también se han estudiado los planes para el mando único, para una Escuela Superior común para oficiales de todos los países europeos. En el sector político, se discutieron abiertamente las premisas de la Comunidad Europea y su Parlamento. Fácil es de comprender cómo Europa debe tener un Parlamento representativo de todos los europeos y no sólo de un determinado y pasajero grupo de tendencias políticas.

PRIMERO, LA CONCORDIA NACIONAL

En Santander estaban representados hombres de los diversos países europeos que han declarado cuán absurdo es propugnar la vuelta a una unión continental prescindiendo de las grandes fuerzas nacionales que se van reagrupando en cada uno de los Estados. Sobre todo, en el momento en que la acción comunista surge, es necesario apelar a la concordia nacional, antes de aspirar a la concordia continental. Por esto, se ha dicho muchas ve-

ces durante la reunión cuán necesario es acabar con el proceso del pasado, especialmente con aquellos hombres que han combatido con su propio país en calidad de soldados de las ideas que hoy concuerdan con las de Occidente. Por primera vez se ha oído en una reunión de europeístas la voz de la unión frente a los odios civiles y las luchas de partido. Justamente ha dicho un delegado francés, haciendo suya la declaración de un italiano: «No podemos perder el tiempo en discutir sobre el color de los uniformes de los bomberos mientras la casa está ardiendo.»

Como se esperaba, en torno a las conversaciones francogermánicas se han desenvuelto las relaciones de las Delegaciones de los otros países. Todas—y esta unanimidad es uno de los principales éxitos de las jornadas españolas—han mostrado su acuerdo en la necesidad de una participación, sin límites ni condiciones, de Alemania y del Ejército germano en la formación de una efectiva Confederación de Estados europeos.

Especialmente los hombres de la Economía, entre ellos Roger Millot, y, de modo particular, el secretario general del Comité del Benelux, Guy de Vargny, demostrando cómo ya en el sector de la distribución de algunas materias primas europeas funcionan acuerdos y pactos, se han batido inteligentemente en favor del principio confederativo de los grupos nacionales o de las naciones que ya se han federado precedentemente. El ejemplo del Benelux, que el señor de Vargny ha ilustrado profundamente y con rara competencia, ha sido, a este respecto, de lo más instructivo. Como también han sido reveladoras las indicaciones del periodista sueco Arvid Freborg sobre las alianzas y la mentalidad de los países y de los hombres del grupo escandinavo.

Pero no sólo de la Europa occidental, es decir, de la Europa todavía libre, se ha discutido en Santander. En los primeros días, antes de que se desarrollase el claro coloquio francogermánico, las relaciones y las conversaciones habían tenido por tema y por objeto los países oprimidos del otro lado del «telón». Cuanto han contado los representantes de los exilados, los relatos del coronel F. O. Miskache (que después de ser agregado de la Embajada checoslovaca en París, ha saltado el foso y se ha unido de manera significativa con los oprimidos), lo que dijo el ministro checoslovaco José Ciekler, las claras ideas del duque de Beafort-Spontin, han dado un cuadro casi trágico de los pueblos que viven sometidos a los regímenes de los Gobiernos progresivos, con lo cual han conseguido, a través de la razón y la emoción, una mayor comprensión entre los representantes de la Europa todavía libre. Las palabras del archiduque Otto de Habsburgo, que, con profunda doctrina, se ocupó de los problemas de Europa; los consejos que en su intervención dió el padre jesuita Waldburg; las exhortaciones contenidas en las palabras del nacionalista flamenco Edmon van Dieren, una de las figuras más típicas de la reunión santanderina; el sereno trabajo llevado



El señor Martín Artajo conversa con el autor de esta información, Vittorio Querel



El Ministro de Educación cambia impresiones con un grupo de cursillistas

a cabo con alta competencia por los españoles marqués de Valdeiglesias y Alfredo Sánchez Bella; los vivos comentarios de los activísimos doctores Jean Brans y el Mayor von Gaupp-Berghausen; los sentimientos de unión occidental contenidos en las palabras del diplomático y escritor colombiano Alvaro Gómez, hijo de Laureano Gómez, que, como Presidente de la República e ilustre hispanista, representó un gran papel en la vida de su país, y del escritor argentino don Juan Goyeneche, han contribuido a dar a los representantes de los países europeos, el sentido de una solidaridad y de una urgencia de acción.

Este sentido ha sido también el que se traslucía en las palabras pronunciadas en la jornada de clausura de la reunión por los Ministros españoles de Asuntos Exteriores y de Educación Nacional.

Prácticamente, estas Terceras Jornadas de Estudios europeos de Santander se ha cerrado con un gran activo. Han dicho, en el momento más crítico de la Comunidad Europea, la palabra que permite iniciar la reconstrucción de un edificio que parecía desmoronarse para siempre. Han demostrado cómo España y Alemania son elementos esenciales de una Comunidad Europea. Han indicado que la Confederación de los Estados cristianos y la plena aceptación de las ideas que son la base de esta Cristiandad, constituye una fórmula para una unión efectiva. Un enorme trabajo ha sido llevado a cabo. ¡Que mañana sea propicio para la criatura nacida viva y vital en Santander!



En Vanguardia de la Moda

La mas hermosa colección de pañería



pidalo a su proveedor



*Nuevas y auténticas creaciones
Nuevos tonos
Nuevos estilos.*

S. Fontcuberta

FABRICA DE PAÑERIA SELECTA
DESPACHO: RONDA UNIVERSIDAD, 33 · BARCELONA

DEP. de P. R. FONTCUBERTA

INCOGNITA DE LA VIDA



NUESTRO PAIS ES UNA DE LAS NACIONES DONDE MUEREN MENOS PERSONAS

EN 1900 había en España 18.594.405 habitantes. Cincuenta años después la población española se había multiplicado hasta llegar a los 27.976.755 habitantes. Se supone que en agosto de este año España contaba con 28.750.751 personas.

Este crecimiento de la población se debe, entre otras causas, a una disminución de las cifras absolutas y relativas de mortalidad. Exceptuando el año de la gripe (1918) y los años de la guerra, concretamente el último, en nuestra Patria siempre ha nacido más gente que ha muerto, y las defunciones han ido menguando en lo que va de siglo desde 490.902, en 1900, a 273.476, en 1953.

Basándonos en las cifras relativas, que son las más comprensibles, en lo que se refiere a comparaciones, podremos ver que por cada mil habitantes en 1901 morían 26, y en 1953 murieron 9,66. En lo que va de siglo, el año que más muertes hubo en España fué, como decía, en 1918, en que fenecieron 695.758 personas, lo que supone un 33,21 por mil habitantes. Durante nuestra guerra también creció, como es lógico, la mortalidad, pasando de un 16,30 por mil en el quinquenio 1931-35, a un 18,18 por mil en 1938; pero en 1942 la si-

tuación sanitaria mejoró notablemente en España, merced a las magnificas medidas adoptadas por el Ministerio de la Gobernación a través de la Dirección General de Sanidad. Desde entonces, tanto las cifras absolutas como las relativas de defunción continuaron decreciendo, hasta alcanzar el pasado 1953 los índices citados.

ESPAÑA ES UNA DE LAS NACIONES DONDE MUEREN MENOS PERSONAS

De acuerdo con los más recientes datos del anuario demográfico de las Naciones Unidas, de 1952, en España en 1951 murieron 11,6 personas por cada mil habitantes. Esta tasa de mortalidad es inferior a la dada ese mismo año por Austria y Bélgica, que tuvieron 12,7 muertos por mil habitantes; Francia tuvo 13,2; Irlanda, 14,3; Gran Bretaña, 12,6; Yugoslavia, 15,4; etcétera, etc. En cambio, Holanda lamentó una mortalidad de un 7,5 por mil habitantes; Dinamarca, un 8,8 y Suecia, 9,9. Esta última tasa la superó España en 1953 al alcanzar una tasa de mortalidad por mil habitantes de sólo 9,66.

Por lo que se refiere a América, Estados Unidos tuvo en 1951 una tasa de 9,7; y Argentina de 8,7.

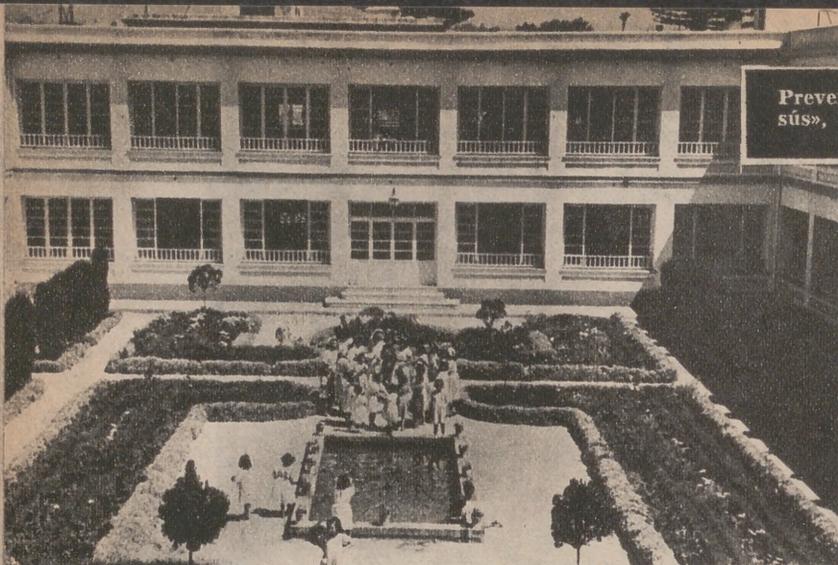
Como se ve, en lo que a mortalidad se refiere, España se encuentra en una situación privilegiada. En 1953 España, Estados Unidos y Finlandia, la mis-

ma tasa de 9,6 defunciones por mil habitantes. Solamente por debajo de ellas se encontraban Canadá, Países Bajos, Israel y Africa del Sur.

LAS ENFERMEDADES INFECCIOSAS, FUERA DE COMBATE

Con la adopción de medidas sanitarias exigentes, con la obligatoriedad de algunas vacunaciones, como la viruela y la difteria, y la propaganda que se hace de otras, tales como el B. B. G. y la pertusis, y por último, el descubrimiento de las grandes drogas antimicrobianas, como los antibióticos y las sulfamidas y recientemente las hidrazidas, se ha reducido muchísimo la mortalidad por enfermedades infecciosas. Ya la gente se muere cada vez menos de una pulmonía, de una tuberculosis, de la difteria, de la fiebre tifoidea, de la gripe o de la septicemia puerperal.

Ateniéndonos siempre a cifras y basándonos en el Anuario Estadístico de 1954, vamos a seguir la marcha de las enfermedades infecciosas más frecuentes en nuestro clima en los últimos veinticinco años, desde 1926 a 1950. En lo que se refiere a la fiebre tifoidea, los fallecidos por esta causa en el año 1926 fueron 4.341. Veinticinco años después, gracias a las medidas higiénicas y a la cloromicetina, sólo murieron 1.180. De viruela murieron, en 1926, 87 personas; en 1950, dos; de sarampión, 4.250 y 862, respectivamente; de escar-



Preventorio Infantil del «Niño Jesús», hermoso establecimiento en Almería

latina, 339 y 50; de tosferina, 1.239 y 491; de difteria, 1.334 y 587; de gripe, 4.596 y 1.785; de tuberculosis pulmonar, 25.381 y 23.084; de neumonía, 9.079 y 4.825; de septicemia puerperal, 1.415 y 144, y de paludismo, 707 y 72. Si tenemos en cuenta que la población en 1926 era de unos 22.000.000 de habitantes, y en 1950, de 28.000.000, comprendemos que la mortalidad por enfermedades infecciosas ha disminuido proporcionalmente todavía más.

El milagro no sólo se debe a drogas mágicas, como muchas personas creen. Los antibióticos y las sulfamidas son muy recientes, y el descenso de la mortalidad ya se viene observando desde hace quinquenios. La mejora se debe, más que a nada, a la gran actividad desarrollada por la Dirección General de Sanidad. El mayor descenso de la mortalidad se observa a partir de 1942, cuando se emprenden y se crean una serie de luchas y campañas, algunas de las cuales ya se pueden dar por acabadas victoriosamente, como ha sucedido con el paludismo.

Al mencionar la mortalidad por tuberculosis se pudo observar que en el último cuarto de siglo sus cifras absolutas sólo disminuyeron en 2.000, aunque teniendo en cuenta el aumento de la población, este descenso sea notablemente mayor. Después del año 1950 el Patronato Nacional Antituberculoso realiza sus grandes planes, aumentando el número de sus camas y mejorando sus instalaciones quirúrgicas y sus servicios de diagnóstico precoz, que permiten, me-

dante los reconocimientos serios y los equipos de fluororadioscopia, tratar a tiempo la tuberculosis con las modernas drogas, entre las que destacan la estreptomina, el Pas y últimamente la hidrazida, que han conseguido que la mortalidad baje en los dos últimos años a menos de la mitad. El año pasado en España sólo murieron de tuberculosis menos de 12.000 personas, o sea la mitad justa del promedio del quinquenio 1926-30.

LA MUERTE TAMBIEN SIGUE LA MODA

No siempre se muere de la misma manera. Si los egipcios fueron víctimas de las famosas plagas, si en la antigüedad la gente moría del tifus, del paludismo y de la disenteria; si en la Edad Media fallecía agobiada por la peste negra y en el Renacimiento por el «morbus galicus», y en el siglo pasado por el cólera, la gripe y la tuberculosis, en la época actual, era dorada de los antibióticos y de la quimioterapia, las víctimas son, en su mayoría, del cáncer, del corazón y de enfermedades del aparato circulatorio.

El cáncer no es una enfermedad de la civilización y tampoco las enfermedades del sistema cardiocirculatorio. Los historiadores y los arqueólogos citan múltiples ejemplos de hombres muertos por estas causas en tiempos más o menos remotos, pero entonces tales dolencias no eran mayoritarias. Es el estado actual de la vida, con su civilización y sus complejidades, quien ha dado la posibilidad y la alternativa al

cáncer y ha permitido que el corazón desfallezca.

Según el Instituto Nacional de Estadística, en el año 1950 el cáncer causó, de una u otra forma, 24.350 muertos; las enfermedades del aparato circulatorio, 67.211; todas las enfermedades infecciosas juntas, incluyendo la tuberculosis, 39.410 víctimas; las del sistema nervioso, 33.292. La estadística incluye en este apartado las lesiones intracraneales de origen vascular, que, como el nombre dice, están fisiopatológicamente ligadas al aparato circulatorio. Estas lesiones causaron 25.186 defunciones.

EL CORAZON, TENDON DE AQUILON DEL HOMBRE MODERNO

La Prensa le concede mucha importancia al cáncer, tal vez por su espectacularidad, por los grandes dolores que produce en sus períodos finales y porque desgraciadamente aun no se conoce lo que es en realidad y cómo se cura.

Sin embargo, son más activas las enfermedades que afectan al corazón y al aparato circulatorio desde los grandes vasos sanguíneos hasta los más diminutos capilares que se extienden y riegan el pulpejo de nuestros dedos y la complicada organización de nuestro cerebro supercivilizado. Acabamos de ver que de todas las enfermedades nerviosas, las de causa vascular son las más mortíferas. No mata tanto una locura o una neurosis como una minúscula venita del cerebro que se seca y encoge o estalla, ya dejando sin riego una zona vitalísima de nuestro cerebro o ya inundando de sangre con una súbita hemorragia lo más noble de nuestra sustancia gris.

Tal vez este modo de morir no sea un regalo del siglo XX. Tal vez murieron así algunos de nuestros más remotos tatarabuelos. Pero hace quinientos mil años la gente moría joven y de unas fiebres, y ahora, al conservarnos la vida, los sistemas sanitarios modernos, nos encontramos de pronto con esta clase de muerte.

Pero los cosas tienen que ser así, y los médicos lo único que han pretendido, salvándonos de los escollos de las enfermedades, es prolongar nuestras vidas.

La Medicina moderna, aparte de que aun no ha encontrado la solución a muchas dolencias, se encuentra con dos problemas de palpitante interés. El primero de ellos consiste en facilitar una vida agradable y sana a los viejos que ha librado de la muerte. De esto se preocupa una moderna ciencia médica llamada Gerontología, de la que ya se ha tratado, en otra ocasión, desde estas mismas columnas.

El otro gran problema con que se enfrenta la Medicina contemporánea es la lucha contra un grupo de enfermedades todavía insobornables e invencibles, contra las que aun no existen drogas, aunque digan lo contrario la propaganda de la gigantesca



Esta es la magnífica instalación de la Ciudad Sanatorial de Tarrasa

co-
de
el
or-
ne-
io,
des
la
Las
La
ar-
les
el
lío
dir-
sa-
ON
M-
cha
vez
los
en
es-
oce
se
vas
al
rio
ufi-
ca-
ie-
de-
ón
za-
to-
as,
las
nto
mo
re-
es-
na
re-
gre
lo
cia
no
Fal
de
ue-
mil
de
er-
sa-
on-
la-
ser
que
de
les,
rte
la
se
de
de
na
ie-
er-
no-
da
be
sde
que
im-
un
via
on-
rio
sca



La infancia en España está sometida a una cuidada vigilancia médica. Una escena en el Preventorio de Guadarrama

industria químico-farmacéutica internacional. La Medicina moderna tiene que deslindar este grupo y subdividirlo en otros varios, porque puede que algunas enfermedades encuentren su adecuado tratamiento. Pero hay otras dolencias que no responden a una u otra droga, sino que dependen y están estrechamente ligadas a un modo peculiar de vida.

La Medicina preventiva está continuamente descubriendo y enseñando que bastantes padecimientos no se presentarían si el género de vida hubiese sido otro. Es lo que ya sabemos y lo que siempre se ha dicho, que los excesos de la juventud son los achaques de la vejez.

Contra estos achaques, la Medicina preventiva recomienda a todo hombre razonable y ordenado que, a partir de los cuarenta años, se someta periódicamente a un reconocimiento y a un régimen médico. Pero muchas personas dicen que más vale vivir alegremente diez años que per- vivir cuarenta esclavos de unos cánones, que posiblemente una ciencia más avanzada acabe rechazando por funestos.

Mientras tanto, la gente se sigue muriendo en la actualidad víctima del corazón. En España, en 1950 fallecieron por esta causa 27.391 personas, o sea, muchos más que por todos los cánceres juntos, que por tuberculosis, bronconeumonía o diarrea.

Aparte fallecieron 11.142 personas de afecciones crónicas valvulares; 11.336 de dolencias del miocardio; 9.934 de arterioesclerosis, y 2.261 de angina de pecho, más otros cuantos miles de

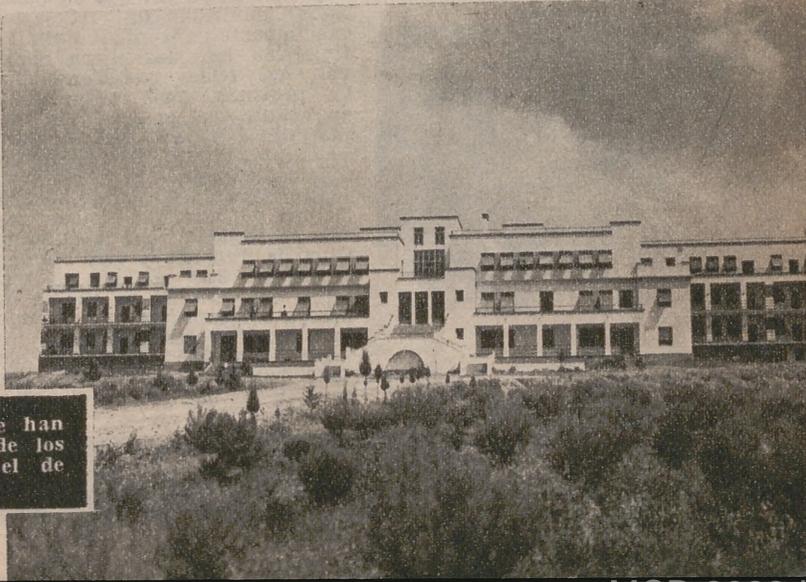
pericarditis, endocarditis, gangrena, arteritis, hipertensión, etcétera, etc., hasta sumar en total las 67.211 defunciones.

LAS PRINCIPALES CAUSAS DE MUERTE EN TODO EL MUNDO

Lo que origina la muerte en España es lo que generalmente la produce en otros países del mundo tan civilizados como ella, aunque más industrializados. Según el Anuario Demográfico de las Naciones Unidas, en los Estados Unidos, en el año 1949, murieron 242.917 personas de arterioesclerosis de las coronarias y de miocarditis degenerativa, ambas, enfermedades del corazón. De tumores malignos (cáncer) fueron víctimas 104.032 individuos; 73.192 fueron las defunciones causadas por lesiones vasculares del cerebro; 39.111, a causa de hipertensión, con enfermedad del corazón; 62.000 por accidente, y 23.790, por tuberculosis; en el Japón, la mayor causa de

muerte en 1950 fue la tuberculosis, con 55.894 víctimas, y después las lesiones vasculares del sistema nervioso, los cánceres y las gastritis y duodenitis.

Refiriéndonos ya a Europa, nos encontramos que Dinamarca, la nación donde la sanidad se encuentra más desarrollada, son las enfermedades del corazón las que causan más muertes; después, el cáncer, y luego, las lesiones intracraneales de origen vascular. En Francia, 35.000 personas fallecieron en 1950 del cáncer; 34.000 del corazón, y 26.000 de lesiones vasculares del sistema nervioso. En Italia, las enfermedades del corazón van a la cabeza de la mortalidad, le siguen las lesiones intracraneales vasculares, el cáncer y la neumonía y bronconeumonía. En nuestra vecina Portugal, el corazón también se lleva la supremacía, siguiéndole la tuberculosis, las lesiones intracraneales vasculares, la diarrea y la pulmonía. Y por último, en Gran



Sobre la geografía española se han levantado sanatorios dotados de los mayores adelantos. He aquí el de Campanillas (Málaga)



Belleza y gracia arquitectónicas en uno de los paisajes más hermosos de la Península. Sanatorio de Leza (Alava)

Bretaña la enfermedad mortal más frecuente es la arterioesclerosis y las enfermedades vegetativas del corazón. Luego, el cáncer, las lesiones vasculares del sistema nervioso central y la bronquitis.

SE IMPONE UNA LUCHA CONTRA LAS ENFERMEDADES DEL CORAZÓN

Con estos datos a la vista, como nosotros los tenemos, los sanitarios del mundo entero reconocen que se impone una campaña contra las enfermedades del corazón y del aparato circulatorio. En España este fenómeno es perfectamente reconocido cuando hace unos años la Dirección General de Sanidad creó, después de haber sido aprobado en las Cortes, planea la lucha contra las cardiopatías. Recientemente se ha creado, o está a punto de crearse, el Instituto de Enfermedades del Corazón, con una parte clínica y otra quirúrgica. Por lo que corresponde al Instituto Nacional de Medicina y Seguridad del Trabajo, tras unos interesantísimos estudios sobre las cardiopatías entre los trabajadores, está preparando un vasto plan de ataque contra estas enfermedades en el medio laboral, que son causa de absentismo, incapacidades y de muertes súbitas. Los jóvenes médicos se dedican con entusiasmo a la clínica y a la cirugía del corazón, entre los que destacan Vega Díaz, García Ortiz, Castro Farinós y tantos otros.

Para conocer bien la magnitud de este problema y el modo de atacarlo y de tratarlo a tiempo no basta conocer numéricamen-

te su fatal desenlace. La mortalidad interesa, sí; pero es lo de menos. Lo importante es la morbilidad. Esto es, el número de enfermos del corazón y del aparato circulatorio que actualmente existe en España. Su filiación y fichaje, su estudio metódico, lo está llevando a cabo, silenciosa y abnegadamente el Servicio de Cardiopatías, de la Dirección General de Sanidad. En las cardiopatías influye mucho el reumatismo. La mitad de los reumáticos, por no decir las tres cuartas partes son cardiopatas. Por eso ambas luchas están estrechamente ligadas y se auxilian mutuamente. Tanto en España como en el extranjero, especialmente en aquellos países, como Norteamérica que disponen de fuertes sumas, se dedican grandes cantidades a la investigación y a la prevención de las cardiopatías.

Pero no debemos hacernos ilusiones. El día en que la Medicina haya vencido en estos terrenos surgirán otros males, de los que morirán los hombres, porque éstos están condenados a morir. Los médicos sólo son capaces de mitigar el dolor y prolongar la vida.

LA MUERTE A TRAVÉS DE ESPAÑA

Ya hemos dicho que en 1950 en España murieron 10,72 personas por cada 1.000 habitantes, y en 1953, 9,66. Esta cifra puede parecerle a algunos demasiado larga, y por eso voy a concretar por provincias las tasas de mortalidad. No quiero referirme a cifras absolutas, porque dado que en algunas provincias hay más población que en otras, estos números no reflejarían exactamente la verdad. Para eso sirven más las cifras relativas. Así vemos que Teruel fué la provincia más desgraciada, en cuanto que en 1950 dió una mortalidad de un 13,55 por 1.000 habitantes. Le siguieron Zaragoza, con 13,32; Palencia, con 13,22; Lérida, Zamora, Huesca, Gerona y Castellón. La que menos mortalidad tuvo fué Santa Cruz de Tenerife y Las Palmas, ambas con 8,38, seguidas de Granada, con 9,60. En lo que se refiere a las capitales, la que más mortalidad sufrió también fué Teruel, con 15,40 defunciones por 1.000 habitantes, y Huesca, con 14,85; y las que menos, Guadala-

jara, con 7,26, y Salamanca, con 7,81. Por lo que se refiere a cifras absolutas, aunque no tengamos mucho interés, nos encontramos con que en Madrid, en ese año, perecieron 14.139 vecinos; en Barcelona, 12.998; en Valencia, 5.047; en Sevilla, 4.382, y en Málaga, 3.459.

Las causas más frecuentes de muerte en Madrid en 1953 fueron las enfermedades del corazón, que afectaron mortalmente a 2.517 personas; cáncer, 1.564; neumonía, 1.034; enfermedades del aparato circulatorio, 1.015; lesiones intracraneales de origen vascular, 886, y tuberculosis, 353. Examinando las cifras de mortalidad por estas causas en los últimos trece años, se observa que las enfermedades del corazón se mantienen numéricamente, lo mismo que la neumonía, esa famosa pulmonía madrileña, que los clásicos creían producida por los vientos cortantes de la Sierra, y cuyas tasas de mortalidad no han logrado disminuir las modernas drogas a pesar de su fabulosa fama. En cambio, la tuberculosis, como causa de muerte, ha flaqueado bastante. En 1941 mató a 1.454 personas y ahora solamente a 753. Por el contrario, el cáncer aumenta en malignidad, con la consiguiente y justa alarma de los madrileños. Mientras que en 1941 causó la defunción de 708 individuos, en 1943 ésta alcanzó la cifra de 1.564. En conjunto, la vida madrileña va triunfando sobre la muerte, porque las 16.000 defunciones de 1941 han quedado reducidas a 14.000, a pesar de que la población crece y se prepara para el Gran Madrid. En Barcelona, la mortalidad ha descendido de 26,53 por 1.000 habitantes en 1900, a 9,45 en 1952, año en que registró la Ciudad Condal 12.179 defunciones absolutas. Como en todas partes, las enfermedades del aparato circulatorio van en aumento, creciendo desde 2.589, en 1948, a 3.401 en 1952. Lo mismo sucede con el cáncer, que en los últimos cuatro años ha ido dando más defunciones, llegando a las 1.630. En cambio, la tuberculosis disminuye. En 1948 causó 1.238 víctimas, y en 1952 sólo 592.

Con estos últimos datos cierto este reportaje lleno de cifras, pero éstas son las únicas que podían aclararnos la verdadera situación de la muerte en España. Siento de veras si he metido en un puño el corazón de mis lectores. Pero conste que no le hago la propaganda a los especialistas del corazón, aunque recomiendo a todos el «chequeo», práctica que está muy de moda en Norteamérica entre toda persona de más de cuarenta años y que consiste en un reconocimiento periódico cada dos años, por lo menos. No se crea que porque se hayan vencido y amordazado a las enfermedades infecciosas y se prolongue la edad media de la vida se ha vencido la muerte. La gran enemiga se repliega, toma nuevas posiciones, pero a la postre vendrá a pedirnos la cuenta, una cuenta intransferible, que sólo la Medicina preventiva puede ir toreando entre latido y latido de la más amenazada y de la más querida de nuestras víceras.

Doctor Octavio APARICIO



Enlavado en la pintoresca tierra valenciana se alza el Sanatorio del doctor Moliner-Porta-Cocli

HABLA J. J. COLLINS



Míster J. J. Collins, presidente de las Compañías constructoras americanas en España

EL CUARTEL GENERAL DE LA "BROWN-RAYMOND-WALSH"

LOS CONTRATISTAS
ESPAÑOLES
PREPARADOS
PARA EMPEZAR

DE DOCE A QUINCE
MIL OBREROS SERAN
EMPLEADOS EN LA
CONSTRUCCION DE
LAS BASES



Míster Collins muestra a los periodistas el proyecto de construcción de bases en España. A la derecha, nuestros compañeros Blanco Tobío y Carantña

El próximo día 26 de este mes se cumplirá un año de la firma en el palacio de Santa Cruz de los tres convenios bilaterales entre los Gobiernos de España y los Estados Unidos. Uno de estos convenios se refería a la construcción de ciertas bases aéreas y navales en nuestro país. Meses más tarde, el 13 de enero de este año, el contraalmirante John V. Perry, jefe de los ingenieros de la Dirección

de Muelles y Arsenales, anunció que habían sido designadas tres Compañías constructoras para encargarse de las obras a realizar en España.

Estas tres Compañías eran: La Raymond Concrete Pile Company, de Nueva York; la Walsh Construction Company, de Davenport (Iowa), y la Brown and Root, de Houston (Texas).

¿Qué se ha hecho en este sentido desde el 13 de enero a este

mes de septiembre? Para averiguarlo e informar a nuestros lectores, lógicamente interesados en esta cuestión, hemos acudido al cuartel general de la Brown-Raymond-Walsh. Este cuartel general está instalado en el edificio «España», rascacielos de Madrid.

MR. COLLINS

Decíamos que el cuartel general de estas tres Compañías aso-

ciadas está instalado en el edificio «España». Más concretamente, en un tercer piso. El hombre a quien vamos a ver es a Mister J. J. Collins, presidente del Comité Ejecutivo del grupo de las Compañías constructoras aludidas, a las que en lo sucesivo conoceremos por la sigla B. R. W., para abreviar.

Mister Collins es un personaje importante. Comenzó a trabajar para la Raymond Company después de graduarse en la Universidad de Michigan, en 1912. Más adelante dejó esta Compañía para vincularse definitivamente a ella en 1918. Ha realizado más de cien viajes fuera de los Estados Unidos, entre ellos varios a países de habla española. Pero las únicas palabras castellanas que pronunció fueron: «Mucho gusto en conocerle.» Podemos añadir que entre las muchas obras realizadas por la Raymond Company en el mundo entero figura, seguramente como la más conocida por nosotros, gracias al cine, el famoso puente de San Francisco «Golden Gate» (Puerta de Oro).

«LA VIRTUD VENCE EL PELIGRO», O: HERALDICA Y CEMENTO

La B. R. W. está instalada en un piso del edificio «España». Hemos tenido que cruzar una barrera de mecanógrafas norteamericanas, todas rubias, pero sin mascar chicle. Ninguna «pin-up». La encargada de la recepción es una joven española, morena en colaboración con alguna playa del Norte (pese a la lluvia), pequeña y desenvuelta.

En cada rincón una bombona

con agua destilada y vasos de papel impermeabilizado. Rótulos provisionales en inglés y en castellano y nada en las paredes. Es lógico que todo tenga cierto aire de provisionalidad. Dentro de tres años, aproximadamente, la B. R. W. habrá cumplido su misión, y las oficinas quedarán vacantes. Y mister Collins se habrá ido a otro país.

Exactamente a la hora fijada para esta entrevista penetramos en el despacho de mister Collins. Es espacioso y da a la plaza de España. En este despacho está la mesa de trabajo de mister Collins; sobre ella, dos teléfonos. Hay otra mesa grande, ovalada, sin duda para celebrar consejos. En las paredes un calendario con la bandera norteamericana ondeando; un mapa de España con unas banderitas que señalan el emplazamiento de las bases y unas fotografías en colores, enmarcadas, que fueron recortadas de la revista «Collier's» y que ilustraba un trabajo titulado «What are we doing in Spain?» (¿Qué estamos haciendo en España?). A eso venimos nosotros: a averiguar qué está haciendo la B. R. W.

También vemos en la pared algo bastante inesperado en el despacho de un «businessman» norteamericano: un escudo nobiliario litografiado. Es el escudo de armas de mister Collins con el siguiente mote: «Vincit Pericula Virtus». (La virtud vence el peligro.) (Desgraciadamente, esto no siempre ocurre.) El propio mister Collins nos extiende un curioso documento, impreso en inglés, sobre el origen de su familia. Por él nos enteramos de que nuestro ilustre interlocutor es descendiente de Miliesius,

«King of Spain», Rey de España (?). Suponemos que mister Collins no vendrá a reivindicar su corona.

Tenemos la impresión de que mister Collins no cree demasiado en estas cosas, porque su aspecto es el de una persona sencilla y bondadosa, de esas a las que siempre les importó un rábano sus antepasados. Le interesa más el cemento que la heráldica, y por eso está en Madrid planeando bases y no en Simancas revolviendo legajos.

Lamentamos no poder decir de él que responde a la imagen convencional del «businessman». No es exageradamente simpático, ni exageradamente optimista, ni exageradamente sonriente. Alto y corpulento, parece hombre tranquilo, paciente y amable.

Nos sentamos todos en torno a su mesa de trabajo. Asisten a la entrevista, aparte EL ESPAÑOL, el teniente de navío Hudson, de la Marina de los Estados Unidos; mister Halligan, representante del Comité Ejecutivo del grupo de Compañías; señor De Mendoza, abogado de la sección de Contrato del citado grupo y don Alejandro de Muns, uno de los colaboradores de mister Collins y su enlace con la Prensa.

DOSCIENTAS SETENTA FIRMAS AMERICANAS QUERIAN TRABAJAR EN ESPAÑA

Encendidos los cigarrillos y hecho el silencio disparamos la primera pregunta:

—Mister Collins: Si la B. R. W. que usted representa aquí es la contratista principal, ¿por qué encargar la ejecución de las obras a un subcontratista español?

DE LAS PIEDRAS, PAN CATALUÑA EN LA VIDA POLITICA NACIONAL

A lo largo del siglo pasado y en lo que va del presente fueron numerosos los escritores que se ocuparon de la ausencia de Cataluña o de los hombres representativos de Cataluña de las tareas políticas nacionales. Cataluña no ha dado nunca grandes políticos, se dice en Barcelona y fuera de Barcelona. Tan sólo podemos citar dos nombres, que corresponden a dos personalidades excepcionales: don Juan Prim y Prats y don Francisco Cambó Batlle. La ausencia de Cataluña de los puestos dirigentes, en proporción a lo que representa dentro de la población total española, es nuevamente puesta de manifiesto por don Maximiano García Venero en su libro «Cataluña, síntesis de una región». En «El Correo Catalán» hemos comentado, tal como creíamos que era nuestro deber de veracidad y de objetividad, ese nuevo libro del gran periodista que es el señor García Venero. Aquí nos basta con anotar una de las afirmaciones que recoge la obra: Cataluña no ha dado políticos de talla nacional. La causa la ve García Venero en el particularismo de los políticos de Cataluña. Mientras determinados jefes políticos de los partidos nacionales, dice el autor, pasaron por el Go-

bierno del Estado, olvidándose de la tierra natal, aunque la amarán íntimamente, la mentalidad de los políticos catalanes consideró, ante todo, el interés local —Barcelona—, el interés provincial y el interés regional. ¿Es que no les importaba España en su todo?, se pregunta García Venero. Fueron sobradamente sagaces, prosigue, para comprender que Cataluña enclavada en un país empobrecido y ruin —«el catalán de las piedras saca pan»—, tendría una potencialidad condicionada.

A nuestro entender, la explicación de García Venero cae dentro del tópico que se empleaba antes al hablar de Cataluña y sus hombres por parte de quienes no la conocían, a diferencia del autor del libro a que nos referimos, que, indiscutiblemente, es un profundo conocedor de nuestras peculiaridades regionales. El catalán es particularista, se ha dicho, y en ello, como en todos los tópicos, hay una gran parte de verdad. Pero el catalán no estuvo entonces representado en las tareas políticas nacionales, tal como hubiese sido deseable, considerando lo que nuestra región representa entre las demás regiones de España—sus habitantes constituyen la octava par-

te de la totalidad española—, por causas menos imputables a la manera de ser de nuestros hombres, de los españoles nacidos en Cataluña.

Vivimos unos momentos de atención para Cataluña como en pocas ocasiones habían existido en España. Labor de todos, y en particular de los que hemos nacido en esta hermosa región española, es procurar que esa atención hacia una de las zonas más activas y en ocasiones, desgraciadamente, menos comprendidas, se traduzca en un auténtico conocimiento, en un amor más profundo y fecundo para la común empresa económica, social y política de los nuevos hombres de España y de los que han de sucederles. Pero para ello hay que decir en toda ocasión la verdad. Cataluña no dió políticos de amplísima nacional, entre otras causas, porque también los partidos políticos nacionales desconocieron sistemáticamente, y acaso por egoísmo de los que conducían esos partidos desde Madrid, a los hombres auténticamente valiosos que residían en Barcelona. La restauración canovista, refiriéndonos a la historia más próxima, fue realizada con dinero de Cataluña. En esta ocasión destacados valo-

Hemos hecho esta pregunta pensando en aquello que dijo Santo Tomás de que no conviene multiplicar las cosas innecesariamente.

—Esta entidad—replicó nuestro interlocutor—tiene dos métodos de trabajo. O hace ella directamente las obras o escoge un subcontratista. En el caso de las bases españolas, seguimos el método de escoger subcontratista. El ejecuta las obras y nosotros las dirigimos, las supervisamos, las coordinamos, etcétera. Nuestros objetivos son, por ello, tres: Primero. Lograr un ambiente de muy buenas relaciones de amistad, dando toda clase de facilidades. Segundo. Estudiar a fondo todos los materiales que puedan ser comprados en España, como cemento, ladrillos, tejas, etc.; y tercero. Crear una relación de hermandad absoluta con los subcontratistas españoles.

Mister Collins hace un amable inciso para decirnos que no le gusta la palabra subcontratista, por lo de «sub», y añade:

—Considero que los contratistas españoles tienen tanta capacidad como los mejores.

No ha sido fácil para la B. R. W. conseguir la concesión de construcción de bases en España. Mister Collins aclara los pasos seguidos por la Dirección de Muelles y Arsenales hasta tomar su decisión.

—Cuando se anunciaron las obras, la Dirección de Muelles y Arsenales recibió 270 solicitudes, en las que cada aspirante a contratista principal exponía sus méritos. Después de estudiar minuciosamente todas, el departamento de Marina seleccionó ocho firmas. Convocó a las ocho una por una, hizo examen de sus proposiciones y adjudicó



Estas son las gigantescas máquinas que se emplean en la base aérea de Torrejón

las obras a tres: Brown, Raymond, Walsh, que formaron una Sociedad para ese fin.

Tenemos delante un abultado álbum donde figuran todas las grandes obras construidas por B. R. W. Pero no vemos en él ninguna base militar.

—¿Han construido bases militares anteriormente estas firmas?

—Sí. La razón de haber sido seleccionadas para este trabajo en España es la de haber llevado a cabo en Francia tareas semejantes. Además, las tres Compañías poseen la organización precisa para estos trabajos.

Mister Collins rebusca entre unos papeles hasta encontrar uno que contiene un extracto del discurso pronunciado por el representante del departamento de Obras Públicas de Francia, con ocasión de un banquete de des-

pedida ofrecido a mister Collins, verdaderamente muy elogioso para nuestro hombre y su organización. Ofreció resistencia a entregarnos ese papel laudatorio porque temía que lo interpretásemos como un gesto de vanidad.

—Les ruego, por favor, que no lo publiquen.

Bueno, pues no lo publicamos. Para ser descendiente del Rey Miliesius, nuestro antiguo soberano, el señor Collins es, desde luego, muy modesto.

FIRMAS QUE PUEDEN OFRECER 30 MILLONES DE FIANZA CADA UNA

Siguen las preguntas.
—En la Comisión que elaboró

res del país—representativo de esos valores puede ser Mañé y Flaquer, director del «Diario de Barcelona»—se apartaron de su antigua afinidad con el tradicionalismo político legitimista y se sumaron con ilusión y esperanza a la obra de Cánovas.

Pero bien pronto hubieron de alejarse de aquella empresa política. Los dos partidos turnantes, al igual como los anteriores grupos políticos, desconocieron sistemáticamente las realidades y las aspiraciones de Cataluña y Barcelona. Los dos partidos «históricos» quisieron proyectarse en nuestra ciudad, como anclaba Prat de la Riba en el artículo publicado con motivo de la disolución del denominado Círculo Conservador de Cataluña, a base de personales amistades y compadrazgos de arriba abajo, con un espíritu de tribu ajeno a la vida social y política de la región. He aquí por qué los partidos de Cánovas desaparecieron silenciosamente, y en el año 1905, cuando la disolución del antes mencionado Círculo, ya hacia muchos años que el Círculo Conservador tan sólo se sobrevivía a sí mismo, en expresión del mencionado Prat de la Riba.

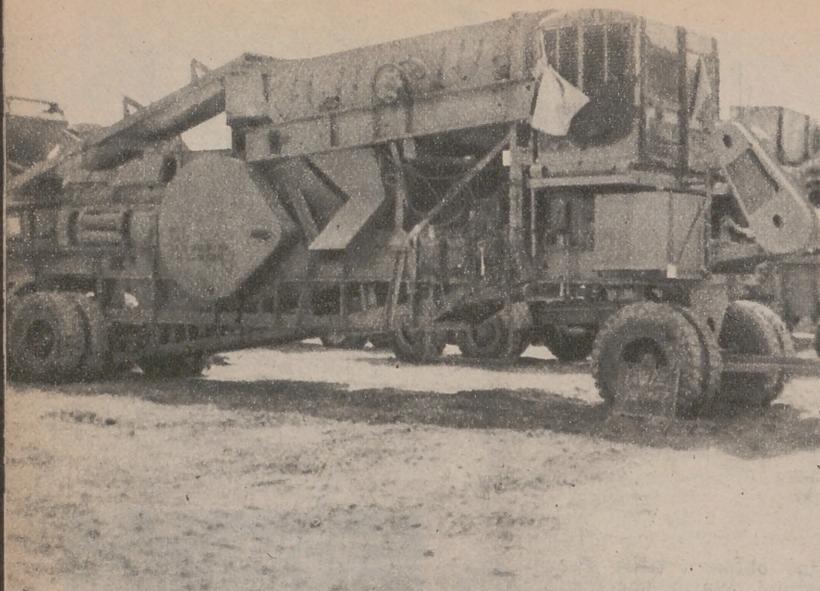
El regionalismo político constituyó, a partir de entonces, camino para hacerse oír en Madrid.

La C. E. D. A., posteriormente, quedó en un simple intento. Y el tradicionalismo político, lo más auténtico, efectivo y numeroso de Cataluña, estaba como freno para la política activa por los problemas y exigencias del legitimismo monárquico. ¿No sería esto también causa de que pudiera desviarse un hombre nacido en Barcelona si le tentaba la ambición de la política, sin la capacidad sublimadora de esa ambición que tuvieron muchos carlistas catalanes? Esas realidades psicológicas deben ser consideradas por todos aquellos que con amor estudian las características de los más recientes acontecimientos sociales y políticos de nuestra querida región.

El conocimiento de Cataluña ha de exigir el conocimiento profundo de sus hombres. No creemos que la obra de Maximiano García Venero, tan documentada en otros aspectos, contribuya en gran medida a difundir ese conocimiento. No podemos comprender cómo cuando se estudia con tanto interés y ahinco la historia del antiguo nacionalismo de las regiones españolas no nos dedicamos simultáneamente a estudiar lo que podríamos denominar heroica y abnegada lealtad de esas mismas regiones, que ofrecen vistas de patriotismo ejemplar.

También nos permitimos aconsejar a todos los que se acerquen a Cataluña con voluntad de entendimiento y comprensión que pongan en cuarentena todos los calificativos que tan fácilmente usaba, en los viejos tiempos, cierta Prensa patriótica de Madrid. Fueron aquellas unas expresiones inventadas, en gran parte, por políticos ineptos. Un escritor de Cataluña denomina a esos políticos de la ineptitud «factores del hundimiento de España, desmembradores de sus dominios, eternos separadores, que tienen el cinismo de acusar de separatismo a sus enemigos y alarman con su griterío al Parlamento y alardean con exageradas contorsiones de patriotismo y de honor nacional, cubriéndose con la bandera española y declarando ataques a España, a su integridad, a sus honor, los ataques contra ellos dirigidos». Afortunadamente, aquellos factores del hundimiento de España, separadores y desmembradores, no son sino historia pasada. De esa historia pasada, empero, podemos sacar con nuestro esfuerzo y nuestra comprensión un futuro más limpio y generoso. Nuestra España, la de Francisco Franco, no es ni será la España de los partidos canovistas.

C. COLOMER MARQUES



Otro tipo de máquina traída de Africa por las fuerzas aéreas norteamericanas para la construcción de bases españolas

los planos para la construcción de las bases, ¿trabajaron ingenieros y arquitectos españoles?

—Sí; el grupo americano tiene firmados subcontratos con arquitectos e ingenieros españoles.

—¿Existe la posibilidad de que la utilización de grandes cantidades de cemento en las obras repercuta en el mercado español creando un cuadro de escasez?

—No lo creo. Personas solventes me han dicho personalmente que España está produciendo hoy la mitad de lo que puede producir, dados los medios de que dispone.

Se ha dicho que tenían singular dureza las condiciones impuestas por la B. R. W. al subcontratista español. Mister Collins, respecto a este asunto, quiere puntualizar.

—Miren ustedes: las condiciones que hemos puesto no llegan a ser tan duras como las que el departamento de Marina impone a los contratistas americanos. Por otro lado, la B. R. W. está en tal disposición de ánimo, que nadie podrá considerarse como «estrujado».

El lector sin duda sabe ya que la fianza que tiene que ofrecer cada aspirante a subcontratista asciende nada menos que a 30 millones de pesetas.

—¿Quiere usted, mister Collins,

aclararnos algo en torno a este asunto de las fianzas?

—Con mucho gusto. Esta modalidad se ha hecho por primera vez en España. En el extranjero es normal, y en algunos casos se llega a exigir como fianza el 100 por 100 del presupuesto de las obras a ejecutar. Por ahora no podemos saber qué porcentaje del total del presupuesto va a representar la fianza de 30 millones de pesetas, porque aun no se conocen las propuestas de los contratistas. De todas formas—añadió—se fijó esta cantidad después de celebrar consultas previas con Empresas, Bancos y el Ministerio de Hacienda.

—¿Usted cree que en España hay muchos contratistas capaces de dar esa fianza?

—El representante de un contratista español me ha dicho en este mismo despacho que sólo en Madrid hay 50 firmas capaces de dar esa fianza de 30 millones.

Llevamos media hora de conversación, que forzosamente hemos de sintetizar. Proseguimos con nuestras preguntas:

—¿Qué harán ustedes, contratista principal, por el subcontratista?

—Le facilitaremos la mayoría o la totalidad de la maquinaria; y también material para su funcionamiento: lubricantes, carbu-

rantes, por ejemplo, al precio de coste, sin que aquí la B. R. W. se lucre lo más mínimo. Sólo habrá un pequeño recargo de un tanto por ciento por gastos de distribución y de transporte.

—¿Cree usted, mister Collins, que ese material, una vez terminadas las bases, quedará en España?

—Miren ustedes. Toda la maquinaria es propiedad del Gobierno de los Estados Unidos. Sin embargo, tengo la impresión personal de que dicha maquinaria quedará en España, a disposición de los contratistas españoles.

—¿Quién se encargará del manejo de esas máquinas, nuevas para nuestros trabajadores?

—Disponemos aquí, en España, de un equipo técnico especializado en manipular esas máquinas. Son expertos que han trabajado en otros países de habla española, que conocen bien el idioma de ustedes y que están en condiciones de adiestrar convenientemente a los obreros españoles que han de trabajar con esa maquinaria. Estarán aquí sólo el tiempo imprescindible para cumplir esa misión.

—¿Cuál es el valor de esa maquinaria?

—Unos 240 millones de pesetas.

DE DOCE A QUINCE MIL OBREROS

—¿Con cuánto personal cuenta la B. R. W. en la actualidad?

—Tenemos aquí 351 empleados. De ellos, 230 son españoles, 86 americanos que han venido ahora de los Estados Unidos y otros 35 americanos que ya estaban aquí.

—En números redondos, ¿cuántos obreros serán empleados en total en la construcción de las bases?

—De 12.000 a 15.000, aproximadamente.

—¿Y cuándo estarán terminadas esas bases?

—Con arreglo a lo previsto, unos tres años exigirán las obras.

Indudablemente, dada la magnitud de los trabajos, el plazo es breve.

—¿No se ha ido con demasiada lentitud hasta ahora?

—No lo creo. No se trabaja, desde luego, a una velocidad de

SUSCRIBASE A

POESIA ESPAÑOLA



tiempo de guerra; pero es un buen ritmo para tiempos de paz. Recuerde usted que aun no hace un año que se firmaron los convenios hispanonorteamericanos. La B. R. W. fué designada contratista principal en enero, pero hasta mayo no comenzamos a trabajar en serio. De mayo hasta la fecha se ha trabajado en la conjuntación de hombres de orígenes muy distintos, que van a actuar juntos. Antes de cumplirse el año de la firma del tratado estará elegido ya el contratista de Torrejón y habrá propuestas para Zaragoza, lo que no está mal.

A 80 METROS DE PROFUNDIDAD NO HAY AGUA EN TORREJÓN

Como, sin duda, el lector sabe lo que va a acometerse inmediatamente es la primera fase de las obras. Se comenzará por Torrejón, casi a las puertas de Madrid. El señor Collins nos ha dicho:

—Ahora, por el momento, no vamos a construir ningún edificio ni estructura de hormigón; pero es probable que esta parte se inicie antes de terminar la primera fase de las obras.

—¿Qué van a hacer ustedes en Torrejón inmediatamente?

—Alargar la pista existente. Ahora tiene una longitud de 4.200 pies; después de ampliada tendrá 12.800 pies. Haremos, además, pistas de rodadura y una plataforma de estacionamiento. Al mismo tiempo se harán los conductos para el balizamiento y se tenderá un ramal ferroviario desde la estación de Torrejón hasta el aeropuerto. Las instalaciones del I. N. T. A. (Instituto Nacional de Técnica Aeronáutica) en Torrejón serán independientes. En cuanto a seguridad y orientación de vuelo, se emplearán materiales modernísimos.

Mister Collins informa a nuestros compañeros de redacción de la inmediata construcción de bases, en las que emplearán a quince mil obreros

—¿Qué firmes emplearán para las pistas?

—Hormigón hidráulico u hormigón asfáltico, según decida el contratista principal después de estudiar las propuestas del subcontratista.

—¿Cuál ha sido el problema más difícil con que han tropezado hasta ahora para la realización de esas obras?

—El problema del agua en Torrejón. Hemos encargado a un contratista español la perforación de un pozo. Ha llegado ya a los 80 metros de profundidad, sin resultado. Pero hemos traído una perforadora que puede alcanzar a los 500 metros de profundidad. Tendremos agua.

O tal vez petróleo, pensamos nosotros. Quién sabe...

OFICINA DE COMPRAS

Pasamos ahora al capítulo del cemento. La B. R. W. tiene instalada en el mismo edificio «España» una oficina de compras. De compras de materiales de construcción, preferentemente. Esa oficina ha comprado ya en España 21 automóviles americanos de la marca «Chevrolet». Y abrió un concurso para comprar cemento. Esperamos recibir unos 300 pliegos, que se abrirán el próximo día 20.

—¿Quién se encarga de seleccionar las ofertas?

—Una especie de Comisión reguladora. No fijamos precios de antemano, pero sí las normas. Ahora los posibles vendedores presentan un certificado, según el cual los cementos que ofrecen cumplen con esas normas. Des-

pués nosotros, decidido el contrato, lo vamos comprobando en las entregas. Los análisis del cemento los haremos nosotros y también utilizaremos laboratorios españoles.

PLANOS A 2.000 PESETAS

Quando este número de EL ESPAÑOL esté a la venta se conocerá ya la «quiniela» premiada para la primera fase de las obras a realizar en Torrejón (unos cinco millones de dólares). La de Zaragoza (unos tres millones de dólares) vendrá después. Total, unos 350 millones de pesetas. El día 8, se habrá «cantado» ya el nombre del subcontratista. Cuando celebremos esta entrevista con mister Collins ignoraba todavía, claro está, el número de opositores. Pero había dos referencias: Al «coloquio» que la semana pasada se celebró en el Hotel Plaza, en el mismo edificio «España», se calcula que asistieron representantes de unas 96 Empresas constructoras. Otra referencia: 146 firmas han retirado los planos y especificaciones de las obras de Torrejón (45 planos) y de Zaragoza (41 planos), mediante el pago de 2.000 pesetas.

Estos planos estaban sobre la mesa del despacho de mister Collins. Le preguntamos si podíamos llevarnos un juego completo para fotografiarlos.

—Pueden llevárselos, desde luego, puesto que no se trata de un secreto... Mediante el pago de 2.000 pesetas, claro está.

Nos quedamos sin planos.

La entrevista duró casi dos horas y media. Al despedirnos de mister Collins calculamos que le habíamos robado un tiempo que vale alrededor de diez dólares (400 pesetas).

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar 2,50 ptas.-Suscripciones: Trimestre, 30 ptas.; semestre, 60; año, 120

PLABLA
Mr. COLLINS

EL HOMBRE DE LA
'BROWN-RAYMOND-WALSH'

S CONTRATISTAS ESPAÑOLES,
REPARADOS



De izquierda a derecha
Los almirantes Johnson, Pe
rry y Meade, jefes navales
del programa de construc
ción de bases

'LA VIRTUD VENCE EL PELIGRO', HERÁLDICA Y CEMENTO



DE DOCE A
QUINCE MIL OBREROS
SERAN EMPLEADOS
LA CONSTRUCCIÓN
DE LAS BASES

Una de las grandes
máquinas traídas de
África para los traba
jos de la base de To
rrejón